

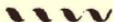
VICIOS Y VIRTUDES



COLECCION DE ARTICULOS

DE

COSTUMBRES CASI SIEMPRE MALAS



POR

ENRIQUE ORTEGA

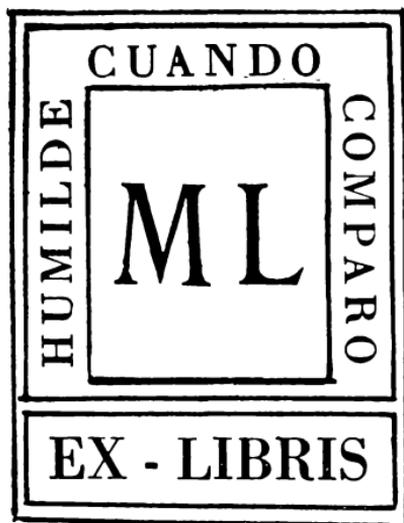
PUBLICADOS UNOS Y OTROS INÉDITOS



NOV 10 1892
BIBLIOTECA
NACIONAL

BUENOS AIRES

1892



AL LECTOR

· Cuadros de costumbres, no siempre buenas, en artículos bastante malos, publicados en el diario «La Prensa» ó en otros periódicos y algunos inéditos, llenan las páginas de este librito, que apenas si tiene para existir otra razón que la benevolencia de mis amigos al excitarme á coleccionar esos trabajos.

· Si nó son buenos, ni nuevos, en cambio no son tristonos ni lastimeros que bastante tiene cada cual con sus desazores y malos ratos para que vaya á pasarlos peores con los ayes ajenos exhaládos en la literatura sentimental.

· Y basta de presentaciones que, por ser del padre respecto de sus hijos, pueden parecer interesadas ó adulatorias.

Ahí están y que ellos busquen quien los envuelva.

Apoteosis del rewolver

¡Quién fuera poeta para cantar en inspiradós versos un himno de alabanza al inventor del rewolver!

Nuestros pobres antepasados carecieron de ese gran elemento que salva los mayores obstáculos y limpia, fija y dá esplendor al que lo emplea.

Estaban muy atrasados en materia de moral práctica nuestros abuelos. Y consistia eso en que no conocian el rewolver.

Si hubieran tenido un *Smith Wesson* ó siquiera un *Bull-dog*, reforman su modo de ser, como hemos hecho nosotros, que bien podemos vanagloriarnos de haber nacido en el siglo de los cinco tiros en un solo cañon.

Ahora no hay problemas complicados para el que tiene rewolver á la mano.

D. Pedro juega al monte, pierde, desfalca la caja de su principal á quien arruina.

¿Qué hacer en tal apuro? ¿Buscar recursos, hacer sacrificios y trabajar sin descanso para devolver al robado toda ó siquiera parte del dinero?

Eso era del sistema antiguo que concebía el arrepentimiento y la redencion por la enmienda. Ahora el proceder es bien distinto.

D. Pedro compra con los últimos pesos que le quedan del robo, el consabido rewolver, y despues de escribir dos rengloncitos diciendo que no se culpe á nadie de su muerte, se mete dos, tres ó mas balas en la sesera. Y ya todo queda arreglado, salvo lo del principal que se que-

da en la miseria, como consecuencia de la diablura de su cajero.

Pues D. Juan es un caballero particular que debe á cada santo una vela. No quiere pagar sus deudas, porque como son muchas seria cuestion larga y enojosa.

¿Qué hacer con alguno de los acreedores que es bravo y le ha prometido no dejarle á sol ni á sombra hasta que le dé su plata?

En el siglo pasado, D. Juan hubiérase visto obligado á pagar á su acreedor furibundo y despues de satisfecha la deuda, desafiarse y quizá atravesarle con su tizona de parte á parte.

Ahora, D. Juan, compra un buen revolver y una caja de cápsulas.

Llega el acreedor y le suelta el toro. Don Juan le llama insolente y le ofrece como saldo de la cuenta una pateadura jefe: el otro chilla y el revolver de D. Juan empieza á dar vueltas en el cilindro y á largar tiros como si fueran moscas.

Resultado: el acreedor resulta sin su plata y con cuatro agujeros en la caja del cuerpo, mortales de necesidad.

Lo que le sucedió á D. Diego es como para ponerse de mal humor. Era en sus mocedades un pobrete; pero vino una ráfaga de suerte y con malas y medianas artes levantó una fortuna colosal.

Eran aquellos cineros como los del sacristan, que cantando vienen y cantando se van.

Don Diego embarcó en su agujereada navé á millares de incantos y al derribar el templo de su ficticia fortuna cayó con los filisteos y quedó hecho un higo.

Su familia acostumbrada á la opulencia iba á sentir mucho vivir en la escasez, y don Diego no queria dejar sus comodidades y vicios adquiridos en su pasajera opulencia.

¿Cómo remediárló? ¿Reduciendo sus gustos, volviéndlo á la modesta sopa de sus juveniles años y trabajando hasta reventar para sostener á aquella familia que sin él quedaba en la miseria y desamparada?

¡Valiente zoncera!

Saca don Diego su revolver, le coloca las cápsulas, escribe un papel: *no pudiendo soportar la miseria, me quito la vida.*

—Usted es un compadrito zonzo.

—Y V. una comadre....

¡Pum! ¡Pum!....

Cinco tiros de revolver por ambas partes ponen en conmoción al vecindario.

De los diez proyectiles dos han dado en las partes blandas de los combatientes: otros dos en los cristales, grandes, hermosos de dos escaparates de sedería: uno en el ojo derecho de un pobre señor que pasaba casualmente en ese momento: otro en el pié sano de un rengo; y los demás incrustados en las paredes.

¡Vaya V. á hacer todo ese *bochinche* sin existir el revolver!

Se trata de unas elecciones.

Los de un partido cuentan con la mesa que se compone de hombres suyos. No dejar entrar á los contrarios es un principio muy corriente como arma de lucha. Pero los otros atropellan, dispuestos á meter en la urna un ciento de papeles ó sinó llevársela ó hacerla añicos.

Ya están los revolvers al sol.

Suena un tiro y despues otros.

Aparece en la escena el comisario y los vigilantes con unos revolvers de reglamento, dispuestos á meter más ruido que gruesa de cohetes en funcion de fuegos artificiales.

Salen por el foro los muertos, heridos y prisioneros.

Se pone afañoso el dueño de un revolver á limpiarle y alistarle para cualquier evento. Un falso movimiento, un error de cálculo hace que se escape un tiro y se le lleve la cabeza al limpiador.

Preciosos los niños: uno rubio como el oro: otro de un colorcillo de durazno fresco y rosado. El papá dejó su revolver sobre la mesa de luz con las cinco cápsulas puestas, porque hay que estar prevenido.

Viene el niño color de durazno, que es un diablejo, agarra el reluciente revolver y adoptando un aire varonil apunta al rubito que se ríe con toda la boca.

—Que te meto bala—dice el chiquilin compadreado y enredando con su dedito nervioso en el gatillo.

Suena un tiro y el revolver cae al suelo con estrépito.

El rubito como el oro está tendido en el suelo, palidito

como la cera, inmóvil y teñida de rojo su blusa de marino.

¿Qué ha sucedido?

Una de las gracias del revolver.

El niño rubio ha muerto.

En el silencio de la noche, oye Rugiero un ruido como de persona que avanza sigilosamente.

¿Para cuándo es el revólver? Para las ocasiones.

Rugiero le tiene siempre á la cabecera de la cama.

Ya está montado. Avanza el ruido. Rugiero hace fuego y suena un grito angustioso, grito de muerte.

Encendida luz, se presenta un cuadro horrible.

Una pobre madre que ha ido á ver si su hijo duerme tranquilo ó sufre en silencio, ha sido víctima de su solitud cariñosa.

El revolver ha cumplido su misión.

Y despues de todo eso y mucho mas que dejo en el tintero, ¿no tengo razon en lamentarme de no ser poeta de los buenos para cantar un himno en honor del revolver?

Manias ofensivas

¿A que habeis conocido alguno de los muchos atacados por la manía de no pagar las cuentas grandes y chicas aunque tenga plata disponible?

Apuesto un sombrero de Gatti ó de Perri á que inmediatamente de leer esa pregunta empezais una letanía de este tenor: Hombre, sí: don Leoncio y don Juan y el Exmo. Sr. Pedro y Ruperto y....

Si es natural: yo que tengo pocas relaciones me acuerdo así á la pasada de una centena de maniáticos de no pagar, con que cómo andarán los muy relacionados.

Hay un fondo de filosófica prevision en ese empeño de no pagar lo que se debe. Dice el catecismo del egoísta: Tuyo ó ageno, no te acuestes sin dinero; y el maniático

añade: y como para no dejar de tener dinero lo mejor es no darlo, no pago y me lo guardo.

Y qué escenas tan interesantes las que se producen con ese motivo! Recordaré algunas.

Casa lujosamente puesta. Dos míticas, cocinero, pinche y cochero.

El patron de la casa es Doctor en todos los derechos menos en el del acreedor, que para él carece de ley protectora.

El pago de cuentas está centralizado en sus manos. La señora no tiene mas que hacer decir al portero, que suele serlo el pinche, segun las horas, que el acreedor vuelva cuando esté el patron.

—¿Y á qué hora se le podrá encontrar con seguridad?
—pregunta el marchante guardando su cuenta.

—No tiene hora fija.

—Pero ¿vendrá á la hora de comer?

—Unos dias sí y otros no. Pero á la hora de comer no recibe á nadie.

—Entonces por la mañana, antes de almorzar, ¿será mejor?

—Á esa hora está en el baño y vistiéndose. Puede V. figurarse que no estará para visitas.

—Ya entiendo: despues de almorzar será la mejor hora....

—Sí, pero en cuanto acaba de almorzar se marcha....

—¡Demonches!—murmura el pobre diablo sudando el quilo.

Y se retira pensando en dedicar un dia entero á dar caza al cliente acechando las entradas y salidas del buen doctor.

Es una idea luminosa.

Al otro dia se planta en la puerta de calle desde poco despues de la salida del sol.

Como á las nueve aparece en el zaguan el doctor con elegante traje de mañana, que sale á dar un paseito higiénico para no engordar demasiado.

El acreedor sombrero en mano, con una voz melosa y apagada por la emocion, le pide mil perdones y le presenta la cuentita. Una friolera diez pesos legales.

El doctor hace un gesto de disgusto.

—Ocurrencia la suya de pararme para esto—dice con ágrío tono—vuelva mas tarde.

Y le deja con la palabra en la boca y la cuenta en la mano.

—Que vuelva mas tarde, dice: bueno, aquí le aguardo hasta que regrese.

Y se pasa dos horitas papando moscas hasta que al fin le ve aparecer por la esquina.

Fuera el sombrero de la cabeza, salga la cuenta y vuelta á empezar la peticion.

—Señor, esta cuentita, que me dijo V. que volviera mas tarde.

—Pero amigo—grita el doctor encolerizado—por una porqueria de diez pesos cree V. que le voy á consentir que no me deje en paz á ninguna hora?

—Dispense doctor, pero si V. me paga esa insignificancia yo no volveré mas á cobrársela. Considere V. que llevo perdido un dia para diez pesos y yo vivo de mi trabajo.

—¿Me vá V. á dar lecciones á mi? pues mire V.. se va con su cuenta y aguarda si quiere y como le vea á V. por esta casa con esas insolencias lo hago echar á patadas. ¡Mándese mudar! ¡Chusma!

Y se mete en las habitaciones lleno de santa indignacion.

—¡Canalla, atrevido, que no respeta á las personas decentes! — sigue murmurando:

Y el acreedor se marcha á su taller mústio y sombrío, revolviendo en su cerebro ideas de exterminio.

Uno que fué militar y pidió su baja para dedicarse á negocios de tierras. Es ricacho y vive con modesta holgura. No esquiva el bulto al acreedor: al contrario, parece como que gozara en librár con él ruda batalla.

—Señor,—dice la mucama—aquí traen una cuentita para usted.

—Que pase á mi escritorio.

El ex-militar, que tiene terrible aspecto, se pone nervioso al solo anuncio de la proximidad del acreedor. La

voz se enronquece y la mirada adquiere un brillo fascinador.

Ya están el uno frente al otro.

—¿Qué trae aquí?

—Señor—dice inmediatamente el obrero—es la cuentita de.... ya sabe de....

—¿Usted es el patron?

—No, señor.... soy oficial....

El ex-militar mira la cuenta con detencion y exclama con voz de trueno:

—Pero este hombre quiere que yo le envíe una bala! Pero ¿usted cree que yo soy algun zonzo, que me voy á dejar robar así no mas? Tome, tome, porque no sé como me contengo. Vaya y dígame á su patron, que si me vuelve á enviar esa cuenta sin rebajar la mitad, que es lo que inventa robarme, le doy á V. ó al que me la traiga una *marimba* de palos y á él le hago poner preso por bandido....

—Pero vea, señor, que la cuenta es muy arreglada.

—Cállese la boca y no se meta á diablo, porque le voy á cortar la cola. ¿Entiende?

Y el cobrador infortunado se va ligerito á decir á su patron que no vuelve á cobrar aquel cliente ni á lazo.

Despues de rebajar hasta lo imposible y tenerle al acreedor seis meses bajo la amenaza de una paliza, paga al fin, dándole un billete de cinco pesos de veinte pedazos distintos. lleno de pegotes de papel engomado y engrudado, sin número ni firmas, pero con mugre, mucha mugre, y á pesar de tanta grasa, el pobre papel no pasa.

A otro le dá por lo sentimental.

—¡Ah! mi amigo—dice rechazando dulcemente la cuenta como si solo el verla le diera náuseas—viene V. en momentos para mi terribles. Preocupaciones graves me impiden ocuparme de estas pequeñeces. Usted comprenderá bien: tenga paciencia, todos la tenemos, yo tambien la tengo, mi esposa la tiene, mis hijos la tendrán. Vuélvase para el fin del mes que viene; puede que me haya despejado un poco.

—Pero, señor, vea que hace mas de un mes que estuve á cobrar; y me veo en apuro, porque los tiempos están malos y tengo letras que pagar.... hágalo por favor.

—Todo lo veo y crea V. que bien lo siento. Procure arreglarse mientras yo me sereno un poco. Usted comprenderá que hay momentos tremendos. Tenga V. un poco de paciencia: todos la tenemos; mi esposa la tiene y mis pequeños han de tenerla.

Y no le saca V. de ahí ni á tiros.

La señora viuda de Rasquiña, muy conocida en sociedad. Dá té intimo, con frac ellos y con trajes de pecho y espalda al natural, ellas.

Cuando le llevan la cuenta la primera vez dice que vuelvan en otro momento, que tiene visitas.

A la segunda contesta que vaya el sábado y si el cobrador ha ido en sábado, le ordena que vaya entre semana, porque los sábados se va al campo en verano y á los maitines en invierno.

Como el cobrador no está fuerte en liturgias oye eso de los maitines como quien oye llover y pasa desapercibido el estropicio.

A la tercera se enoja feo la de Rasquiña.

—¡Qué pesadez! Una suma insignificante y tratándose de una señora conocida! Parece que temiera usted que me fuese del mundo por cincuenta pesos. Pues ahora, por insolente y desconfiado, no le pago. Y no me ponga los pies en esta casa porque le haré echar con el vigilante. Aguárdese, que yo enviaré la plata á su tienda cuando me parezca bien.

Y se dá media vuelta muy oronda dejando al acreedor como quien vé visiones.

Y ya me canso de recordar maniacos tramposos que ofrecen la mas grande y esquisita variedad en sus formas y detalles.

En cuanto á lo principal de la manía coinciden todos. No pagar, si es posible: y si no hay mas remedio, pagar lo mas tarde que se pueda, con una quita quitada y en moneda roñosa cuando no falsa.

Qué bonito ¿no?

El conquistador.

Ave que vuela ¡á la cazuela! decia un gloton mirando á un hermoso loro de vistoso plumaje que se balanceaba al son de la Marsellesa cantada por él mismo.

El sátiro de levita cambia la frase por esta otra: sér que gasta polleras ¡á conquistarle!

Generalmente el sátiro tiene dinero abundante, porque si no lo tiene deja de ser perseguidor del bello sexo, ó á lo sumo tendrá que dedicarse á las boladas que no son para todos los años.

No es jóven, aunque lo parezca por su aliño y buen ver.

La juventud es demasiado vivaz y bastante sana para tener una exclusiva idea fija. Vé á la mujer y se le van tras ella los ojos, pero enseguida vuelven solos y se ponen á mirar cualquiera otra cosa, sin acordarse mas de lo primero.

Es ya hombre maduro, de colmillo retorcido y sobre todo, muy desocupado.

Si vá por la calle se hace notar bien pronto por sus maniobras.

¿Habeis visto la cara que pone el gato cuando vé pasar un raton á cierta distancia?

Pues salvo las diferencias físicas entre las caras de los gatos y las de los caballeros, es exactamente lo mismo que la que pone el sátiro cuando ve por su lado ó por la vereda de en frente á una mujer bonita ó mediana, gordita ó espátula, gigantesca ó pelotilla.

Se detiene el hombre, abre unos ojazos que investigan todo lo que debe haber guardado y lo que se rebela contra la sujecion y pugna por romper sus ligaduras y salir al sol si lo dejan. Las ventanas de la nariz se le abren como si fuera perro perdiguero que oliese á liebre ó conejo. De todo lo que le rodea solo vé á la buena moza que pasa y se aleja. ¿Dejarla escapar sin siquiera intimar la rendicion del castillo?

Eso seria una imperdonable falta para el sátiro y no está dispuesto á cometerla.

Atropeliando al pacífico transeunte sale tras la conquista, y no la deja hasta que no recibe un buen abanicazo en las narices ó una satisfaccion cumplida á sus vehementes aspiraciones.

Y en seguida que ha resuelto el problema por uno ú otro procedimiento, vuelve á empezar con la primera que pase.

De cincuenta años, bien conservados, para abajo, están en el radio de accion del sátiro las mujeres de todas las clases sociales y de todos los colores, deode el albino hasta el moreno oscuro azabachado.

Es una monomanía como otra cualquiera, solo que mas costosa y sujeta á vicisitudes y quiebras.

El sátiro no se recluta solamente entre los solterones recalcitrantes que han conservado su libertad para abusar de ella sin remordimiento de conciencia. Hay muchos ejemplares en el gremio de casados y ofrecen muy curiosos caractéres.

El sátiro por lo general es aparentemente casto en su casa. Sin embargo, la esposa no debe consentir que haya dentro del hogar doméstico otras faldas que las suyas, lo cual se consigue tomando servicio femenino de ese que por su físico estrambótico sea capaz de darle un susto al miedo y dejarle temblando. Y por si acaso, fea y todo, procurar que la mucama tenga robustos puños y virtud salvaje inveterada.

Con todos estos requisitos, el sátiro es un modelo de correccion en su casa, si bien es cierto que para muy poco en ella.

En cuanto puede, toma la puerta y piés para qué os quiero. A conquistar *vellocinas*.

Por supuesto que como en sus aventuras amorosas emplea la renombrada romana del diablo que, como se sabe, entra con todas, se lleva cada petardo que asustaria á cualquiera menos á él.

Pero ¿qué importa?

El caso es que haya conquista, aunque se trate de un terreno erial y abandonado por numerosos conquistadores que fueron por él de paso y le dieron su cañazo correspondiente.

Cuando la fortuna del sátiro es cuantiosa y puede permitirse esos lujuriosos lujos, del mal el menos; pero cuando es mediana nada mas y tira por fuera lo que hace

falta en su casa para llenar ineludibles necesidades, entonces merece que le apliquen unas duchas de esas que agujerean la parte atacada, para que se tranquilice un poco y se deje de embromar á la humanidad doliente.

Parecerá á ustedes que es un tipo escaso, que representa la excepcion. No crean.

Hay mas sátiros, correctos, bien vistos en sociedad, religiosos hasta el exceso y corrompidos hasta la médula, que lo que muchos suponen.

De tiempo en tiempo la crónica escandalosa y el proceso judicial levantan el velo que oculta esas miserias humanas y salen á relucir cosas que nadie hubiera creído, á no ser los protagonistas que seguramente irian suponiendo que la virtud y la castidad estaban recibiendo cada disgusto como para enflaquecerse.

Los escándalos eróticos en Lóndres, las diabluras y refinamientos de Paris y las imitaciones demasiado bien hechas en los demás pueblos grandes de la tierra, demuestran, cuando el delito descubierto los saca á la superficie, que en todas partes se cuecen las habas y se comen con los mismos sistemas, idénticas salsas y aperitivos.

El meterete

Así como la vieja comadre sevillana por meterse en todo se metia hasta en los charcos, el meterete se introducirá en los asuntos ajenos sin que haya medio de impedir la intromision.

¡Y qué de conflictos crea con su intervencion bien intencionada!

Guarda con que el meterete se aperciba de que está su amigo en un aprieto. Sin decirle agua vá se dirige á las personas que tienen que vér en el negocio y tomando el nombre de su protegido hará protestas enérgicas y descomedidas, propondrá arreglos, romperá relaciones y establecerá compromisos como si se tratara de cosa propia.

¡Unos barullos se mueven con esa intervencion mal-sana!

Y lo mas célebre es oír al meterepe dar cuenta de sus gestiones.

—Fuí á ver al enemigo de V. y le canté las cuarenta. Conmigo no se juega. Ya le dije: no crea V. que yo le voy á aguantar lo que ese pobre de Lopez á quien pretende V. avasallar; pero no á de ser así ¡voto á tal y cual! que aquí estoy yo para defendérle....

—Pero V. ha ido á casa de don Simon? —pregunta acongojado el pobre Lopez.

—Que si he ido? Y con un garrote mas grueso que éste: dispuesto á vencer ó morir. ¿Soy ó no soy amigo de usted? Pues si lo soy, es mi deber acudir en su auxilio cuando un malvado poderoso como don Simon quiere soterrarlo.

—Pero ¿por qué no me dijo lo que iba á hacer, hombre de Dios? ¿Por qué no me previno?

—¿Y qué cree V. que yo necesito excitaciones para cumplir mi deber? ¡No señor! Yo fuí callada la boca, como se hacen los servicios á los amigos y no cacareándolos como gallina que pone huevo. Yo le aseguro que le dejé como un guante. Eso sí. Temblaba como la hoja del árbol cuando sopla pampero, cuando yo le decia mostrándole el garrote: —ciudadito conmigo: V. va á respetar á mi amigo Lopez como á mí mismo, ¿entiende? ¡Vamos á ver!

—¿Pero qué dijo don Simon? —pregunta aflijido Lopez.

—Pues nada: ni un solo argumento: para disimular su flojera me dijo una insolencia; que no quise contestar de asco, y luego me dió de atrás tres patadas en la parte posterior, que al ver como me las habia dado sin previo aviso como hacen los caballeros, no quise tampoco tomarlas en consideracion.

El Sr. Lopez estaba lleno de angustias.

—Le pido á V. encarecidamente que no vuelva á casa de don Simon....

—No: ya tiene bastante con la sableada que le di ayer.... Le aseguro que le han debido arder las orejas.

—Y á tí el reverso, murmura rabioso el Sr. Lopez.

Precisamente el asunto de que se trataba lo habian arreglado la noche anterior satisfactoriamente para ambos, quedando Lopez y don Simon los mejores amigos

del mundo. Figúrense la pisada jefe del meterete al dar el paso diplomático que le valió tres hermosos puntapiés en donde no dá el sol mas que en verano y tomando baños.

Otras veces resulta mas dañina su intervencion, porque levanta tormentas que no es posible conjurar y crea enemistades con sus impertinentes majaderias.

Que se aperceiba de que en un matrimonio ha entrado el diablejo de los celos haciendo de las suyas. Aquí del meterete que buscará la ocasion de hacerle un discurso á la señora, si ella es la celosa, de este corte:

—Es necesario no acalorarse demasiado con esas cosas. A su esposo lo conozco yo desde chiquitín y sé que es en el fondo un bellissimo sujeto. ¿Que tiene sus defectillos? ¿Y quién está libre de ellos, señora?

—¿Luego V. conoce á esa mujer? — dice la señora que tiene un mosquerío tras de la oreja.

—No, señora, no. Si yo la conociese, créame Vd., ya habria ido á verla y á pedirla de rodillas, si era necesario, ó á exigirle espada en mano si así convenia, que rompiera las redes en que aprisiona á mi amigo y su esposo de usted. Pero no la conozco ni nunca le oí hablar á mi amigo de ella, y eso que no tiene secretos para mí.

—¿Que no tiene secretos para usted?

—Absolutamente. ¡Oh! cuando se casó con V., qué párrafos tenemos echados. Parece que fué ayer y han pasado tres años. Tan apasionados como estaban ustedes entonces....

—Pero y ¿qué le contaba á V. mi esposo? — dice ella colorada como un tomate.

—Pues todo; no le digo que entre los dos no hay pan partido.

La señora cada vez mas *boleada*.

—Hablarían ustedes generalidades, no habia tampoco nada que decir...

—Ah! pero imposible parece que pudiera llegar un momento en que se enojaran como lo han hecho. Y sin fundamento, señora, sin fundamento; porque yo pondria la mano cerca del fuego y la sacaria á escape, por la fidelidad de mi amigo para usted. Y si por una casualidad alguna Circe lo hubiese aprisionado en la red de sus encantos, perdónole, señora, perdónole generosa-

mente, que no sabe lo que se hace. Leo en los ojos de V. que se entenece á mis súplicas y que perdona. Corro, señora, corro á comunicarle tan grata nueva á mi pobre amigo, que debe estar llorando sin consuelo....

Y meterete echa á correr sin esperar respuesta de la señora, que se queda viendo visiones y acordándose con zozobra de lo que hubiera podido contar su marido á aquel imprudente, antes y despues del matrimonio.

Entretanto, meterete busca al espóso y le dispara á boca de jarro esta descarga:

—¡Vamos, picaron! Ya lo tienes todo arreglado, gracias á mi que no olvido á mis amigos.

—Pero ¿qué es lo arreglado?

—Lo de tu mujer....

—¿Tenia algo descompuesto?

—El cariño á tí que se habia eclipsado con los celos. ¡Oh! es un veneno terrible para el amor, el desengaño. Pero no temas. La he convencido de que si has tenido algun devaneo lo olvidarás para siempre.

—Alto ahí. Yo no he tenido devaneos ni cosa que lo valga.

—Así le dije tambien; pero por si acaso, para tranquilizarla mas, la dije, que cuando tú no me habias dicho nada era señal de que no se trataba de nada sério. Eso la convenció y te otorgó generoso perdon. Abrazame, hombre.

Dejo á la consideracion del piadoso lector la situacion difícil para los cónyugues creada por la mediacion de meterete.

Y así pasa la vida haciendo *barros* y dando jaquecas al mundo.

¡Cuántos tiros de remington se tiene merecidos!



Bursatilidad

Diálogo entre Agapito, doctor en Bolsa y en las mas altas finanzas; y Agallantu, pequeño capitalista con dinero en disponibilidad, ahorrado á fuerza de vigilius, ayunos y abstinencias.

—Entonces cree V. que no debo comprar propiedades en la capital, ni plantear ninguna industria?

—¡Ni se le pase por la cabeza! Buena gana de tener la plata paralizada ganando una miseria, cuando solo con darse V. todos los días un paseito por la Bolsa y hacerme un guiño de ojos, darme un codazo ó pisarme un pié, le saca V. á su dinero el 48 por 100 por la parte baja.

—No comprendo bien eso de la parte baja. ¿Por dónde quiere V. que saque ese 48?

—Quiero decir que, calculando la utilidad muy reducida, ganará V. ese interés todos los meses.

—Ya, ya, entendido: ¿y lo del guiño y el pisoton?

—Muy sencillo. Se presenta alguna de esas operaciones de bolsa sobre seguro, que le triplican á V. su capital en 24 horas; pues V. no tiene mas que hacerme una seña y yo compro ó vendo por su cuenta, y ya no hay mas que esperar la liquidacion y embolsarse V. los miles de pésos como agua.

—Pero yo no sé de esas cosas, francamente.

—¿Y para qué estoy yo en el mundo? No tenga cuidado por eso. Le explico á V. en un santiamen de lo que se trata y no tiene que preocuparse de otra cosa que de guardar las ganancias ó gastárselas alegremente. Ahora mismo tiene V. un caso práctico. Compramos un millon de Carolinas para fin de mes á 300 por 100.

—Permítame V.: yo no tengo mas que cuarenta mil pesos disponibles.

—No importa, mi amigo. Si V. no va á retirar esas acciones. Llega el fin de mes, ¿comprende? Las Carolinas han subido á 310 y V. se ha ganado limpitos diez mil pesos, menos una insignificancia que vale mi comision.

—Pero eso es una maravilla... está V. seguro que han de subir á 310?

—Lo natural es que suban á 320, pero no quiero hacerme ilusiones ni que se las haga mi cliente y por eso me quedo siempre corto.

—Y dígame.... ¿si bajaran de 300?

—¿Cómo quiere V. que bajen, alma de Dios? Mire V., yo conozco el mercado como mis dedos. Hay mucho vendido en descubierto: llega el vencimiento: los compradores retiran, el vendedor se apura á comprar y el título se vá á las nubes. Usted recoge veinte, treinta mil pesos como si fueran mosquitos. Y en estas cosas, le advierto, ¿eh? no se puede perder tiempo, porque se vá la bolada. La vista de lince que yo tengo sirve para ver venir las cosas y hacer las jugadas en la oportunidad. Con que si se anima, compro las Carolinas. Ya sabe, le garanto, si suben, de diez á veinte mil pesos en veintiun días. Ya vé V. á mil pesos diarios. Dígame en qué oficio se puede sacar ese jornalito ¿eh?

—Es una buena soldada.

—Pues cuéntela V. en el bolsillo.

(Saca la cartera y apunta rápidamente).

—Ya está V. anotado. Váyase por la Bolsa todos los días y véame. Tal vez se presente algún otro *pichuleo*, mientras desenvolvemos esta operacion pendiente. Bueno adios ¿eh?

(Se vá Agapito y se queda Aglaflauta hablando solo).

—Esta cabeza mia tan pobre de entendederas en cosas de Bolsa! Pero don Agapito es muy inteligente en esos negocios y él me ha de sacar adelante. Las Carolinas subirán.... pero ¿y no podrán bajar tambien? Qué diablos donde las dan las toman y en los negocios he visto toda mi vida que quien está á las duras ha de estar á las maduras.... Bueno: pero ya dice don Agapito que tienen que subir, por no sé que cosa que ha descubierto y lo van á retirar... en fin, que me se harán agua los sesos si insisto en querer darme cuenta de la operacion. Ya no hay más remedio que correr el temporal.

(Aglaflauta va en busca de su esposa y le cuenta lo de la compra de las Carolinas sin decir cuantas por no agustarla, y tanteando primero como le sentaria la operacion á su consorte, cuyo mal carácter conocia de lances anteriores).

—Mira, hijito, á casa no me traigas mujeres, que yo con la negra cocinera, me basto y me sobro para los quehaceres. Déjame en paz de Carolinas, que siempre serán algunas zafadas, sin vergüenza que vengan á sacarte la plata sabiendo que eres un bobalicon que en cuanto ves pollerás, aunque sea una escoba vestida, ya te desrites como la manteca.

(Agaflauta, al ver el giro que toma el asunto y en prevision de que la señora le tire algun ladrillo á la cabeza, se calla y deja para el dia que venga con los veinte mil pesos de utilidad sólida, el explicarla cuales y como son las Carolinas del negocio.

Ha llegado la víspera de la liquidacion. D. Agapito se presenta un poco de mañana en casa de D. Agaflauta en momentos que este se encuentra desocupando el cajon de su escritorio que tiene resorte y secreto, y en el que va á meter los quince ó veinte mil pesos que ganará al dia siguiente con las Carolinas. Al ver entrar á D. Agapito apresura la limpieza.

—¿Ya me trae los pesos? ¡Caramba yo creí que hasta mañana no se cobraban! Pero ya está listo el cajon. Vea, aquí los pondré para mayor seguridad. Quería haber hecho pasar un plumero al fondo del cajon, pero lo dejaré para otra vez. Cónque ¿cuánto ha sido lo ganado?

—Párese amigo. Todo vendrá. No hay que precipitarse. Por el momento me va usted á hacer el servicio de preparar un cheque de diez mil pesos. Con esta suuna se paga la diferencia de esta liquidacion y podemos vender dos millones de Carolinas para fin del entrante. Así nos cubrimos y recuperaremos con creces lo perdido, pasándonos á los bajistas. ¡Qué diablo! Los compradores no pueden retirar, y las acciones en vez de subir han bajado.

—¿Y entónce? ¿He perdido?

—Lo que se dice perder, no: porque yo, que no me chupo el dedo he vendido por su cuenta y estoy seguro de regalarle á V. cuarenta mil pesos para dentro de treinta dias: es verdad que por el momento hay que dar diez mil pesos: pero es como cuando siembra el agricultor una fanega de trigo para recoger mas tarde muchas toneladas.

—Así es que.... en este mes.... no cobraré nada?

—Todavía no: despues de abonados los diez mil pesos trasladamos, pero duplicada ¿eh? duplicada toda la operacion hasta el otro fin de mes, que será cuando en vez de veinte mil pesos cobrará V. cuarenta ó cincuenta mil. Sobre eso no hay cuestion.

—¿Y no podríamos deshacer la operacion?

—¿Deshacerla? ¿Está V. loco? Perder diez mil pesos y arrojar por la ventana cuarenta mil para dentro de un mes. No sea flojo, Agaflauta.

—Usted me asegura que subirá mucho?

—¿Cómo subir? Si ahora lo que necesitamos es que baje, ¿no vé que ha vendido V. dos millones para fin de mes?

—Yo no veo nada. Parece que túviera unas nubes ante los ojos.

—Bueno, confie en mi y todo irá bien. Firme ese cheque.

—Allá voy.

(Y tras un suspiro profundo y una mirada recelosa hácia la puerta, por si aparecia su mujer, extendió el cheque por diez mil pesos moneda legal que anotará ese Banco en la cuenta corriente de — firmado — Agaflauta Sonora).

EPÍLOGO

(Pieza de escritorio modestamente amueblada. A la derecha una silla, á la izquierda un taburete; al fondo la mesa ministra con el cajon de resorte secreto, abierto y vacío. Sentado en el sillón del escritorio, Agaflauta con las manos en la cabeza y los piés en el suelo, medita. Al cabo de una hora de quietismo alza la frente y mirando al cielo raso, exclama:

—Estoy perdido.... me dejó sin un centavo ese pícaro negocio de las Carolinas. Cuando era necesario que subiesen, bajaban y cuando convenia que bajaran, subian; y así á este tira y afloja perdí mi caudal y me quedé por puertas. Este bribon de D. Agapito es el que me ha metido en esos trotes. Tanto discurrir sobre si habia pases y descubiertos y guerra turco-rusa y anglo-china, para

concluir por errar seguido hasta llevarme de la mano á la miseria. ¿Y qué hago ahora? ¡Si me atreviese á echarme de cabeza al dique número Uno!

Fortunas á la minuta

Llegó mi hombre á Buenos Aires con los bolsillos desocupados, el ánimo levantado, la cabeza llena de buenos propósitos y sana doctrina, el corazón á prueba de borrascas.

Tengo veinte años,—se decía en sus frecuentes monólogos: no soy negado, ni carezco de ilustración: llevo la voluntad decidida de trabajar sin descanso hasta labrarme una fortuna que me permita reposar, al abrigo de las vicisitudes del no tener. En veinte años de labor podré redondear un capitalito modesto y entonces podré repetir sin sonrojo, el refrán aquel: «El que á los veinte no es valiente, á los treinta, prudente, y á los cuarenta, rico,—es muy desgraciado ó muy borrico».

A mi hombre, para mejor entendernos, le llamaré Benvenuto y cuenta con que el nombre casi siempre esta reñido con las cualidades del que lo lleva. Benvenuto habia venido bien á la Capital argentina, pero la cosa era el cómo le iría.

Se colocó sin reparar en el sueldo ni en las condiciones.

La cuestión es trabajar, que lo demás ello vendrá sin merecerlo, pero no sin ganarlo, como decía aquel al dirigir la acción de gracias al Hacedor Supremo, despues de cada comida.

Benvenuto miró en derredor y halló cosas que excitaron su curiosidad en alto grado.

—¿Quién es ese caballero que vive en el palacio de enfrente?—preguntaba Benvenuto á un amigo muy conocedor de la vida y milagros de todo el mundo.

—¿Ese? Pues, mire usted, es un hombre inmensamente rico. Tiene dos estancias de diez leguas cada una, en el Oeste; muchas casas en la ciudad y dinero en el

en el Oeste: muchas casas en la ciudad y dinero en el Banco Turco. Es lo que se llama un *platudo*.

— ¡Y tan jóven! ¿Habrá heredado esa fortuna?

— Está usted fresco. ¡Heredar! ¡Conque hace cinco años no tenía un *xorro*! Le tenían miedo en los hoteles y y fondines, por los clavos que metía.

— ¿Y cómo ha sido el cambio....? — decía Benvenuto.

— Pues es muy fácil.... Se metió en negocios, á la sombra de un director de Banco, que lo tomó de testafarro. Una vez sacaron muchos miles de pesos á nombre de un hojalatero, con su sola firma, y no sabia ni firmar. Al hojalatero le dieron unos centavos y se mandó mudar á Jujuy, en donde está componiendo tachos á mas y mejor. Cuando llegó el vencimiento de la letra, no se encontró al deudor ni muerto ni vivo y pasó á la cuenta de deudores en gestion y mora, donde seguirá hasta que suene el clarinete del juicio final.

El de enfrente empezó á presentar proposiciones á los gobiernos para hacer obras de cualquier clase, y todo se lo concedian gracias al apoyo de su protector y sócio en las pichinchas: compraron terrenos sin mirar donde y á hipotecarlos por diez veces mas de lo que valian: inventaron centros agrícolas en donde no habia sino patos silvestres y con las cédulas de la hipoteca que vendió oportunamente, se puso tan á flote que hoy es un potentado. En tres años levantó una fortuna de dos millones de pesos.

Benvenuto escuchaba este relato con tamaño boca abierta, como si temiera que se le escapase, sin entender una palabra.

— ¿Pero eso será una excepcion?

— Pues de ese paño se han cortado muchísimas levitas. ¡Si yo le contara á usted! A millares se han hecho ricos, presentando proyectos locos, fundando sociedades anónimas, jugando en la Bolsa sobre la base de que, cuando habia ganancias, se las embolsaba el hombre de negocios y cuando se perdia fuerte, pagaban los Bancos. Verdaderas diabluras, mi-amigo.

Y Benvenuto fué, con semejantes ejemplos, modificando aquellos propósitos que abrigaba al llegar.

— Trabajar veinte años sin descanso, —decia monologando siempre— para conseguir bastante menos de lo que se puede obtener en tres, es una primada. Lo que han hecho tantos, ¿por qué no hacerlo yo?

El dinerito que ganaba, empezó por emplearlo en billetes de la lotería de Montevideo.

Era de ver con qué ansia esperaba la llegada de la lista de premios y los alegres cálculos que echaba con la futura y posible ganancia.

—Si me caen los veinticinco mil pesos oro, estoy salvado. Compró tres mil acciones del Banco Destructor, que dan un interés espléndido y le han de dar mayor aún: otras tres mil Carolinas, mil *Neuquenes*, y lo que me sobre, en cédulas. Lo cauciono todo esto y con el dinero que me den, compro diez mil leguas de campo vírgen y mártir, en el interior del Chaco y lo pueblo con artistas de canto, baile y tragedia. Para llevar la población ó instalarla en palacios apropiados, hipoteco las diez mil leguas, en diez millones de pesos y á la vuelta de cinco meses, cuando ya esté aquí toda la maquinaria para establecer una pesquería de truchas á bragas enjutas y un gran teatro mímico lírico en medio de la selva umbría lo realizo todo y compro títulos ingleses, fondos rusos, y superficies griegas.

Benvenuto dejó el empleo que tenía, por qué como cualquiera comprende, aquella ocupación mecánica le quitaba el tiempo para redondear los grades planes que bullían en su cerebro.

Algunas veces modificaba los detalles de su vasto proyecto. Por ejemplo, la colonización en vez de hacerla con artistas, pudiera ser mejor, que la hiciese con barberos y peluqueros. Así cuando estos industriales no tuvieran que hacer en la barbería, podían dedicarse á la corta y tala de los bosques del Chaco, que bien necesitan una limpieza.

A todo esto compraba billetes de la Lotería de Caridad, que caritativamente le iba llevando los pesos y dejándole las esperanzas, lo que no era poco dejar.

Cuando dejó de ganar en su empleo y se gastó lo que había ahorrado, siguió soñando y empezó á trampear.

El oficio de *pechador*, metecavos y tirador de la oreja de Jorge ó ruletero, es solamente difícil en los primeros pasos. Una vez perdida la vergüenza, todo va como por sobre rieles ensobados.

—Si yo encontrara uno que me hiciera sacar dinero del Banco, para empezar, como le sucedió á aquel vecino opulento! Yo no necesito que lo pongan á nombre de

ningun hojalatero. Me basto y me sobro para hacerme rico con el soberbio plan que he concebido y despues le pago al Banco, con creces.

Así se lamentaba Benvenuto, mientras buscaba, como Diógenes, un hombre que le sirviera de padrino.

Y lo que es la suerte! Una noche, jugando y haciendo trampas, conoció á un caballero bien puesto y mal quitado, que escuchó sus cuitas y le prometió hacerle dar veinte mil pesos, de los que se quedaria con quince mil por el corretaje y le daria los cinco mil restantes, para que se compusiera un poco.

Pues, aunque parezca cuento de hadas; así sucedió, en efecto. Benvenuto firmó su giro por veinte mil, se guardó los cinco millares y entregó á su protector *desinteresado* los quince restantes.

Con cinco mil pesos en el bolsillo, se creyó Benvenuto que el mundo era chico para sus aspiraciones.

Aquella misma noche tentó fortuna en el Club de los Rubios, porque calculó que estaba en la buena y haria saltar la banca.

A la madrugada no tenia ni un centavo partido por medio. La sota y el cinco, el blanco y el negro y los pares y nones se lo habian llevado todo.

¿Figurarán aun los veinte mil pesos en la cuenta de deudores morosos del Banco?

Tal vez estén ya en ganancias y pérdidas.

Es decir, en pérdidas solo.

Amigo de mis amigos

De cómo un hombre honrado puede, sin dejar de serlo, convertirse en un gran pícaro practicando una virtud y sin mas que exagerarla.

Un bonito título para un libro de los pequeños: un poco

largo y con un mucho de paradógico, al parecer, porque despues de ahondar un poco se encuentra uno con la verdad grande como catedral.

Solamente con que el protagonista sea muy *amigo de sus amigos*, ya es hombre al agua. Si no agrega que no considera amigos mas que á los hombres honrados, ya le teneis á todo vapor en la via que siguen los encubridores de pícaros. Y al encubridor y al oriminal, pena por igual, decian los antiguos y repetimos como loros los modernos sin aplicar la doctrina en la práctica.

En los hombres públicos, sobre todo, es uno de los timbres mas preciados y que mas se esfuerzan en mantener con todo el brillo posible.

—Yo soy muy amigo de mis amigos, dice el caudillo, el jefe de grupo ó el de partido.

A primera vista no se le ocurre al que lo oye mas que alabanzas para tan bella cualidad. La amistad es don del cielo para endulzar las amarguras de la vida en la tierra.

—Don Fulano, dicen los de fuera, es muy amigo de sus amigos. Yo sé de un amigo suyo que tuvo una desgracia gorda, asunto de juego. Perdió una suma crecida que pertenecia á una pobre viejecita y hubiera ido á la cárcel con toda seguridad, porque la verdad es que la dejó á la pobre en la miseria. Pero amigo, medió don Fulano, habló personalmente al juez y consiguió que se echara tierra al asunto. Enseguida para evitar tropiezos le dió un alto puesto en la administracion pública, en donde se ha hecho rico en tres meses.

—¿Pero y ese don Fulano no pagó de su bolsillo el dinero que su amigo habia robado á la viejecita? preguntareis conmigo.

—Eso no, hombre de Dios! Ni tanto ni tan calvo. Bastante hizo con salvar á su amigo de aquella desgracia.

—Y siquiera cuando se enriqueció el tunante afortunado le pagó el dinero á la vieja?

—¿No le digo que ya se habia echado tierra al asunto? Todo estaba terminado. La misma vieja ya no se ocupaba del dinero perdido. Habia quedado alelada con el tremendo golpe.

Y el que escucha esa triste historia se queda pensando si la amistad empleada en la forma que la aplica don Fulano es efectivamente don del cielo ó regalo del infierno.

—Pues yo sé de otro.—agrega uno que conoce á fondo á don Fulano,—que tambien le debe mucho á su amistad. Figúrense que un dia, estando un poco *bebido*, se le ocurre decir ante un grupo de valientes bebedores como él:

—¿A que le pego un tiro al primero que dé vuelta á aquella esquina?

—Una botella de cognac á que no le tiras;—contesto uno.

—Vá jugada....

Amarilla el revolver y fija la mirada eusangrentada en la esquina.

Pasan unos segundos sin que nadie asome. La ansiedad se vé dibujada en todos los rostros.

Por fin aparece un hombre como de 30 años, embebido en la lectura de un periódico.

Suena un tiro y el hombre rueda hasta el arroyo en donde se revuelca unos instantes y muere.

La bala le atravesó el corazon.

Era un modesto empleado de ferro-carriles con seis hijos y la esposa, que quedaba en la miseria con la muerte del cabeza de familia.

Mal lo hubiera pasado el asesino, sinó hubiera sido porque don Fulano trabajó en su favor, lo que no es decible. Se le condenó á presidio, pero don Fulano, que es muy amigo de sus amigos hizo que lo trasladaran á Patagones: allí le hizo que pasara al servicio de un jefe militar que le era muy adicto y año y medio despues de lo del tiro se encontraba otra vez contando sus aventuras á los mismos que le vieron matar al infeliz empleado de ferro-carriles. Y cuantas veces ha caido en la cárcel, lo ha sacado enseguida don Fulano. Así que dice el amigo á quien quiere oírle:

—Yo no le tengo miedo á *nadies*: para mi la espalda es pecho y el espinazo cadera. Si me dice don Fulano que mate á mi abuela de un tiro.... nada que la mato. Don Fulano es mi amigo y yo lo soy de él hasta la muerte.

Ya veis que en sana razon son dos buenos amigos digno el uno del otro y dignos ambos de la horca; pero lejos de eso el protector es uno de los hombres mas honrados, espectables, justicieros, enérgicos y caballerescos, que ojos vieron y narices olfatearon.

En homenaje á esa amistad encubridora dejará que

saqueen el tesoro público si es gobierno, descaradamente, sus amiguitos; y si álguien los llama al órden, interpondrá todo su valer, comprometerá su honorabilidad como gobernante y como hombre, para que no se moleste á los defraudadores de dineros fiscales, que, ¡pobrecitos! son amigos suyos y no puede humanamente dejarlos abandonados.

Por manera que á la vez que se dice que son muy amigos de sus amigos, debería añadirse que son muy enemigos del resto de la humanidad.

Cuando oigais decir que un hombre pícaro tiene buenas agarraderas, buenos padrinos y que no es ningun *huarcho* ya podeis echaros á buscar quien ó quienes son los *amigos* que desde alto pedestal y con un forro de honradez le manejan como aplastadora maza ó cortante cuchilla.

Hasta llegan á vanagloriarse de esas protecciones con una fruición que denota perturbaciones en el sentido moral de un hombre de bien.

Quien no ha oído á esos personajes, con las excepciones honrosas que deben hacerse, decir algo semejante á esto:

«Ese mozo que acaba de salir lo salvé de una buena hace como dos años. En presidio estaria si no fuera por mí que tomé con interés su asunto y aunque me dió mucho que hacer lo saqué del mal paso completamente. Hasta me costó indisponerme con él respetable caballero don Mengano que se empeñaba en que fuera castigado severamente. El mozo ha quedado tan agradecido que se dejaría matar por mí y si yo le dijera un dia: «ese hombre me estorba», estoy seguro que... dejaría de estorbarme».

En verdad os digo, y perdonad el estilo evangélico, que semejantes amigos son una verdadera plaga.

Que Dios nos libre de ella y restablezca el imperio de los hombres de bien aunque no sean tan amigotes.

Vol averunt

Ella era la que tenía la plata cuando se casaron:

El, entonces, tenía veintidos años.

Qué hermosa edad ¿no es cierto?

Alto y delgado sin exageración. Ojos negros pícaros, dientes blancos nacarados y un bigotito lustroso y bien colocado,

Se ocupaba en pensar detenidamente si tenía ó no ganas de trabajar.

De sus largas meditaciones resultó que lo mejor sería buscar una viuda rica y casarse para descansar de las futuras fatigas.

La Providencia, que á veces vela mas por los muy diablos que por los inocentes, le puso al habla con doña Rita viuda de Manteca, un almacenero de campaña, casi pulpero, que habia hecho un buen rincón comerciando con los indios. ¡Qué negocios brillantes tenía hechos!

Doña Rita aún recuerda con qué maña les compraba á los indios las plumas de avestruz, se las pagaba muy baratas y luego los emborrachaba con una ginelbra hecha por él, que formaba volcanes en los estómagos. Les quitaba la platita que les habia dado y aun algunas otras pilechitas; despues los largaba con vicinto fresco, y á veces con una paliza, á cuenta de mayor cantidad. ¡Qué bien marchaban los negocios!

Pero el pobrecito pulpero se murió cuando pensaba en empezar á gozar de su plata, ganada con el sudor de la frente de los indios, y ahí quedó doña Rita, con 46 años á la espalda, y unas carnes tan frescas y sonrosadas, que daba gloria verla.

Habia mucha naturaleza en doña Rita, mucho vigor y mucho empuje. Era, podia decirse, hablando en términos agrícolas ó ganaderos, un campo casi vírgen en materia de amor y de ánsia por ver mundo.

Vino á Buenos Aires y se instaló con modesto lujo, aunque ¡a ezca mal esa mezcolanza.

El mobiliario le costó un centavo: en eso estaba el lujo; pero era de tan mal gusto, tan abigarrado y mal elegido que allí estaba la modestia rayana de la miseria.

Doña Rita empezó á soñar despierta. Se miraba en un gran espejo, luna de Venecia hecha en Barracas, y se encontraba hermosa todavia.

—¿Y por qué no?—se preguntaba en voz alta, respondiendo á un pensamiento íntimo que bullia en su cerebro.

En aquellos momentos psicológicos, en que sintiendo cosquilleos nerviosos en el corazon, se hacia esa pregunta y se la contestaba con un:—Ya lo creo que puedo casarme todavia—fué cuando apareció ante su vista como un Fausto mefistofélico el jóven y apasionado Pepito Trones.

Se vieron y se amaron.

Y todo fué á vapor: él la pidió la mano: ella se sonrojó un poco y se la ofreció de buena voluntad. Se concertó la boda para tres meses mas tarde. En cuanto estuvieran listos los papeles.

Pepito abandonaria por el momento todos sus negocios para consagrarse exclusivamente á los preparativos de boda. Sus negocios no se resentirian por aquel abandono temporal. Despues de casarse reanudaria sus reflexiones sobre si era ó no convenientemente trabajar.

Doña Rita tenia un tio carnal y varias primas que no eran carnales á juzgar por lo fiacas que estaban. Apenas se enteraron del proyecto de boda y de que don Pepito tenia 22 años y ningun peso papel armaron el cipizape mas colosal que registra la historia de los matrimonios ideados á disgusto de la familia.

Cuando le hicieron los cargos del caso ella contestó:

—No se me dá nada de todo lo que decís. Si es muy jóven, mejor, ya estoy harta de viejo. Si no me quiere á mí y sí á mi plata, mejor para él. A nadie le importa lo que yo haga con mi dinero y si se me antoja tirarlo á la calle tal dia hizo un año. Yo le quiero y me casaré con él aunque se hunda el mundo.

Cuando se reunian las primas en casa del tio y hablaban de doña Rita era cosa de alquilar balcones. La llamaban vieja loca, desatada, ingrata, verde y otras cosas que no se detallan por su mucha extension.

Pepito sabia la oposicion de que era objeto su candidatura y redoblaba sus carantoñas y solicitudes para Rita.

—Que te dá el sol, Ritita. Por Dios quítate de la corriente del aire, Ritita. No te resfries, Ritita. Eres mi único encanto, Ritita, No pienso mas quen tí, Ritita....

Y con esa tonada, con variaciones, se pasaba las horas enteras Pepito, en tanto que la viuda de Manteca se derretía de puro gusto al verse tan amada.

Para ir á los altares, Rita le anticipó á Pepito cuatro mil pesos legales á fin de que la hiciera algunos regalos de boda y se comprara un frac de color aceituna de la reina, con botones de níquel dorado.

Al fin se casaron.

La luna de miel la pasaron en una estancia que dejó el finado Manteca, bien alambrada y lista, en Sauce Largo.

Bien pronto dijo Pepito que era necesario volver á Buenos Aires, porque sus negocios estaban desatendidos. Tomó la dirección de los bienes de Manteca y los puso al calor de su desinteresado celo, hechos un caldivache.

—Es necesario que compremos coche, Ritita. Tú te fatigas de andar á pié y yo no quiero que sufras.

—Como quieras, Pepe.

¡Vaya un par de rusos que compró el mocito y vaya un landeau!

Ni el Czar de todos las Rusias tenía una yunta como aquella.

¡Y qué libreas! El lacayo era moreno oscuro y el cochero rubio como las espigas de trigo.

Pepito empezó á tener amigos y á llevarlos á comer y á almorzar á su casa. Tomaron un cocinero francés y dos pinches japoneses. Mucamas, *valet de chambre*, *valet de pied*, costurera y el diablo á cuatro patas que también entró en la casa con el propósito de hacer diabluras. Todo se hizo con tanta rapidéz como generosidad. Se pagó bien y pronto.

—Es necesario que hagamos un viaje á Europa, Ritita. Tenemos que ver París, Lóndres, y lo que caiga.

—Como quieras, Pepe.

—Mira, Ritita, tenemos dos ó tres fincas que nos producen un interés raquíutico. Nos conviene venderlas y colocar mejor el dinero. Yo tengo ya arreglada una empresa que deja el setenta por ciento de interés sin quebraderos de cabeza.

—Como quieras, Pepe.

Allá fueron los escribanos formulando escrituras de venta, poderes en forma y expedientes voluminosos. Para evitar molestias á Ritita se pusieron todas las facultades en el poder general que se hizo á favor de Pepito.

Y empezó la jarana equis.

Viaje á Europa en camarote de preferencia, tren expreso, Gran Hotel en Paris y en donde quiera que iba el matrimonio feliz lo mejor y lo mas caro para Ritita.

¡Si Manteca levantara la cabeza! pensaba para sus adentros doña Rita. Se volvía queso al ver el paso que llevaban sus dineros. Tanta ginebra gastada para que se lo llevara todo el demonio.

Una tarde recibió doña Rita un disgusto en Paris que la hizo reflexionar largo rato.

Al saludarla una vecina de habitacion en el Hotel la preguntó por su hijo.

—No tengo familia, contestó inocentemente Rita.

—Ah! dispénseme, señora, creí que su jóven acompañante era hijo....

—Es mi esposo, contestó entre ofendida y orgullosa.

Pero la espina quedaba dentro.

Volvieron á Buenos Aires á realizar algunas ventas de campos, porque el dinero estaba mal colocado en propiedades.

Hace pocos meses doña Rita se enteró con dolor de que Pepito habia derrochado todo cuanto tenían y un poco mas del doble de lo que no tendrían nunca.

En vez de rusos y landeau apenas si podían pagar el tramway; y á consecuencia de un embargo fué necesario ir al hotel de la Mala Sopa, de donde tuvo que salir Rita sin balijas para refugiarse en casa de su tío carnal, que la recibió con dos piedras y por poco se las tira á la cabeza.

Pepito fugó. Se sabe que se detuvo en Pelotas y puso una casa de juego con blanca, negra y trampa adelante.

Por eso decíamos al empezar que era ella la que tenia la plata.

Hoy no tiene mas que paciencia, mucha paciencia, para soportar el mal humor del tío y las chirigotas de las primas. Se acuerda de Pepito, pero no es con buen fin.

Le perdonaria la ruina. La fuga, ¡nunca!

Pedrito el cruel

LLAMADO

TAMBIEN EL JUSTICIERO

La espantosa crisis monetaria que como viento pampero de los mas furiosos cierra las puertas de infinidad de negocios con el fuerte estrépito de la quiebra, ha influido poderosamente en la situacion pecuniaria de Misia Petrona.

Esta señora es viuda de un coronel que fué de la Nacion, el cual la dejó al morir una chacra en Chascomús, que producía mucho *zapallo*; y á mas de esto la modesta pensión que acordó darla el Gobierno en pago de los servicios prestados por el difunto.

Con estos recursos debía Misia Petrona sostener y educar á una niña y un niño que formaban parte del legado hecho por el Coronel.

La hijita cuenta en la actualidad diez y seis agostos, como diez y seis luceros matutinos.

Es linda tanto como puede serlo una que lo sea mucho.

El chiquitin, último fruto del árbol matrimonial tiene siete años, y es mas listo que una ardilla y mas diablo que guapo. En todas las conversaciones mete su cucharada y relata con gran desparpajo cuanto se le viene al majin, sin recordar jamás las cachetinas que tiene recibidas de su *mama* por charlar mas de lo justo.

Con motivo de andar las pagas de la pensión de Misia Petrona, un poco mucho demasiado retrasadas y unido á esto el que le chacra no producía mas que disgustos de un año á esta parte, la buena señora creyó necesario reformar su presupuesto de gastos introduciendo serias economías.

Formó el consejo, compuesto de ella y Misia Petrona y por unanimidad de votos acordaron tomar una casita de tres piezas en la calle Charcas núm. 13.892.

Una vez instalados en su nuevo domicilio esplicó á la preciosa Juanita la razon del cambio, lamentándose madre

é hija de la pícara escasez de recursos que les hacia abandonar la escojida sociedad que venian frecuentando.

El pequeño Pedrito escuchaba con atencion siempre que conversaban su *mama* y su hermanita sobre si el sombrero de esta no se podia llevar por haber pasado la moda, si la pollera no tenia compostura y en fin, las mil y una lástimas á que daba márgen la falta de plata.

En tal estado las cosas, reciben una tarde la visita de Mísia Rufina, dama de campanillas, que con dos de sus hijitas habíase tomado la molestia de *costearse* hasta el *palacio* de Mísia Petrona.

Se dieron los consabidos besos en ambos carrillos las damas y penetraron en la sala cuyo decorado conservaba el recuerdo de tiempos mas halagüeños.

Mísia Petrona dice á una chinita bobalicona que tenia de sirviente.

— *Andá y cebá mate* para estas señoras. Que esté bien dulce ¿no?

La muchacha se dirige al fondo sin chistar, pero Pedrito colocado en medio de la sala grita como un energúmeno:

— ¡ *Mama*, no sabés que se acabó *antier* la hierba?

— ¡ Qué sabes vos, calláte *souso*, replica Mísia Petrona mirando á su hijo con ojos de paliza.

— Sí; como que no lo sé. ¿ Y cómo no lo *tomás* vos? añade el chicuelo sin apercibirse de nada.

Mísia Rufina comprende el conflicto y se apresura á decir:

— No se moleste, Petronita; *recien* acabamos de tomar mate en casa de la de Peral.

— No haga caso de este diablo. ¡ *Salí* no más! grita de mal humor la buena señora dirigiéndose á Pedrito.

Una de las jóvenes visitantes se interesa por el niño y atrayéndole hácia si le dice muy cariñosamente:

— No *inquietés* á *mama*, *mirá* que te va á retar.

— Voy con su permiso á ver como se demora tanto la chinita.

Esto dice Mísia Petrona encaminándose hácia el fondo, para dar pesos á la muchacha y onviarla por hierba al inmediato almacén.

Entre tanto la conversacion en la sala continúa en esta forma.

— Linda casita ¿no? dice Mísia Rufina.

—Tiene el gran defecto de estar muy retirada del centro, pero *mama* prefiere eso á tener una casa con fondo donde poder poner plantas y árboles, responde Juanita.

Pedro; el cruel Pedro ataja la palabra á su hermanita y con sonrisa graciosa dice dirigiéndose á la jóven que le retenia:

—No lo *erods*. Te quiere hacer tragar la *almóndiga*, mi hermana. Esta casa es mas linda que la de la calle Piedad porque cuesta cincuenta pesos papel nada mas y no pedian fiador.

—Pero ¿que sabés vos? Muñeco! esclama Juanita con el rostro encendido.

Las visitantes celebran con grandes risas la salida del chiquilin y este que se ha quedado mirando hácia la calle, por el cristal de la ventana, empieza á dar voces señalando con el dedo:

—¡*Mirá* la china que viene con la hierba del almacén! Ahora si se puede cebar mate.

Misia Rufina se hace la sorda y reanuda la conversacion preguntando á Juanita.

—Ahora no irán tan amenudo al *tiatro*? ¡Cómo está tan lejos y luego para venir á esas horas! Apesar de que hay tramway ¿no?

—Sí, hasta la puerta; pero á *mama* le da tanta pereza salir!

El feroz Pedrito levanta la cabeza y dice con seevra entonacion:

—Otra vez, te quiere hacer tragar la *almóndiga*. Dí que no vamos al *tiatro*, porque el sombrero de Juanita tiene las plumas peladas y está muy feo.

Juanita suda la gota gorda y procurando no dejar oír á Pedrito, replica:

—Y yo que queria escuchar «Los Hgonotes». Me han dicho que los cantan tan bien.

—¡Divinamente! exclamian en coro la mamá y las dos niñas. Nosotras hemos ido todas las noches que la han puesto.

—Mama piensa que vayamos en esta semana.

Pedrito otra vez toma la palabra.

—Si, dice moviendo la cabeza con picardia: ¡que *sonsa*! ¿Y los pesos? No *sabés* ya que *mama* no tiene plata.

Juanita se hubiera comido á su hermano ó le hubiera tapado la boca de un manotazo.

En aquel momento entra Misia Petrona y un instante despues, Pedrito que se entretiene en revisar el vestido de la niña mayor de Misia Rufina, dice á grandes voces:

—*Mirá, ché que roto tenés aquí.*

Efectivamente el ojo avizor de Pedro habia descubierto la existencia de un agujerito en el vestido, casi oculto por la sobre falda.

Misia Petrona se amostaza del todo y le dá orden terminante de marcharse de la sala, calificándole de imprudente.

Esta vez las niñas de la visita le dejan marchar temerosas de que siguiera investigando los rotos y descosidos de sus trajes.

—¡Qué vivo es! dice Misia Rufina viendo salir á Pedrito con la cara mústia.

—¡Oh! de pícaro que es el muchacho, no se le puede sufrir.

—Ya se sabe, á esa edad, que quiere que sea. Es preferible que sea así, que no *sonso*.

La china llega en ese momento con el mate y se lo entrega á Misia Rufina.

Esta se dedica á chupar por la bombilla, pero el líquido se obstina en no subir y en vano la señora absorve con la fuerza de diez caballos por lo menos. Ni una gota consigue hacer llegar á sus fauces.... El atranco de la boquilla es de tomo y lomo.

Misia Petrona *reta* fuertemente á la china por su torpeza y la manda que vaya enseguida á desatranca la bombilla.

Sale la muchacha atontada con la grita y se reanuda la conversación en la sala.

Un segundo despues se presenta Pedrito en la puerta y asomando con ímpetu su rubia cabeza vocifera con toda la fuerza de sus robustos pulmones:

—*Mama, mama!* ¡La muchacha ha dejado caer la bombilla dentro de la letrina!

—¡Qué dices! exclama furiosa Misia Petrona.

—¡Á la letrina.... la bombilla! repite el chico.

Aparece la chinita mas muerta que viva con la bombilla en su sitio.

—¿No decia Pedrito que te se habia caido? pregunta un tanto mas tranquila Misia Petrona.

—Si señora, pero la pude sacar metiendo el brazo.

Efectivamente: la manga del corpiño demostraba que... la había sacado de allí.

Misia Rufina estuvo á punto de estallar al ver lo sucedido.

Se levantaron pretestando ser tarde ella y las niñas, despidiéndose con fingida amabilidad.

Así que estuvieron fuera, Misia Petrona puso en estado de sitio la casa y Pedrito y la china hicieron el papel de revolucionarios vencidos.

Azotes, cachetes, mordiscos y palos fueron el final de todo este enredo.

El entierro

Un coche mortuario, con su correspondiente séquito de earruajes en disponibilidad, se detiene ante la casa que guarda en su seno el llanto, la desolacion y el luto.

El cochero desciende de su trono y con la mayor indiferencia hácia el doloroso efecto que el ruido del tren fúnebre al rodar por el empedrado causó en los afligidos supervivientes, revisa los arreos de los caballos, pone en orden las lujosas mantas de galon plateado y endereza los blancos penachos que agitan orgullosos los inquietos caballos.

Los demás conductores de coches apéanse de sus pesantes, recorren con atencion el vehiculo por si se nota algun desperfecto y enseguida se reunen en grupos á esperar el momento de ir al cementerio.

Los diálogos de los cocheros no son en su mayor parte reproducibles. Compadradas mas ó menos cultas, pero siempre aceradas y oportunas: dicharachos groseros, piropos subversivos lanzados á quema ropa de toda china, morena ó blanca que acierta á pasar cerca del grupo y hasta un poco de política, sobre todo en épocas electio-

narias; he ahí el entretenimiento de los que aguardan el cadáver.

La hora se acerca y en los patios y salones, conversan en voz baja muchos caballeros, en su mayor parte vestidos de riguroso luto, por mas que nunca faltan despreocupados ó económicos que llevan traje claro por no tenerle oscuro y que acuden al entierro por no perder la bolada de dar un paseo en cóche hasta la Recoleta y volver en rodado hasta la puerta de casa, con admiracion de sus vecinos que no se esplican aquellos lujos.

En los grupos, apesar de que todos hablan quedo y dan al rostro una expresion de tristeza suma, se puede distinguir fácilmente el dolor verdadero del hipócrita, la sensibleria del pesar sincero, el oro del doublé.

Sin embargo, se habla con recelo y parsimonia, porque la atmósfera que se respira es de tristeza.

Dentro de artística y adornada caja yace el cuerpo inanimado de un jóven que apenas empezaba á vivir la vida de los hombres.

Como diria alguno de esos que se dedican á pronunciar discursos ante las abiertas tumbas «buen hijo, buen ciudadano y buen amigo», el que habia dejado de existir era la gloria de sus acongojados padres y esperanza de algunos, que no de todos, los que se llamaban sus amigos.

El momento llega, el ataúd se levanta del túmulo y es llevado hasta el coche por los mas allegados.

La madre adivina, mas bien que oye el acompasado andar de los que se llevan lo único que queda de su amado hijo. No llora, gime silenciosa, pero atento el oído. Teme y desea cerciorarse de si le han llevado el cuerpo de aquel que cuando niño cubrió de besos, cuando adolescente cuidó cariñosa y cuando hombre contemplaba enorgullecida. Parécele oír el golpe seco del cajon que descansa sobre la plataforma del coche y abre los ojos como si de ese modo oyera mejor los ruidos. Los múltiples golpes de las portezuelas de los carruajes que se cierran confirman su temor y lanza un grito supremo.... Es un grito que no puede escucharse sin sentir una opresion abrumadora.

¡Es de una madre que ya no verá mas al hijo de sus entrañas!

—¿No hay un lugarcito para mí? dice un señor cejijunto asomándose á la portezuela de un coche.

—Aquí vamos cuatro y si V. entra, vá V. á ir incómodo, contesta un obeso que para sus adentros agrega: *y nosotros mas incómodos aun.*

El rechazado va de aquí para allá buscando asiento y tropezando con otros que se quedaron tambien de á pié.

El organizador de la comitiva revisa el interior de los coches y donde hay tres, le atraca dos mas con solo decir:

—Les voy á traer un buen compañero. ¡Suban aquí!

Y no hay remedio todos han de entrar que no es cosa de hacer venir otros vehículos.

Ya no hay nadie en la vereda y el convoy fúnebre va rodando lentamente.

Dentro de los coches la situacion cambia. Veamos.

Primer coche—

Allí van el padre, el padrino y el maestro del finado.

Nadie habla. Si pronunciaran en aquel instante una sola palabra se abrirían tumultuosamente las llaves que mal sujetan el dolor y los sollozos ahogados se trocarían en ruidoso llanto.

En aquel coche se respira con dificultad.

Pasemos.

Amigos antiguos ocupan el segundo carruaje.

Son cuatro: un señor de edad á quien el reuma no perdona.

Otro mas jóven que alardea de escéptico y desengañado.

Un primo del muerto que vá pensando en una novia que le tiene sorbido el seso.

Y un sacerdote que habituado á ver lástimas, asistir moribundos, consolar huérfanos y ver derramar lágrimas, desempeña su consoladora mision con el mismo indiferente afan con que un abogado redacta el escrito de defensa de un reo pobre.

Un breve rato de silencio reina en este coche mientras vá dando barquinazos por el empedrado. Cuando ya logra entrar en los rieles del tramway y cesan los coscorrones entre los cuatro, la conversacion empieza.

—¡Pobre Luis! dice el descreído.—¡Si, signo fatal el suyo!—¡Y tan jóven! Yo temo por la madre.... — Es un golpe terrible! Era su ídolo, dice el del reuma.

El de la novia se calla la boca y el sacerdote con voz meliflua y monótono acento, como si rezara, agrega:

—Dios que todo lo puede llama á sí á sus hijos predilectos. Dichosos los que abandonan este valle de lágrimas cuando aun el pecado no ha hecho sino empañar levemente la pureza que dejó el bautismo. Dios es de regocijo en el cielo y en la tierra, cuando un alma rompe la cárcel de la materia y vuela á su creador. *Pater noster*....

El enamorado mira al cura con gesto de mal contento, y necesita contenerse para no decir:

—¡Un demonio! Déjame de regocijos de esa clase que yo quiero vivir ya que al mundo vine.

—¡Ay! exclama el reumático: ¡que dolor tremendo en este hombro! Y con estos traqueteos! Les aseguro que representa para mí un sacrificio inmenso el cumplimiento de este deber póstumo.

Tercer coche.

—¿Médicos? Ni me los nombre, amigo. Déjame estar de médicos que en vez de curar matan. No le quepa duda. Mire, la abuela de la madre de mi señora estaba res»pirando salud, porque así puede decirse desde que solo tenía tenía un poco de asma, y algo de hipertrofia al corazón, de los disgustos que le dió su esposo (q. e. p. d.) que era muy bueno en el fondo, pero poco diplomático y la señora era muy sensible y cuando él se encolerizaba se le iba la mano.... cosas del mundo.... pues bien, un día se levanta enferma y tienen en la casa la mala ocurrencia de llamar al doctor Carbunclo.... ya usted vé, el médico de campanillas.... vivía en la calle de.... de.... vean que memoria la mia.... entrando por Venezuela.... eso es.... á la otra.

—Sí, sí, dice un interlocutor aburrido de aquella digresión.

—Pues amigo, — continúa el casi biznieto de la protagonista del cuento—llega el bueno del médico y apenas la vé dice: caso perdido.... pónganla unos sinapismos en las pantorrillas.

—Pues amigo—vuelve á repetir el orador,—antes de preparar la mostaza la buena señora torció la cabeza y se fué. Yo estuve por acusar al médico de premeditación

porque ustedes ven que ya al entrar dijo que era caso perdido; pero por no meterme en pleitos, como ustedes saben lo que es la justicia.... en fin....

—Pero dígame, qué edad tenía la señora abuela de la señora madre de su señora de usted?

—Noventa y tres años; pero mas fuerte que usted y que yo y que el señor.... y señalaba á un caballero ver-doso que iba enfrente.

—Permítame, permítame: mas fuerte que yo lo dudo. Sepa usted que no he tenido en mi vida ni un resfrio y eso que salgo en cabeza todas la mañanas y la meto en una bordalesa de agua puesta al sereno. Ya V. ve que si V. hiciera eso, se moria: se moria, no le quepa duda.

El primer hablador se queda mudo de estuper.

—Sí señor: en invierno hay veces que se forma una capa de hielo en la bordalesa y voy yo con la cabeza y la rompo: si señor, la rompo y nada.... tan fresco me quedo.

—Me lo figuro, dice otro que estaba callado. Por lo visto tiene V. por cabeza una catapulta,...

—¿Cata qué?....

—Es una arma de guerra que usaban los romanos' para echar abajo las puertas de los castillos.

—¡ Ah si, si! dice satisfecho con la explicacion el aludido. Pues mire V. esa robustez y fuerza se la debo al jarabé Pagliano. Yo era debilucho y una primavera me salió un grano aquí (señalando debajo de la oreja) y luego otro mas arriba y otro mas abajo y uno mas al otro lado y en fin tenia la cabeza hecha un mónstruo.... Que pomada por aquí, que unguento por el otro lado, friegas y porqueriás.... nada. Viene un compadre mio y me dice: ¿ Quiere estar sano antes de tres dias? Que si quiero? le contesto — Ya lo creo.

—Pues tome Pagliano. Lo tomé.

—¿ Y ?

—¿ Y ? pues que no me vé V. sin granos, rebo-sando salud y sin un resfrio apesar de meter la cabeza en la bordalesa ?

—Es verdad.

—¡ Ah ! Si al pobre Luis le hubieran dado el Pagliano otro gallo le cantara. Ya se lo decia yo á su padre: el Pagliano y nada mas que el Pagliano, pero no me hizo caso y ahí está el resultado.

Ya hemos llegado al cementerio.

Las caras de los de la comitiva que se habian ido alegrando vuelven á compungirse.

El fúnebre cajon descende.

Un cadáver viviente vá tras él bamboleándose, apoyado en el brazo de otro que está á punto de desfallecer.

¡Pobre padre!

Ya penetra la triste comitiva por entre los sepulcros, culebreando por aquellas estrechas y sombrías callejuelas.

Se detienen: un hueco negro, como insaciable boca, espera abierto al eterno huesped.

El cajon gime al resbalar por las corredoras.... cae la losa!

¡Adios Luis! murmura con el corazon oprimido el pobre padre. ¡Y es preciso dejarle abandonado!

Bien dijo Becker:

¡Dios mio qué solos se quedan los muertos!

Vida del hombre mediano

¡Tan bueno y tan caballero este don Hermógenes! ¡Tan generoso con todo el que, sin conocerle y solo por la fama que tiene de dadivoso, se acerca á pedirle algun favor!

Es una monada de hombre, un chiche. No tiene nada suyo.

Basta que cualquier Perico de los Palotes se le acerque, haga unas humildes genuflexiones y le diga: «Don Hermógenes, usted que es el hombre mas sábio, mas generoso, mas noble, de la tierra y sus cercanias, venga en ayuda de éste su mas ferviente admirador y panegirista».... para que don Hermógenes le dé el dinero que tenga á mano y aun el que tenga á pié.

Va por la calle y á cada momento recibe el saludo ceremonioso de alguno que le debe algun favor ó alguna plata, que ya al pedirla tenia el propósito de no pagar-sela.

Y don Hermógenes por aquí, don Hermógenes por allá y por el otro lado. A don Tiburcio que le facilitó dos mil pesos para poner un criadero de hormigas: á doña Cirriaca y sus tres niñas cuatro mil para instalar una pesquería de *pejerreyes* con levita: á don Juanito para que poblara un campo con conejitos de la India; y por este tenor habia una larga lista de donativos hechos sin mas interés que el desinteresado de que le dijeran que era el hombre mas sábio, mas bueno y mas generoso que Dios echara al mundo desde Adán á la fecha.

¿Qué dice usted? ¿Que don Hermógenes recibió una fortuna el día que se casó y hace cuatro días que su mujer y sus cinco hijos se encuentran en la miseria mas espantosa?

¡Pobre don Hermógenes! El, que era tan bueno, tan generoso, y verse así.

¿Eso más? ¿Conque le van á meter en la cárcel por haber hipotecado fincas que ya no eran suyas? ¿Y por haber puesto dos ceros mas á la derecha de una cifra que indicaba el valor de una letra á cobrar?

Vaya, que no hay justicia en la tierra. ¡Pobre don Hermógenes, tan generoso y desprendido y vea usted como le va! De seguro que esas pequeñas faltas las ha cometido solamente por ir en ayuda de los muchos que le pedían protección.

A los padres los arruinó por completo; y su mártir esposa está como suele decirse sin camisa, y los niños sin pantalones.

¡Tan bueno este don Hermógenes!

A media docena de amigos los ha metido unos clavos jefes. A uno de ellos le pidió prestados diez mil pesos, que tomó con una mano y se los dió con la otra á un andaluz que habia descubierto la manera de cazar ratas, en yuntas, y sin trabajo alguno, por medio de un mecanismo cuyo secreto le comunicó á don Hermógenes, pero en honor de la verdad sin que entendiera este una palabra.

Y el sastre anda por ahí llamando á don Hermógenes pillo, tramposo y otras mil lindezas. Todo ello porque hace dos años que no le paga un centavo y le sale ahora con que está arruinado y necesita que le perdone la deuda y le haga trajes para todos los de su casa.

Pero, señor, ¿cómo siendo un hombre tan bueno puede hacer cosas tan malas?

Porque no cabe la menor duda de que es una iniquidad el haber dejado por puertas á sus ancianos padres, asesinandolos moralmente con el desbarate que hizo de la fortuna que tan generosamente le dieron cuando se casó.

Y tampoco hay dos opiniones respecto de que don Hermógenes no tiene perdon por haber dejado en la calle á su amante esposa y á los tiernos hijitos. Y nadie tendrá valor para disculpar el que haya sacrificado á sus amigos y dejado sin pagar cuentas sagradas que representan el amargo sudor del pobre trabajador.

¿Que don Hermógenes no ha sido egoísta?

Es muy cierto, si se atiende á que no se ha guardado para sí toda la plata. Pero egoísta y medio resulta si se considera que por darse el placer de oír adulaciones, de que soliciten su concurso, de figurar como protector de cuanto trucha se le colgaba de los faldones, habia malbaratado lo suyo y lo ageno.

Ya vé usted que don Hermógenes está pobrísimo: ¿cómo acusarle de estafador, de mal hombre, de ladrón desalmado?

¿Y cómo calificarle?

Es un loco: pero un loco peligroso: una plaga social que olvida sus mas elevados deberes y, presa de la monomanía de la generosidad, dilapida sus bienes y lo que es peor no los repone por el trabajo cuando se ve perdido.

Porque eso sí, don Hermógenes cuando se halló sin un centavo y con muchas trampas se encastilló en su altiva inaccion y con musulmana conformidad esperó que la situacion se mejoraria por sí sola.

La caída fué rápida.

Todos los ganapanes que le habian saqueado cuando tenia la bolsa llena, se alejaron rápidamente y sin mirar atrás para evitar que los llamara y les pidiese algo de lo mucho que le debian.

Es decir, deuda en realidad, deuda legal, no era, puesto que don Hermógenes fué tan generoso que les habia dado aquel dinero sin obligacion de devolverlo; pero deuda moral es claro que existia.

No tiene mas de malo sino que en este pícaro mundo las deudas morales están en grave riesgo de correr burro.

Con que siendo la obligacion por escritura pública y teniendo hipoteca y con la intervencion de los poderes públicos, se queda el acreedor papando moscas y sin reu-

nirse con su plata ¿qué no sucedería á don Hermógenes que la dió sin mas que por el gusto de darla y sin interés por recibirla?

Llegó bien pronto el caso de que don Hermógenes no pudiera salir de casa sino de noche, porque la ropita de calle tenia mugre donde no agujeros y no habia como ponerla en condiciones de ser vista.

La familia tuvo que repartirse en casa de los parientes para no ser carga tan enojosa, y don Hermógenes rechazado por todos los que cayeron con su ruina y desconocido por los que aprovecharon de ella, rodó hasta el fondo de ese abismo que se llama *atorrancia*.

No es por alabarle, pero daba asco el mirarle, como decia un embromador perpétuo.

En sus momentos de lucidez, don Hermógenes se lamentaba de su perra suerte.

— Ingratos, — decia — ese Pepe Tabas que le pido cincuenta centavos y me dice que no lleva suelto.... canalla! Cuando yo le dí el dinero para que cubriera el desfalte que tenia en la caja del banco, yo debí no tener suelto ni atado.... ¡Que he sido bárbaro en mi vida! Lo mismo que Juanito y que todos, porque todos son iguales.... ¡Y mi pobrecita mujer, mis desgraciados chiquilines!

Don Hermógenes sentia desgarrársele el corazon.

Aun tuvo valor para pedir al primero que pasó una limosna.

Era el que pasaba, un jóven que tenia entre manos un proyecto de casamiento, en buenas condiciones, y en aquel instante iba pensando en si se le estropearia el negocio, si la suerte le seria adversa. Acababa de recordar que el dar limosna cuando se espera algo de la suerte es del mejor augurio. Supersticiones y brujerías tontas; ¿pero y si tienen algo de cierto? se preguntaba el jóven para sus adentros.

Y en este momento psicológico fué cuando don Hermógenes le detenía avanzando tímidamente la mano, en la que, como llovido del cielo, cayó un billete de veinte centavos.

Don Hermógenes sonrió todavia. Tan modesta suma tuvo el privilegio de arrancarle una sonrisa. ¡Cómo cambian los tiempos!

Oprimió nerviosamente el papel de veinte, y enderezando el paso hacía un almacén próximo murmuró:
—Es mejor la ginebra. Tomaré cuatro....

Vamos jugando

¿Qué hacen esas autoridades que no persiguen el juego?
¿Dónde está esa policía que no acaba con la terrible plaga?

Ese vicio horrendo que destruye el hogar, arruina la familia, atenta contra el honor del hombre, le aparta de la senda del trabajo, le precipita por la pendiente del crimen! Ese cáncer que todo lo corroe y envenena....

¿Qué hacen los agentes del orden público, los guardianes de la moral?

Párense un poco los que gritan, que allá vamos en busca de la verdad, si es que dada la perturbacion en que vivimos, se puede dar con ella.

Puesto que el juego es vicio tan feo, mal tan horrible, debe estar circunscrito á un pequeño círculo de hombres depravados, sobre los que pesará el anatema social y no tendrán quien estreche su mano contaminada con el virus nauseabundo que mancha el tapete verde.

Foco tan pequeño, aun cuando peligroso, pronto se aplasta para no volver jamás á reproducirse y el mal se cura radicalmente. ¿No es así?

—Perdone usted pero hay un error en eso de que el foco sea pequeño. Todo lo contrario.

—Bueno. Será mas grande de lo que yo suponía; pero estará localizado en uno ó dos establecimientos que si se fiscalizan ó clausuran ya todo concluye.

—Tampoco es así. Precisamente el juego mayor está en los grandes y elegantes centros sociales, en los mas altos Clubs, que tienen por sus estatutos elevadas misiones que cumplir, al amparo de los cuales se juegan los socios hasta las pestañas.

—Ya entiendo, un corto número de asociados, amigos de tirar á Jorge de la oreja, se alejarán de los consocios formales y allá en escondida pieza se desplumarán unos á otros. Pues bien, avisen á los buenos lo que hacen los malos, y bien pronto los obligarán á renunciar á su vicioso recreo sopena de ser expulsados.

—Está usted fresco, mi amigo. ¿Sócios que no jueguen? Vaya, no sea usted cándido. Puede que si los que hay quisieran oponerse, los echaran á la calle los otros á puntapié limpio.

—Pero, señor, ahí está la comision directiva para apoyar al elemento sano y deshacerse del nocivo.

—Es donde están los puntos mas fuertes, en las comisiones directivas.

—Malo es eso, pero queda por sobre todo la autoridad del Presidente del Centro, y si este toma el asunto con calor caerá vencido el vicio.

—Veinticinco mil pesos perdió anteanoche el Presidente del Centro de la Manzana Roja.

—¿Qué me dice usted? Poco se puede hacer por ese lado, pero no desmayo aún. Duro es ellos y sin cuartel. A la cárcel todos, y ocho dias á pan y agua con baños de asiento como á las gallinas que se ponen cluecas.

—Sí, sí.... bonito teje y tejía alforjas. Como que no hay mas que meter entre rejas á diputatos, senadores, magistrados, ministros.... y á ver quien les dá los baños de asiento.

—Si señor: todo se puede hacer; porque como cometen una falta grave, basta solo contar con la ley y con el Poder Ejecutivo para hacerla cumplir y se acaba el juego.

—Doce mil pesos ganó hace dos noches el jefe del Estado, al monte. Es verdad tambien que hará como una semana lo pelaron en la ruleta.

—Pero ¿tambien ese?

—¿No es el a su cuarto á espaldas el príncipe heredero del trono de la poderosa Inglaterra? Pues ¿qué tiene de extraño que juegue el Presidente de la Nacion *lubola*, de la *Saujiana* ó de otra de mas categoria?

—Entonces ¿quiénes son los que gritan contra el juego y lanzan furiosos cargos contra la policia que no lo persigue?

—Pues mire usted, generalmente gritan los que han perdido. El primer impulso del que se queda sin un cen-

tavo es llamar tahures, fulleros y ladrones á los que le ganaron, y pide para ellos, no ya la persecucion policial, sino la misma horca. Salvo los quejidos lastimeros de las familias sumidas en la ruina por sus jefes, y esos quejidos apenas si llegan á oirse, los demás gritos parten de los jugadores que protestan contra trampas, *pegos* y demás manejos. ó de envidias y competencias entre intereses no limpios.

—Quiere decir que si un dia un jefe de policia que no jugara, suponiendo que le haya sin pervertir, quisiera obrar con energia é imparcialidad persiguiendo el juego, se exponia á prender á sus jefes.

—Ya lo creo. Y á los jefes de sus jefes. Figúrese usted la que se armaria sin un dia se hallara el Gobierno de la nacion de Jauja preso por ocho dias en el departamento de órden público! Era mas que una revolucion triunfante.

—Lo que voy viendo es que la sociedad es la principal culpable de que el juego se entronice. Si entre los mas elevados, los mas sábios, los mas pudientes, los mas ilustres y los mas morales, se reclutan los mas jugadores, entonces apaga y vámonos, como decia el cura de mi pueblo.

Cuándo los guardianes juegan, ¿qué harán los frailes?

La infancia

Hay poemas de los grandes, y hay otros de menor cuantía, como este que voy á referir y que no tiene otro mérito que el de ser perfectamente exacto y del mas acabado realismo.

Los protagonistas fueron mis tres pequeñuelos, cuando lo eran, por que van dejando de serlo en el andar del tiempo.

Anita, hermana mayor, tenia entonces diez años.

Julio, el segundo, ocho primaveras.

Y Elisa, la tercera, seis veranos.

Además, una preciosa cotorrita y un corderito, que aparecen en escena oportunamente.

Yo me he convencido de que las simpatías y antipatías existen y se manifiestan ostensiblemente entre las personas y los animales de una manera recíproca.

Aquella cotorrita, que charlaba más que la justicia de Paz, que daba besitos y la pata con verdadero cariño á los pequeñuelos, especialmente á Anita, no podía ver pasar por su lado y aun á distancia, al abuelo de aquellos sin gruñir y manifestar un odio reconcentrado é implacable. Si alguna vez el buen señor pedía la patita al plumífero contestaba este con un picotón y una série de chillidos que aturdirían á un sordo.

En cambio, como digo, era de ver el coloquio entre la cotorra y los niños que conversaban y se entendían, como los mejores amigos del mundo.

El padrino de Julio, el malogrado Enriquito-Biaus cuya temprana muerte lloraremos siempre cuantos le conocimos, le había regalado un bonito cordero que aun no había terminado el periodo de la lactancia.

El animalito cayó entre la pequeña grey como bendición del cielo.

¿Dónde pondremos al corderito, que ni el sol le caliente la cabeza, ni el frío le origine sabañones?

—Le pondremos, decía el propietario del cuadrúpedo, aquí, al lado de mi cama.

La madre estuvo á punto de enfermarse al oírlo.

—¿Estás loco, mi hijito. ¿Tu no te acuerdas de que el corderito tiene que hacer sus necesidades?

—Se le saca fuera cuando tenga ganas de....

Y el picaruelo se sonreía maliciosamente.

—Pero como los corderos no avisan previamente, resultará que después de haberlo hecho, será cuando se le podrá sacar. No insistas en esa locura. El corderito tiene que estar fuera de las habitaciones.

—Pero de noche no es posible que se quede fuera, pobrecito, tendría frío, y además vendrían los gatos y se lo comerían....

Costó un triunfo el que el corderito quedase atado á un árbol del fondo de la casa que, á la verdad, no tenía comodidades para esa clase de animalitos.

La atención de los niños, una vez pasada la novedad,

se repartió en los dos animales con arreglo á las simpatías mútuas.

El corderito demostró con toda claridad su afición á Julio.

La cotorra se quedó con Anita y, aunque no tanto, también con la otra pequeña.

No exagero nada al decir que habia sincero y profundo afecto por ambas partes.

Julio abrazaba y besaba á su corderito, con la mayor ternura, burlando la prohibicion que se le habia hecho por temor al contagio de las erupciones ó morriñas que suelen tener en torno de la boca.

Le conversaba de la manera mas razonable: le contaba que tenia que irse á la escuela y se despedia de él con verdadera pena; pero advirtiéndole que en cuanto volviese iria á visitarle.

Y el pícaro del cordero, Dios me perdone el juicio, pero yo estoy seguro que entendia lo que el chicuelo le hablaba, tales eran las muestras que daba de su conformidad ó desaprobacion.

Los balidos con que le despedia eran angustiosos verdaderamente.

Con la mirada entornada y dulcemente triste peculiar del cordero, pugnando por romper la sogá que le aprisionaba é impedia ir con su jóven amiguito, permanecia balando hasta que sentia la campanilla de la puerta de fierro al cerrarse. Callaba un momento, escuchaba con atencion y cuando ya no oia la vocecilla medio chillona del muchacho que le gritaba: «adios corderito!» balaba unas cuantas veces con un acento, que era de reproche, si señor, de verdadero reproche por la ingratitud de no llevarle á él también á la escuela, y se echaba entristecido al pié del árbol sin hacer caso de las palabras de consuelo que le dirigian las dos niñas.

¡Pobre animalito!

Cada vez que sentia la campanilla levantaba la cabeza y miraba hacia el zaguan con la esperanza de que fuera su cariñoso dueño. Y no me cabe duda sobre este otro punto: el cordero, aun sin verle, adivinaba cuando era el muchacho quien de regreso de su escuela, hacia sonar la campanilla. Entonces balaba con energía, deshaciéndose por romper la sogá para correr al lado del recién venido.

Algunas veces se le desataba y como una saeta atravesaba los patios y se metia por las habitaciones, en busca

de Julio cuya voz conocia tanto ó mas que hubiese conocido el balido de la oveja que le dió la vida.

Y al encontrarse, qué muestras de gozo, por ambas partes: porque al corderito no le faltaba mas que decir al niño algo como: — ¿Porqué has tardado tanto? ¿Porqué no me quieres llevar contigo? Me dejas aquí solo, entre esta gente que no me quiere ni yo la quiero. No te vayas mas.... etc. etc.

Pues señor, las cosas iban como sobre rieles para el muchacho y el corderito: pero iban como sobre arrecife de pedruscos para la madre, que notaba la resistencia de las sirvientas á la molesta limpieza de lo que el cordero ensuciaba.

A mas el niño empezaba á tener unas erupciones en la cara que confirmaban los temores de que pudiera enfermarse por sus besuqueos imprudentes.

Sus hermanitas le delataban.

—Mamá,—decia Anita con aire grave cual corresponde á una hermana mayor (de las de diez años)—Julio tiene ya la morriña. Mirale que cara.

Aquí se acabaron todas las consideraciones maternales, para con el amigo de su hijo. Ante el temor de que aquellas manchas avanzaran, celebró consejo de Ministros conmigo, y yo, en vista de los antecedentes, y considerando que muerto el cordero se acabó la morriña, decreté que fuera pasado á cuchillo por el matarife correspondiente.

La madre ocultó cuidadosamente la sentencia, que debía cumplirse mientras el niño estuviera en la Escuela.

Fué una traicion, ciertamente.

Se despidieron ese dia, como de costumbre, bien agenos ambos de que no se volverian á ver mas.

Yo que los observaba, confieso de buena voluntad que no tenian presentimientos de que algo malo se venia encima. Y si los tuvieran no los dieron á conocer.

Se alejó el muchacho y mientras le pegaba duro á la gramática y borroncaba planas, ó llenaba la pizarra de números y de monitos, vino el matarife y degolló, despellejó y descuartizó al pobre corderito sin cuidarse de los gemidos de agonía que exhalaba, entre los que se distinguian algunos que eran, de fijo, llamando á su amigo, á su Julio, para que lo defendiese de aquel mal hombre; y cuando ya estaba herido de muerte, en la agonía,

me pareció que miraba hácia el zaguan esperando aun ver llegar á su compañerito para darle el último adios.

En el mismo árbol donde estuvo atado colgó el matarife el cuerito, estendido, con sus manecitas colgando, como si todavia esperara algun socorro.

Aquella tarde, cuando Julio abrió la puerta de fierro, de vuelta de sus tareas escolares, no oyó balidos en el fondo.

—En qué pensará ese pavo de cordero, decia el niño, que no me ha sentido venir. Voy despacito á darle una sorpresa.

Y despues de dejar la cartera y el sombrero se deslizó en silencio por las piezas y fué al patio.

El árbol conservaba atada la sogá, pero solo la sogá.

Despues, vió el cuerito y silencioso con los ojos llenos de lágrimas, con el alma rebosando indignacion y el pecho transido por el mas profundo dolor, registró la cocina y se asomó al cuartito donde á veces se colocaba al animal para preservarle de la lluvia.

Cuando se convenció de que le habian muerto á su corderito hizo esplosion la tormenta que en su cerebro infantil, venia condensándose.

Voy á hacer una confesion necesaria: yo siempre he contenido con dureza las manifestaciones de ira de esos pedazos del alma que tanto se aman, pero que por lo mismo se deben educar rígidamente.

En todos los momentos en que una contrariedad escitó el enojo de ese mismo niño, que tiene á no dudar gérmenes poderosos de violentas pasiones, reprimí con brazo fuerte la insurreccion. Pero, soy franco, ese dia respeté aquella soberbia y nobilísima indignacion que le arrancaba entre sollozos y gemidos frases durísimas para el matarife, que se ganó los más duros calificativos y aun para los que habíamos dado la orden, que sin nombrarnos caíamos tambien en el anatema.

El tiempo todo lo borra y pasó el difumino por ese cuadro sombrío; pero en cualquier momento que se quiere recordar al corderito, regalo del padrino de Julio, ha de tener este una palabra de dulce recuerdo y otra de censura para la traicion de que se le hizo víctima.

Una observacion final y que pinta á la especie humana más tarde le regalaron otro cordero y cuando fué tan

bien condenado á muerte, lo supo Julio sinó con indiferencia propiamente, con mas filosófica conformidad.
¡ Y es que el dolor encallece el alma !

Justicia de Enero

Se acabó el juego en la ciudad de Buenos Aires y sus cercanias.

Ya no habrá mas *ruleta*, ni *baccarat*, ni *monte*, ni *treinta y cuarenta*, ni cosa que equivalga.

De aquí en adelante se jugará en los clubs y centros sociales á las escondidas, al gallo tuerto, al bonete amarillo y á la oca.

El que quiera dar mayor aliciente al juego inocente y recreativo apostará una cantidad á las diversas peripecias que puedan suscitarse. Por ejemplo, un papel de cien pesos pagará cada escondido que sea tomado por el buscador despues del consabido ¡ *orí!* ó ¡ *ya!* y vice-versa, si no encuentra á los escondidos pagará el que busca una cantidad proporcionada.

Así tendrán el placer de pelarse los bolsillos gallardamente, sin que pueda el mas escrupuloso acusarlos de perder su plata en juegos prohibidos.

A lo mejor se verá en un elegante club una cincuentena de caballeros en torno de una mesa con tapete colorado, para que todo sea nuevo, y se destierre el verde.

Estarán jugando á agotar una letra. De la Habana ha venido un buque cargado de.... de.... de....

Diez pesos pierde y paga quien no encuentre cargamento. Y bien se concibe que con cincuenta fallas se ha hecho una bonita pérdida en la noche.

El juego de las ostras, que ya está en práctica en losoteles de balnearios, será imitado en los grandes clubs sociales y cuando el agente de policía penetre en el salon,

en virtud del decreto que le autoriza á tratar de *ros* á la persona jurídica, se quejará con un palmo de narices viendo lo inocente del recreo elegido por los que antes del decreto eran jugadores impenitentes.

La extirpacion de las malas costumbres es un hecho indudable.

La moral se habrá salvado, el bienestar de las familias no se verá comprometido y la policia no se verá burlada por las personas jurídicas de costumbres relajadas.

Diferencia va de perder mil pesos á pares ó nones, ó perderlos á la sota ó al rey de bastos. Como de la noche al dia.

El que ha de pagar mil pesos perdidos por haberse abierto antes la ostra de su vecino, se alegra infinito de lo que parece mala suerte y no es, sin embargo, otra cosa que mala ostra.

Un escéptico, amigo mio, al saber que por decreto gubernativo se autorizaba á la policia á penetrar en los clubs, con objeto de fiscalizar si se tiraba ó no de la oreja á Jorge, se encogió de hombros desdeñosamente y murmuró:

—Pura parada.

—Usted cree, entonces, que el juego hará, como la procesion, seguirá su curso; y que la policia se contentará con hacer uso de la facultad invasora á los efectos de asistir á los bailes, conciertos y tertulias que se den en los clubs y centros sociales?

—Lo ha de ver usted bien pronto, yo le juego cien á dos á que....

—Buena manera de combatir el vicio, jugando usted y dando usura.

—Pues así son todos. Justicia y no por mi casa. El que juega á la taba con paradas de centenares de pesos, es posible que pida la horca para los de la ruleta; estos clamarán contra el *sport* en las carreras de caballos; los caballistas dirán pestes de las quinielas de la cancha de pelota; los pelotistas llamarán tahures á los de la baraja; estos bramarán contra los que se pelan en la cancha de bochas los que á su vez gritarán contra los que pierden su plata en la trastienda de un almacén jugando al mús, á las siete y media y á las once y á las doce de la noche; y todos tendrán razon para llamar á los otros calaveras y desordenados y acreedores á ser perseguidos por la policia

y pondrán el grito en el cielo el día ó la tarde que los lleven á la comisaria por gariteros.

Unos dicen que los que juegan son mayores de edad, dueños de su dinero, y por consiguiente, aptos para hacer de él lo que les de gana y gusto, desde tirarlo á la calle, regalarlo, quemarlo ó jugarlo, en adelante. Esos condenan la intromision de toda clase de autoridad en los juegos que han dado en llamar prohibidos, por mas que no sean peores que otros que se hacen á vista y paciencia y con autorizacion de los poderes públicos.

Otros refutan á estos y truenan contra las autoridades que no persiguen sin tregua ni descanso á todo aquel que siquiera demuestra aficion al libro de las cuarenta hojas: piden que se cierren las casas de juegos, los clubs donde se juega, las casas de sport, las canchas, boliches, rifas y juegos de bolos; que vaya un vigilante acompañando á cada padre de familia para que no caiga en la tentacion de jugarse los pesos y otro vigilante para los solteros que buscan en el tapete el oro vil con que satisfacer vicios y pasiones. Estos gozan atrozmente cuando saben que la policia metió en la *cafía* á una veintena de jugadores ó simplemente aficionados y cuando cierran las casas de perdicion. Ultimamente se han dado un baño de agua de rosas al tener conocimiento de que la policia gozaba de la atribucion de meterse en los clubs mas empingorotados y darle un empujon á la persona jurídica ó cazarla de la casaca cuando se resbale.

Y otros, en fin, los desengañados y pesimistas, dicen que eso de registrar los grandes centros sociales y castigar á los que en ellos juegan, á de ser justicia de Enero, la cual, como es sabido, cayó en desuso al mes siguiente: que cuando se disponga la policia á visitar uno de esos lugares, estarán avisados horas antes los socios para que suspendan su habitual recreo y se pongan á contar cuentos verdes, tarea en la que les sorprenderá el funcionario policial tomando parte en la *farra* y echando tambien su cuarto á espadas, se entienda que en lo de los cuentos y sucedidos solamente.

Y pasada la tormenta lucirá el sol con mayor brio y se jugará hasta la camiseta de franela cuando ya no queda camisa de Holanda que perder.

Piensa mal y acertarás, dice el refran. Los pesimistas

me temo que sean los que mas se aproximen á la verdad de los hechos en perspectiva.

La accion policial se estrella ante la fortaleza de un vicio cuando se arraiga en una sociedad.

Un buen ejemplo de eso tenemos en las lóterias.

Al suprimirse las lóterias en la Argentina emprendió la policia una campaña activa contra los expendedores de billetes de la de Montevideo, por ejemplo.

Secuestró extractos, partidas enteras de billetes, multó vendedores; y... en efecto, se juega ahora con mas furia que nunca, y los agentes de policia, altos y bajos, compran su billetito, pierden su platita y allá una vez al bienio cobran un premio que no siempre compensa lo gastado en billetes, pero que anima á seguir tentando á la diosa Fortuna.

De tiempo en tiempo un premio grande, sonoro, hace millares de víctimas, reavivando en ellas el afan de enriquecerse en un credo.

La policia resultó impotente para evitar el juego de la loteria montevideana, por la sencilla razon de que habia que perseguir á todo el mundo, incluso a los mismos perseguidores, y de aquella campaña salieron vencidos y á la vez triunfantes.

Lo lamentable, lo tristísimo es, como ya he indicado otra vez, que sean los que no juegan las excepciones y los viciosos, ó siquiera los *amateurs* del juego, la regla general.

La sociedad misma, la mujer, la familia, las víctimas del juego, esas son las mejores policias para ir consiguiendo á fuerza de constancia y entereza la extirpacion del vicio. Esos están cerca de los encumbrados, como de los de baja estofa; y cada uno en su escala puede arrancar de las garras de la baraja ó las bolillas ruleteras á uno, diez, ó cientos de aprisionados.

Mas consiguen las propagandas hechas con la fé y la energia del apostolado que las sorpresas y multas intermitentes, llenas de injustas excepciones, aplicadas como palo de ciego y olvidadas á poco de emprendidas, debido en gran parte al desaliento que causa el ver que eludirán el castigo los que tengan buenas agarraderas y pagará el pobrete, quien tal vez busque en vez de satisfacer el vicio, defenderse del hambre.

Esto no obsta para que en tanto llega la correccion de

las costumbres, por el esfuerzo de la sociedad misma, nos preparemos los respetuosos de la ley á contemplar la equitativa aplicacion de ella, á los grandes como á los pequeños garitos.

Ya la Jefatura de Policia ha dado la voz de alerta á los centros sociales, avisán-oles que les hará visitas fiscalizadoras por si ó por delegacion.

Espero la cosecha.

El cata-caldos

De pequeño era una legítima esperanza para un porvenir cercano. Listo como una ardilla, bonito como un Amorcillo y amigo de saberlo todo.

Fué creciendo en años y en habilidades, siempre vivaracho y dando motivo para que los papás y abuelitos que siempre miran con vidrios de aumento á sus vástagos, dijeran mas de una vez: — Este chico ha de ir lejos.

Estudió bien: tenia una memoria feliz y un buen entendimiento. Se hizo abogado y desde ese dia en que acababa el estudiante y empezaba el hombre, principió á delinearse netamente el perfil de Felipito.

La principal preocupacion de aquel pichon de génio, fué su persona. Narciso no estaba mas enamorado de su belleza que Felipito de su linda cara; pero además este se hallaba mas que enamorado de su sabiduria é inteligencia.

¡Quién como yo! decia plagiando á Luzbel. Para mi no hay San Miguel con flamígera espada, ni Dios que lo fundó!

Nunca pensó ser menos que ministro y eso como un escalon para Presidente de la República; y de allí al cesarismo para un génio como él, no habia sino un paso.

Con la conviccion profundamente arraigada de que le estaban reservados altísimos destinos y con la adoracion que tenia de su persona, no encontraba ocupacion que le viniera á la medida.

Sujetarse á los pleitos y andar entre alegatos y posiciones, autos y demandas, eso ni era digno de sus bríos, ni cuadraba á sus aspiraciones. Quédese para las medianías ese trabajo que embota las inteligencias y apaga los resplandores del génio.

A poco de haberse agregado al estudio de un abogado de fama, que le dispensaba las mayores atenciones, se separó de él porque se ahogaba en aquella atmósfera de expedientes y papel sellado.

La política, la alta política era lo que se avenía con sus institutos dominadores.

Se afilió á un partido popular, esperando sorprender y avasallar con el encanto de su linda cara á los correliigionarios y hacer de ellos un pedestal sobre el que se subiría para echar discursos que asombraran al universo.

Era su nuevo campo de accion tierra de ciegos y pronto fué rey, él, que si era tuerto en el fondo, no se le notaba exteriormente.

Pero si llegó á presidente del Gran Club de los descamisados á fuerza de alhagos y servicios á aquellos cerriles que le llamaban *dotor* y le empleaban en sus asuntos particulares, como bien mostrenco, no le duró mucho tiempo la paciencia. Era aquello una mortificacion continua que no le daba el resultado apetecido que era ser jefe del Estado. Se apartó del Gran Club y se pasó con armas y sin bagajes á un club parroquial.

Le recibieron allí como á uno de tantos. Pronunció discursos vehementes, intrigó, zascandileó y al fin obtuvo que le eligieran vice-presidente tercero.

Cuando se trataba de proclamar un candidato para diputado, senador ó cosa mas alta, le encargaban á él que hiciese la proclamacion, porque tenia muy buena voz y fá il palabra; pero jamás le recordaban para elegirle algo que valiera la pena.

Al primer choque que tuvo con el presidente del club, que era un mozo menos pulido, pero mas *ayathudo*, se acabó la subordinacion y Felipe echó á rodar los bolos.

Al periodismo, se dijo el cata-caldos: ahí es donde voy á encontrar lo que busco.

Y fundó un periódico en la firmísima conviccion de que de este mundo y el otro lloverian suscritores que al leer sus lucubraciones se habian de quedar bizeos.

¡Qué de ilusiones perdidas y de trampas encontradas!

Indignado Felipe con la indiferencia de sus contemporáneos que no comprendían su inmenso valer, suspendió la publicación de aquella lumbrera de las ciencias político-sociales-económicas-gimnásticas, y solicitó un empleo.

Le dieron una cátedra de lenguas muertas, que no tenía alumnos y que convenía á Felipe, quien de lenguas muertas solo conocía la de vaca, ternera y cordero.

Empezó á agriársele el carácter.

No podía hablar con nadie sin acusar á toda la humanidad de ruin, envidiosa, artera, désagradecida y cruel.

Todos sus fracasos los atribuía á rencores y envidias de los que tenía á su alrededor. Todos le perseguían traidóramente, temerosos de que su génio los anulara en la lucha por la gloria; y todos eran unos ignorantes que no le llegaban á la suela del botín ni en pensar ni en escribir, ni en hablar, ni en sentir.

Aquellas masas que escuchaban con indiferencia sus correctas peroraciones, se entusiasmaban locamente con las arengas de otros que sabían menos que él; y mas aún, seguían obedientes las órdenes de otros que no peroraban ni bien ni mal, pero que tenían el don de imponerse y de mandar sin causar molestia al que obedece.

Contra unos y otros se desataba Felipe aplicándoles los mas duros epítetos olvidando aquella máxima tan cierta: «Algo sabe el charlatan que obtiene el aplauso de las muchedumbres; algo ignora el sábio que no consigue conmoverlas».

Con su continuo mal humor no paraba en parte alguna y su situación general se agravaba por momentos. Encontró depresivo para un hombre de sus prendas ser profesor sin discípulos, de lenguas que no sabía, y renunció el puesto.

Echóse á buscar quienes le hicieran justicia, y logró hacerse un personaje aburridor y fastidioso.

Le llamaban sus relaciones, solista, chiflado, fátuo y pobre diablo.

Blanqueó el cabello de la sien de Felipe y también el de la nuca. El flequillo artístico y afeminado que caía sobre la frente, se convirtió en una *pelada jefe*. Dejó de ser niño bonito, sin haber conseguido ser hombre, no ya de pró como soñaron sus abuelos, sino modesta mediana.

Como presumían cuando era chico, fué Felipito muy lejos; demasiado lejos...

¡Pero fué baul para volver maleta!

Ha concluido por conformarse á vivir en un rincon atenido á una pension que le pasa su abuelita.

De génio á Eugénio no hay mas que dos letras de diferencia.

Felipe debió haberse llamado Eugénio y habria estado en carácter.

Así son los burritos tan listos, tan vivos cuando chicos, y tan lerdos, mohinos y tercios cuando alcanzan su mayor edad.

La caridad bien entendida

EMPIEZA POR CASA

—Si viene la modista le dices que espere un momento. Yo vuelvo enseguida: voy á la junta de damas misericordiosas. Estamos arreglando un gran concierto y baile con coros y fuegos artificiales, á beneficio de los pobrecitos pobres. ¡Ah! Josefa: han de traer tambien unas cajas de guantes, perfumes, zapatos de raso, dos aderezos de brillantes, un chal de la India y otra porcion de pequeñeces que compré esta mañana. Lo recibes todo y lo guardas, especialmente los aderezos. Ten mucho cuidado ¿eh? Si viene el señor, le dices que hoy como en casa de la Presidenta de la Junta de damas. Estoy muy ocupada — adiós!

Y la condesa de la Trompeta, que era quien daba estas órdenes á su doncella, salia rápidamente de su casa, subia en el carruaje de gran librea que aguardaba delante de la puerta y era llevada en volandas por los dos caballos rusos, negros como el azabache, á la casa donde celebraba sus sesiones la junta de damas misericordiosas de la ciudad de Jauja.

Esta condesa, lo mismo que esta ciudad de Jauja, se encuentran en todos los países civilizados en regular aban-

dancia. En la República Argentina, apesar de no haber todavia sangre azul, hay condesas que gastan que es una maravilla, sin cuidarse poco ni mucho de que hay crisis monetaria, ni de que todo cuesta un ojo de la cara; y su esposo que es natural é imprescindible *pagano*, no tiene mas que cuatro ojos, dos de verdad y dos de cristal de roca, por manera de que si todo le cuesta un^o, bien pronto se quedará sin los cuatro.

Pero no podia evitarse la condesa de la Trompeta ese gasto tan enorme. Todo el inventario que asi á la ligera habia hecho al salir de casa, era una pequeña parte de lo que recilia de modistas, gorristas, perfumistas y demás proveedores de ambos sexos, que le pasaban despues al conde de la Trompeta unas cuentas que le dejaban soñando solo.

Todos aquellos trapos eran indispensables para hacer obras de caridad colectiva, de una manera decorosa.

Para asistir á las sesiones de la Junta de Misericordiosas era necesario no llevar dos veces un mismo vestido: La llamarian la del traje azul, ó la del levitin verde botella, si varias veces la vieran con igual ropa.

Despues tiene que ir al concierto organizado por la Junta y como es de la comision receptora y organizadora, necesita vestirse un poco, ponerse alguna alhajilla nueva; los pobrecitos pobres bien merecen algun sacrificio. Cuanto mas luzca la fiesta, y á ello debe contribuir la belleza y opulenta elegancia de la Comision, mas consuelo para los pobres que recibirán una limosna, no mayor, pero sí mas cacareada.

Y luego el cronista social dirá de ella: «La señora condesa de la Trompeta lucia rico y elegante traje brocado, con encajes de seda, botones color oro viejo y ojales de chafalonía, que ponía de relieve las opulentas formas y esbelto talle de la elegante y caritativa condesa».

Y ella se esponja con esa apología: y la caridad con una mano se tapa la cara de vergüenza y estiende la otra para recojer el óbolo: y por fin el esposo de la condesa paga las cuentas de la misericordiosa de su esposa, y como vé que aquello es como la feria de Valverde, que quien mas pone mas pierde, gasta por su parte un buen puñado de pesos, haciéndose la cuenta de que perdido por mil, perdido por mil y quinientos.

Los pobrecitos de los pobres reciben tres centavos por

barba como consecuencia de cada concierto benéfico y los que hacen un negocio redondo son los que venden, confeccionan ó fabrican gorros, moños y escarpines.

Y Satanás el maldito se rie como un condenado al ver como se van el conde y la condesa despeñando por la senda que lleva al abismo, en cuyo fondo él los aguarda con garras que parecen uñas de hierro viejo para llevarselos á fundir en las calderas de Pedro Botero, cuando ya estén bien *fundidos* sobre la mísera tierra.

Pero lo que está escrito no hay mas remedio que leerlo: y escrito estaba que la condesa de Trompeta habia de hacer obras de misericordia tan caras que, hace muy poco, cuando en Jauja se produjo una crisis tan gorda como las que en ocasiones se producen en esos pobres paises sudamericanos, el infeliz conde se vió en la dura necesidad de pegarse un tiro en el oido derecho para no escuchar las voces destempladas de sus acreedores.

Desde entonces la condesa, que se ha quedado á pedir limosna, ya no organiza mas fiestas de beneficencia para los pobrecitos de los pobres: ni tiene necesidad de ponerse un vestido distinto cada dia, ni tendria tela disponible para ello, ni le hace al salir de casa tantos ni tan pocos encargos á la doncella, por la sencilla razon de que no la tiene.

Allá en sus adentros, vacios como su bolsillo, echa raices un pensamiento, prudente, pero tardío. La caridad bien entendida debe empezar por casa. Desnudar á un marido para no vestir á ningun pobre, porque no alcanza el paño á cada mendigo mas que para mísero remiendo, es locura que tiene su castigo.

Bien es verdad que cuando hacia la condesa obras de caridad, lo que mas le importaba era lucir el cuerpecito, deslumbrar á la sociedad elegante y darse lustre.

Los pobres eran el pretesto.



Caridad con guitarra

Cinco cajas de la Ciudad de Londres, siete bultos del Progreso, un cargamento de moños, flores y baratijas: guantes, gorras, manteletas, pañuelos de nipsis, de seda; prendedores, cintas y cinturones y algo mas que por no escudriñar queda en el tintero, habia entrado en casa de don Leoncio en menos de cuarenta y ocho horas.

El timbre eléctrico de la puerta de calle parecia atacado de convulsiones. No cesaba de oirse un instante el *tirirín* que anunciaba la presencia de alguno que descaba entrar.

Y todos eran dependientes de tienda, merceria, joyeria y demás acabados en ia, exceptuando barberia, talabarteria y otros análogos ó diferentes, pero inadecuados al caso.

Modistas habian entrado y salido como diez ó mas, llevando el cuerpo de prueba unas, las faldas otras.

La casa de don Leoncio semejava un jubileo de la Porciúncula y en el seno de aquella familia, la actividad era febril é inusitada. La señora de don Leoncio no era muy gruesa como suelen ser las mamás pintadas en los cuadros de costumbres. Al contrario, era delgada como hoja toledana, pero simpática y de mucha decisión. Llevaba los pantalones de don Leoncio, de una pieza á la otra, con una rapidéz admirable.

Sus dos hijas, Cleta y Anacleta, tenian años 22 y 20 respectivamente. Eran músicas por donde usted quisiera agarrarlas. Lo mismo tocaban la guitarra que el bombo, y el címbalo que el violon. Cleta cantaba de tiple y Anacleta de contralto. Tenian ambas una cara fina, pero bien modelada: la nariz un poco larga, pero ancha; y la boca muy menor que la del Riachuelo.

Bonitas las muchachas y muy agradables en su trato.

Don Leoncio era hombre que se preocupaba muy poco de lo que sucedia en su casa. Ya sabia de antiguo que su esposa era muy hombre, es decir, que no se ahogaba en poca agua y que resolveria todo conflicto que se presentara, mejor y mas ligero que él.

Así es que veia entrar y salir todo aquel mundo de obreros y dependientes sin mas interés que el que des-

pertaba en sus sentidos la presencia de alguna modista de buen andar y de mas carnes que las de su esposa.

A don Leoncio le encantaban las gruesas, harto sin duda de la excesiva esbeltez de su costilla; y las delgadas en buen estado de conservacion tambien le encantaban, quizá por que se le abriera el deseo de hacer estudios comparativos.

Por lo demás, tenia su vida normalizada de tal suerte, que no necesitaba calentarse la mollera para entretener agradablemente las veinticuatro horas del dia.

Levantarse tarde, almorzar despacio y bien; salir á dar una vuelta por el centro, con escalas en tiendas, escritorios, Congreso en tiempo de sesiones y alguna que otra visita recatada.

Despues á comer; un ratito de pasco para ver las muchachas inocentemente, y luego al club, en donde jugaba al tresillo todas las noches hasta que se hartaban, y á dormir.

Buena vida ¿no les parece?

Una docena de pares de fincas aportadas al matrimonio por ambas partes y administradas por la esposa daban dinero para todo y la bola rodaba grandemente.

Sin embargo de la indiferencia de don Leoncio, empezó á intrigarle aquella bñtñhola que observaba en su casa— ¿Si nos iremos á Europa?— se preguntaba inquieto y mal humorado. Es mucho el movimiento de compras de moños que noto.

Hubiérale pasado la curiosidad sin dejar rastro, sinó hubiese tropezado su mirada en un bulto mas, que conducido con gran cuidado por delante de su escritorio, fué depositado sobre un sofá mullido como si se temiera que de nó estar en blando se quebrara el contenido.

No pudo contenerse don Leoncio y como muchacho goloso fué sigilosamente á destapar el envoltorio.

Absorto quedó el buen hombre al ver lo que habia dentro.

El que era, por instinto, amigo de la música clásica; partidario de la gran ópera y opositor decidido del *ranto* flamenco, salvo cuando habia además baile con vistas de los Países Bajos, creyó que se desvanecia al contemplar el contenido del misterioso lio.

Hran dos soberbias guitarras con cintas y oscarapelas

de seda, lujosamente encordadas y con artísticas incrustaciones.

Don Leoncio tapó á toda prisa las guitarras y se refugió en su escritorio.

Por primera vez, en su larga vida de casado, meditó sobre asuntos caseros.

—Pero señor — murmuraba tirándose suavemente de la barba — qué es lo que sucede en esta casa? Un viaje á Europa, no es posible: ¿á qué llevar esas guitarras? A no ser que fuéramos á Andalucía.... Y por otra parte, algo quiere decir toda esa inmensidad de títulos, trajes y enredijos que llegan sin descanso á esta casa desde hace dos días con sus noches. Yo no entiendo mucho de vestimentas femeninas; pero me parece que no me basta con la renta de un trimestre para pagar las cuentas que con á venir como natural consecuencia de estas provisiones extraordinarias. ¿Si tendremos en perspectiva alguna guerra y en prevision de un sitio hace mi mujer estos acopios?... Pero las guitarras no me parecen apropiadas para un sitio.... Y no me atrevo á preguntar á Catita, no lo tiene por el lado malo y me eche á páseo por suponer que intentó de fiscalizar sus gastos. Si yo pudiera interrogar á Chana....

En esto estaba de su monólogo cuando llegaron á sus oídos voces y llamadas á las mucamas, ruidos sordos y ciegos, desacostumbrados á aquellas horas, las siete de la tarde, y que alarmaron á don Leoncio:

Durante una hora se convirtió en un verdadero infierno.

— ¿Dónde has puesto el corpiño?

—Ché, ¿y mi pollera?

—Mamá, este cuerpo me hace arrugas....

—Se me ha perdido un guante.

— ¡Cierra esa puerta!

— ¡Quién se llevó mis alfileres!

Las mucamas iban de uno á otro lado como bola sin manija, y las muchachas iban embelleciéndose por momentos al influjo de aquellos montones de artículos de fantasía que se ajustaban á sus elegantes formas.

Don Leoncio empezó á sudar. ¿Sería una fuga? ¿Cómo no le habian dicho nada? Es verdad que en materia de fiestas nocturnas nunca contaban con él, que era refractario á perder su tresillo, pero aquello no debía ser fiesta.

¿Se habian vuelto locas?

Por fin, las sintió salir, é impulsado por una fuerza

superior se plantó de un salto en medio del patio interrogando al grupo:

— Qué es esto? ¿Dónde vais con esas guitarras?

— ¿Qué no sabes, papá? Somos de la estudiantina y tocamos la guitarra para la beneficencia, — exclamó Cletita toda orgullosa.

— ¡Ah! ¡Qué susto me habeis dado!

La mamá, las dos niñas y las dos guitarras se acomodaron en el landeau, que partió como flecha.

Don Leoncio quedó diciendo mientras revolvía sus bolsillos acariciando el papel moneda:

— Si es para la beneficencia, bueno está: pero si no me alcanza para este enorme gasto la renta, tendremos fiesta con Catita.

Porque, señor; ó yo estoy malo, ó se han enloquecido mis contemporáneos.

Una cosa es ejercer la caridad, con modestia, como el Evangelio aconseja, sin que la mano izquierda sepa lo que dá la derecha, con el sano propósito de remediar necesidades, y otra cosa es con guitarra.

El octavo mandamiento

Al que nace embustero le sucede lo mismo que al que nace barrigon: es al fiudo que lo fajen. Ha de mentir por encima y por debajo de todo.

Llega á formarse una segunda naturaleza en el individuo, de la que brotan mentiras como espigas de un campo flor bien sembrado.

Y cosa rara, el embustero concluye por creer de buena fé sus propias mentiras, y esta situacion de ánimo hace que sea imposible corregirle tan feo vicio. La advertencia, el castigo, son inútiles desde que está convencido de que es verdad la mentira.

Cuando les dá por hablar de amores, son terribles los embusteros.

¡Qué de éxitos! Una rubia como el oro que se echó á sus piés, repitiendo el verso de Zorrilla:

O arráncame el corazon

O ámame porque te adoro.

Y el embustero, que es tierno y frágil por naturaleza, accedió á los ruegos de la rubia, si bien haciendo un gran sacrificio, porque precisamente entonces tenia una trigueña que no le dejaba á sol ni á sombra; y una tucumana que le perseguia sin descanso con mas dulzores que una caña de azúcar; y dos francesas que le llamaban *mon petit chat*; y una rusa nihilista que le amenazaba con meterle un cartucho de dinamita en el bolsillo del pantalón si no la correspondia.

Si se le dá cuerda al embustero, relata con minuciosos detalles escenas que nunca pasaron y se refocila con el recuerdo como si existiera el hecho.

En materia de dinero se enloquece el que le dá por echar *bolás*.

¡Tanto como ha gastado él en este mundo!

¡Los millares de pesos que ha derrochado en orgías y en locuras de todo género!

Mentira pura; jamás ha tenido un sobrante de diez centavos partidos por medio, pero es dichoso cuando echando á vuelo la sin hueso, cobra y paga millones imaginarios, dando al oyente dentera con tanta riqueza derrochada.

No digo nada si se entra por los campos de la sangre azul, de la nobleza de sus antepasados.

Aquí te quiero ver, escopeta, como decia un cazador que llevaba tres meses sin matar mas que á su perro.

Por lo menos, hace remontar sus títulos nobiliarios á á uno de los hijos de Noé.

Nieto de Cam, desciende siempre en línea recta hasta el rey que rabió por sopas y de allí sigue entroncándose con reinas que si no rabiaron les faltó poco, hasta el abuelito paterno, que á pesar de lo alto y noble de su estirpe, tuvo que sujetarse á ser modesto, pero laborioso barbero, que afeitaba al aire libre con mano tan suave que parecia untada con manteca de chanchó.

Tiene derecho para usar escudo con corona en sus tar-

jetas, pero por modestia no lo usa. El escudo suyo tiene sobre campo leonado dos tigres, cuatro panteras, cinco leones y un asno, como dice un autor dramático por boca de uno de sus personajes.

Si habla de política no hay quien le iguale en autoridad y competencia.

Todo lo sabe de muy buena tinta. Dice las mayores iniquidades y agrega enseguida que aquello lo sabe de la mejor fuente, de altísimos personajes que le honran con su amistad mas íntima y no tienen para él secretos de ningún género.

Como la cosa mas natural del mundo dice, refiriéndose al Jefe del Estado, á quien no conoce sino por las caricaturas de los diarios satíricos, que él le ha dicho que debia ó nó declararse dictador y le habia contestado que sí, que nó y que se yo.

Cuando el que le oye no le conoce bien llega á vacilar, tal es el calor y tono convincente que emplea al mentir sin que nadie le obligue á ello.

Si ya se sabe de que pié cojea, se hace admirar por el inaudito descaro con que llama negro á lo blanco y mete por liebre gato.

Hay embusteros inofensivos para quienes no se necesita sino un compañero que le tire de la levita cuando se resbala, á fin de que enmiende el resbalon y restablezca la verdad á renglon seguido. Este procedimiento tiene sus percances, como, por ejemplo, aquel sevillano que, hablando de catedrales, decia:

—Como grande, no hay otra catedral mayor que la de Sevilla. Figurense ustedes que tiene cinco kilómetros de largo.

El compañero que siempre le llamaba al órden le dió un tiron del saco que casi le arranca el pedazo de paño. El embustero se aturrulla un poco y prosigue diciendo:

—Es verdad que no tiene mas que cuatro varas de ancha....

La enmienda habia sido peor que el soneto.

Pero, en fin, ese mentir es como el de las estrellas, que á nadie perjudica ni compromete. El malo es aquel que con sus tramoyas, quita honras, enciende odios y levanta divisiones, sin que tenga el propósito de causar ese daño, ni goce con el mal que produce; antes bien,

se acongoja al ver las consecuencias desastrosas de sus palabras inexactas y destartaladas.

No se debe esperar que el embustero se corrija: para él se hizo á la medida el refran castellano: «génio y figura hasta la sepultura».

Es capaz de dejar al morir un testamento legando á sus herederos los bienes de su vecino, ó los edificeios públicos, ó terrenos extensos en la luna y marcharse al otro mundo tan satisfecho de su generosa mixtificacion!

¡Quisiera yo ver al embustero ante el Tribunal del Eterno, dando cuenta detallada de su vida sobre la tierra!

De fijo que le mete cada embrolla que le deja de una pieza.

Bien empleado le estaria un buen sablazo del arcángel San Miguel, que le rompiera los lomos espirituales.

Por trapalon, toma y vuelva por otra.

El estadígrafo

Un excelente sujeto en todo lo demás este Sisebuto. Buen padre, buen ciudadano, buen esposo, en cuanto pueden apreciarse esas cualidades desde fuera y sin profundizar las interioridades. Buena pasta y regular corteza tenia este caballero galan y cortés.

Desde muy jóven empezó á despuntar por lo que en la edad madura llegó á ser su especialidad descollante.

Amaba Sisebuto la estadística como Julieta á Romeo, como Safo al buen Faon y como Abelardo á Eloisa, antes de la catástrofe.

Apenas contaba siete años Sisebuto y ¿qué dirán ustedes que hizo?

Pues se empeñó en contar los pelos al gato negro que para espantar mineros habia traído á la casa una vecina comedida.

La vez que mas llegó á contar fueron tres mil ontre

chicos y grandes; despues se perdia. El gato, cuando se aburría de las contarrñas del chicuelo, sacudía las orejas y de un salto se plantaba á dos metros de su verdugo.

La estadística de los pelos del gato la terminó por medio de un cálculo que ya revelaba sus buenas disposiciones. — En el pedazo de gato que he contado, — pensaba el pichon de estadístico — hay tres mil pelos: en todo el gato habrá mil quinientos pedazos iguales á ese, por consecuencia tres mil por mil quinientos son cuatro millones quinientos mil pelos justos y cabales. Pongo que haya 50,000 gatos en Buenos Aires y serán doscientos veinticinco mil millones de pelos. Si pudiera saber cuantos gatos hay en el mundo seria notable hacer la cuenta de los pelos que tenían todos. ¡Qué peletería!

Si cuando tenía siete años se metió en asunto tan pe-liagudo, no les digo á ustedes nada lo que llegó á ser mas adelante.

Cuando yo le conocí de cerca, era talludito, y de tanto contar los pelos ajenos, se habia quedado sin los propios. Tenía la cabeza como zapallo *angola*.

Su escritorio parecia estantería de botica. Por todas partes se veían casilleros, apartijos y legajos. Todo con su inscripcion en letra francesilla, con dibujos y *fiorituras* caligráficas.

Los letreros de cada estante eran instructivos. Me acuerdo de unos pocos, tales como estos:

«Media de la vida de los locos.» — Bostezos que dá un hombre holgazan durante su existencia». — «Idem un hombre laborioso». — «Media de los bostezos».

«Migas de pan que come un pez del lago de Palermo» — «Arrobas de chuño, papilla y sopas de ajo que comen los hombres cuando son niños» — «La media».

«Ensayos estadísticos sobre los cabellos de los gatos, hechos por el autor cuando era niño».

«Media del largó de las narices de la raza caucásica» — «Id de la raza negra» — Media general, todos *natos*».

Y otros muchos tan interesantes ó un poco menos que los enunciados, señalaban la existencia de un mundo de papeles, llenos de números en columnas cerradas, en forma de multiplicaciones y divisiones; ecuaciones de tantos grados como el alcohol y problemas resueltos, con su prueba y todo.

El cerebro de Sisebuto era una inmensa cifra, con

millones de ceros atascados en las circunvoluciones y números enteros, quebrados y mixtos.

¡Las medias que habia sacado Sisebuto en su vida!

Y aquí hace falta una explicacion para los que no son fuertes en estadística.

Sacar la media es buscar una cifra que sea el término medio de las diversas que son objeto de estudio. Por ejemplo: yo compro ciruelas á 5 pesos, á 2 pesos y á 4 el ciento; la media del precio de las ciruelas es 3.66 el ciento.

Ya ven ustedes lo utilísimo que es sacarle á todo y á todos las medias.

Cuando á mi me pregunte un amigo á cómo compré las ciruelas, le contestaré por el sistema de Sisebuto, que á 3.66 la media; y el vendedor lo echará á mi amigo al diablo porque no tiene ciruelas de ese precio, sino de 5 4, y 2 respectivamente.

Así estaba Sisebuto tan legítimamente orgulloso con sus talentos estadísticos.

¡Qué seria del mundo sin estadística y sin medias!

¡Qué frias tendria las piernas!

Afortunadamente allí estaba él para sacar la cuenta y arreglarlo todo como con la mano.

Siempre llevaba un lápiz con buena punta y un libro con hojas en blanco para hacer cálculos. En donde él estaba no podian faltar sumas y restas.

¿Se hablaba de bueyes perdidos? Pues allí estaba Sisebuto con su lápiz para decir que solamente el 15.28 por ciento de los bueyes se perdian; y el 71.32 se comian en bifés y guisotes; y los 13.40 por ciento restantes volaban.

Recaia la conversacion sobre viajes. Allá iba Sisebuto con sus cuentas á sacar la media de los kilómetros que se habian recorrido por la humanidad desde que se planteó el sistema decimal y hubo ferro-carriles.

El auditorio miraba con mas cansancio y aburrimiento que asombro aquel rimero de números en escalera, en columnas, en espirales y en todas las formas posibles.

El resultado final encontraba al oyente dormitando y al dar Sisebuto la media, despertaba con sobresalto y se quedaba tan en ayunas como al empezar la cuenta.

Cuando Sisebuto hablaba con su bella y simpática esposa, allá en aquellos momentos de dulce é íntima ex-

pansion, cuando tenia el lápiz guardado y el corazon abierto á las recónditas confidencias, hacia su propia apologia con mas calor que el verano.

—No hay hombres de Estado, Ruperta mia, y asi anda este pobre país como bola sin manija. Yo te respondo que en quince dias de ser Presidente de la República se acababa la crisis económica y la política. Con la estadística basta y sobra para salvar las situaciones mas comprometidas. Figúrate el poquísimo trabajo que me costaria á mi hacer que el oro se pusiera á la par: una hora de cálculos y ya estaba todo listo. Menos de una hora; porque vamos á ver: ¿Cuánta moneda de oro hay en la República Argentina? ¿Cien millones de pesos? Pues bien, ¿cuánto es lo que debe tener cada cabeza en oro para que la circulacion sea normal y floreciente? Cuarenta pesos es muy bastante. En naciones ricas la media dá veinticinco y treinta por cabeza, y yo le pongo cuarenta á los criollos porque sé que son derrochadores. Bueno, pues: cien millones entre cuatro millones de habitantes, resultaria á 25 pesos cada uno; pero como los chicos y changadores no necesitan tanto, saco la media de estos y el calcetín de aquellos y me resultan los cuarenta pesos por persona regular y decente. Al dia siguiente, con la estadística en la mano, largo un decreto diciendo: En el término de 24 horas será repartido todo el oro existente en las cajas de los bancos á razon de 40 pesos por barba....

Ruperta se ha quedado dormida oyendo á Sisebuto.

Cuando éste se apercibe, echa una mirada desdeñosa sobre su cara mitad y exclama:

-- ¡Qué fatalidad el no ser comprendido!

Honorabilidad de nickel

—Ha sido el negocio mas redondo que he hecho en todo el año. Solo recuerdo de otros dos en que fui todavía mas vivo, pero sin tanto provecho. Pero este, es como para descostillarse de risa.

—Cuénteme, don Homobono, cuénteme el caso.

—Pues nada, figúrese usted que yo tenía un campito chico, pero un verdadero clavo. Anegadizo, malsano, inservible para ganadería é incapaz para agricultura, criadero de ranas en invierno y de tábanos en verano. Yo me quedé con él gratis, porque hasta el costo de la escritura fué á cambio de unos libros de derecho que le regalé al escribano: y por cierto que los libros ni siquiera eran míos, así que el regalo fué bien económico.

—Sí, pues, don Homobono. No le salió muy caro que digamos. ¿Y....?

—Verá usted lo mas bueno. Yo tenía alguna amistad con Angel Guerra, de vernos en una casa de confianza en dónde se corrían unas farras de no te nuevas. Pues señor; que como Guerra era, ya sabe usted todo un primer magistrado, me voy á él un día, hace de esto años, cuando en Buenos Aires se ataban los perros con longaniza, y le digo: Vea, don Angel, yo tengo un lindo campo ~~flor~~ que deseo hipotecar para colonizarlo y queria que usted me diese una tarjetita para el presidente del Banco». Estaba el hombre de buen humor y me contesta dándome una tarjeta con unas líneas ilegibles: «Vaya entiéndase con el corredor Fulano y haga usted lo que él le diga. ¿Cuánto necesita usted en cédulas? me preguntó.—Cien mil, le dije en broma y conteniendo apenas la risa.

—«Bueno: cuente con ellas». Yo le aseguro que estuve vacilando entre desmayarme ó largar la carcajada; pero no hice ni una ni otra cosa y me fuí á toda prisa á ver al corredor, para cerciorarme de si era una broma todo aquello.

—¿Y porqué habia de ser broma, don Homobono? ¿Pues qué, no ha de servir de algo en este mundo el haber estado mano á mano con un personaje, de *farras* corridas, bebiendo champagne y en esos momentos de franca intimidad en que el vicio borra las categorías?

—Sí que me sirvió de algo la tarjetita, pero no orea usted que se dan palos de balde, así no mas. El corredor me hizo dar las cien mil cédulas por el campo clavo, que fué tasado, pásmese usted en doscientos mil pesos.

—Y por qué me he de pasmar? No veo la razon, don Homobono. ¿Hay nada mas natural que siendo omnipotente y queriendo servirle á usted lo hiciera sin pararse

en pelillos? Si hubiera tenido él que sacar de su bolsillo particular las cien mil cédulas con hipoteca del campo de usted que no valia cien centavos, si que me pasmaria de la accion; pero sacarlas del Banco? Pues vaya una cosa del otro juéves.

—Amigo, es usted un optimista terrible. Sepa usted que si bien es cierto que me concedieron cien mil cédulas, tuve que pagar una comision corretaje ó *coima*, como quiera llamarse, de treinta mil de esos papeles que se quedaron en el camino y no llegaron á mis manos.

—¡Hola! Es decir que solo le dieron setenta y usted quedaba debiendo cien mil. El negocio se estropeaba.

—No, señor; aquí viene lo mas rico. Yo tengo un compadre bueno como el pan y que me oye como Evangelio. Me escribe diciendo que tiene cincuenta mil pesos reunidos y quisiera comprar un campito que dejar á sus hijos. Le contestó á vuelta de correo: Tengo lo que desea, compadre. Un hermoso campo que el Banco ¡ya vé que autoridad! ha tasado en doscientos mil pesos é hipotecado en la mitad. Se lo vendo á usted por ser compadre, en ciento cincuenta mil, que es tirado. Usted paga los cincuenta mil en efectivo y se queda con la hipoteca, que la va pagando sobradamente con los rendimientos.

—Pero don Homobono, ¿usted no sirve para negocios? De los rendimientos ha debido usted exigir á su compadre un veinticinco por ciento de participacion.

—Nó, nó. Es mi compadre y es un hombre honrado, con hijos. Nó, usted no me conoce. A mi la generosidad me come. Nada, que se hizo el trato y acabo de firmar la escritura y recoger los cincuenta mil del pico.

—¿De manera que se ha embolsado usted cien mil pesos limpios?

—Un poco mas, porque vendí las cédulas á 82 antes del derrumbe. Ahora estoy libre de hipoteca y de todo. Pero me dá una risa atroz al pensar la cara que me pondrá mi compadre si visita el campo en invierno....

—Tendrá que comprar un vaporcito para recorrerle.

—Quien sabe si cree que hay diluvio universal.

—Ha tenido usted una idea feliz. ¿Y decia usted que otras veces habia sido mas vivo que ahora?

—¡Oh! en *matuffias* y *tongos* he tenido lindos golpes. Cuando iba al Hipódromo y al Fronton, allá en los buenos tiempos, me divertia mucho en llevarles la plata á

los inocentes. Yo jugaba sabiendo de antemano qué caballo era el ganador y qué pelotaris perderían. Ya sabe usted como se arreglan esas cosas, por mas que se ocultan.

— ¿Y por qué ocultarlas? Pues qué ¿tiene algo de particular el que á un caballo favorito, al que juegan todos seguros de que gana, se le haga ir despacito para que pierda? Eso es una cosa natural y que nadie puede decir que sea una estafa ó como dice usted *tongo*. La cuestion es estar en el secreto para pitarse á los tontos. Lo mismo que arreglarse con los sócios de los pelotaris para jugar sobre seguro. Todo esto es muy justo, sobre todo para el que gana.

— Así he mirado yo la cuestion siempre; pero, por el que dirán pícaro, uno procura no hacer alarde de su inteligencia superior para los negocios. Y á mas que si corre la voz y el secreto se divulga, no habrá quien se deje limpiar los bolsillos.

— Cierto, don Homobono. Así tiene usted una fortunita saneada y linda.

— No, señor; yo no tengo nada mio. Precisamente mis fincas están á nombre de mi señora. Es una precaucion que tomé desde que anduve en negocios, para evitar, si perdía, el tener que pagar y quedarme por puertas. Todos saben que soy rico y creen que hay donde meter mano; pero cuando llega la ocasion, resulto insolvente como el último pobrete.

— ¡Qué ocurrencias mas chistosas tiene usted don Homobono! ¿Y eso es *mattufia* ó *tongo*?

— Eso es prevision, mi amigo.

• • • • •
Cuando acabaron de hablar esos dos caballeros, cuyo diálogo he reproducido lo mas aproximadamente posible, se retiró don Homobono y entonces pedí á su interlocutor informes del vivaracho comerciante.

— ¡Ah! — me dijo el otro truchá — don Homobono es una persona *bien*, perfectamente relacionada y muy querida en sociedad. Es un hombre honrado á carta cabal; incapaz de robar ni un reloj de bolsillo de metal blanco, ni sacarle á nadie un papel de cinco centavos de la cartera. Una probidad como quedan pocas.

— Pero, permítame usted que le diga que todo cuanto ha referido respecto de sus habilidades, revelan al pillas-

tre mas completo, al hombre sin conciencia, sin corazon sin honradez.

— No señor: los negocios son negocios y no deben regirse por sensiblerias intempestivas. Cuando se trate de obras de caridad, está bueno que se hagan regalos y donativos, pero en materia de operaciones no hay mas freno que el Código penal ni mas moral que la viveza de cada uno. Quién engaña á quién. Hé ahí el problema resuelto por don Homobono.

Y sé fué dejándome absorto y con la palabra en la boca.

¿Tendrá razon?

¿Seré yo el sándio y don Homobono será bueno efectivamente?

Pues aunque me califiquen de tonto de capirote, yo sigo creyendo que don Homobono y los de su escuela, que son muchos desgraciadamente, no tienen derecho á figurar entre los hombres honrados.

Y sin embargo, figuran.

Alcohol

En verano porque tienen seca la garganta y necesitan restaurar las fuerzas que el sudor distrae; en invierno, para entrar en calor y confortarse; en primavera y otoño, porque es bueno atemperarse en medio de los bruscos cambios atmosféricos.

Por la mañana para preparar el estómago á las faenas del dia; antes de almorzar para abrir el apetito; despues para ayudar la digestion; luego para aperitivo; y á la noche para favorecer un sueño tranquilo.

A toda hora del dia y de la noche, para facilitar el arreglo de los negocios, para obsequiar al amigo, para esperar el tramway, para descansar un momento, para leer los diarios, para inspirarse el poeta, para cobrar ánimos el guapo; para todos los actos y entreactos de la

vida, hemos quedado en que es necesario pegarle duro y parejo al bitter, cognac, chartreuse, oporto, jerez, ginebra, anís, cerveza, tinto, caña, ajeno, fernet Branca ó piperment tranca.

Es una enfermedad social que vá extendiéndose rápidamente por todo el país, endémica, pero implacablemente, con gran ventaja para almacenes y confiterías, cafés, *botiglierías, trattorias*, y boliches de toda clase destinados al *beberaje*.

De ese mal se ven invadidos viejos y jóvenes, ricos y pobres, *dragones* y *compadritos*, sábios y rudos.

Saber tomar, es una ciencia fácil de adquirir y que se aprende mucho antes que las asignaturas del Colegio Nacional.

Para no hacer uso de sus verdaderos nombres, embriaguez y borrachera, que manchan y deprimen al que es acreedor á ellos, convinimos en suavizar la terminología y darle variantes pintorescos.

Así decimos: tomó una tranca deshecha, se puso en trinquis; se chupó; se puso alegre ó comió fuerte.

Es muy frecuente oír esta apología: es un mozo inteligente, capaz y bueno, pero *chupa* mucho. Es una lástima.

Esa breve y expresiva oración quiere decir, traducida al lenguaje práctico, una porción de cosas.

Significa que la sociedad ha perdido un miembro útil y ha conquistado un vicioso perjudicial, á quien bien pronto el alcoholismo conducirá al embotamiento de la inteligencia, á la muerte moral y á la vejez física, prematura y repugnante.

Los tiempos están malos; bajo el punto de vista económico, se hacen economías en los gastos de primera y segunda necesidad y no se pagan las cuentas más indispensables, colocándose el deudor en perpétua moratoria; pero suprimir al día una copa de las ciento y tantas que forman el programa de los dulces y amargos, *refrescos* y sofocantes.... ¡eso jamás!

Sería una claudicación vergonzosa dejar de visitar la confitería, por un espíritu de economía, de respeto á las buenas costumbres ó de higiene moral y física.

Se encuentran dos en la calle: no tienen asuntos que tratar y su entrevista concluiría en minuto y medio; pero enseguida viene aquello de:

— **Vamos á tomar algo y conversaremos.**

Como ese *algo* se repite á cada esquina, resulta un mucho al cabo del día.

El buen tono emplea la frase tomar algo, que es mas disimulada. El buen pueblo se expresa con mas franqueza.

— ¿Pagas la copa? ¿Tomamos la chiquita?

Chiquita que, multiplicada por diez, se hace una grande y se convierte en reverendo *peludo*.

Cuando se reunen cuatro amigos en torno de una mesa de *restaurant* ó *rotisserie*, es condicion indispensable que si la comida cuesta doscientos pesos, los ciento sesenta representen la cuenta de los vinos.

Así es que, hablando con toda propiedad, deberia decirse:

— Ayer *bebimos* juntos, Fulano, Zutano y Perengano.

Si el beber es lo mas importante y costoso, debe constituir el objetivo principal de lo que por rutina hemos aceptado darle el nombre de comida.

Infinidad de hombres hay que en estado normal son pacíficos, honrados, frabajadores y cariñosos. Con una *tranca* encima son mas *guapos* que Moreira, mas sanguinarios que Troppman, mas haraganes que la marmota y mas ásperos que el cardo asnal.

Pero lo que me admira en alto grado es la impasibilidad con que esta sociedad contempla el avance de la podredumbre que la corroe y aniquila.

¿No tiene la familia resortes vigorosos y hábiles para combatir las horrorosas plagas del juego de la bebida y de la *sinverguenceria* que invade los hogares, anula los caracteres y rompe los vínculos mas sagrados y respetables?

¿No cuenta la sociedad con fuerzas poderosas para corregir á sus extraviados, por medio de su condenacion severa y sostenida?

¿No hay elemento sano que ponga en vigencia el código eterno, inmutable que castiga al jugador, al borracho y al indigno con el apartamiento de todo contacto con las personas honradas?

¿Es que no hay quién tire la primera piedra?

¡No! Niego que la enfermedad esté tan avanzada que haya atacado aun á la totalidad.

A la mujer, á la madre, tócale un principalísimo papel en esa ~~campaña~~ de saneamiento moral y físico.

La mujer con sus instintos delicados, sus gustos finos y en cierto modo inclinados á la poesía ¿cómo es posible que no proteste contra esos vicios que degradan y envilecen á sus hermanos, á sus amigos y pretendientes ó esposos?

Pues créanme que si se propusieran con caritativa energía apartarlos de tan tortuosa senda, lo habian de conseguir en la mayoría de los casos.

En otros países donde la embriaguez habia tomado el avasallador incremento que aquí nos amenaza, si no es que ya nos pega, las sociedades de templanza contrarrestaron eficazmente el mal y continúan infatigables su meritoria labor, que no puede descuidarse ni un solo instante, porque el vicio es incansable y extiende sus dedos de fierro por todas partes, aprisionando incautos, débiles de carácter, extraviados y cretinos.

Cese por lo menos de ostentarse con un cinismo repugnante y como un título de hombría y buen tono, el haber estado uno ó varios días de *farra*; el haberse bebido una cantidad de alcohólicos capaz de hacer reventar á un buey; el haber perdido ó ganado en una noche una fortuna; ó el haber, como complemento de esas asquerosas orgías, golpeado débiles aunque depravadas mujeres, como mas de una vez acontece en esos focos de vicio y de ignominia.

Que cuando una persona caiga en esos abismos, sepa que los honrados le negarán hasta el saludo; que las autoridades castiguen con justa dureza esas faltas, en vez de disimularlas y encubrirlas cobardemente, por la *calidad* de los desordenados, y mucho se ha de conseguir en pró de la moral y del levantamiento de caracteres de este pueblo, tan jóven, de tanto porvenir y sin embargo, tan enfermizo y tan podrido.

La embriaguez

A las puertas de la muerte, la verdad parece recobrar su imperio y la razón esparcir su rayo luminoso sobre la inteligencia del hombre.

Cuando el moralista ó el fisiólogo fulminan su anatema sobre el horrible vicio de la embriaguez, no falta bebedor empedernido que exclame: — ¿Qué entiendes tú de eso? ¿Sabes por ventura lo que representa en la vida del hombre esos paréntesis abiertos por el alcohol á las miserias y amarguras de este valle de lágrimas? Te imaginas siquiera el celeste fuego que circula por las venas y arterias en alas del vaporoso alcohol, que todo lo satura de alegría, de ilusión, de bienestar, de pujanza y de heroísmo? Aquel que vive en eterna noche de escasez y de miseria, ¿cómo no ha de buscar en el fondo del vaso, botella ó damajuana, una hora de fantástico vivir en la que se crea un mundo aparte, para su propio uso, con glorias y triunfos, amores y riquezas?

Por ese camino sembrado de rosas seguirá el borracho cantando loores al vicio asqueroso, que según el cristal con que mira, se torna en consuelo de afligidos, recreo de pobres y manto de infortunados. Para él es el anverso de la medalla ese cuadro que entusiasta glorifica; pero el reverso lo describe el moralista con tonos vigorosos y exactos.

Entiendo y sé, contesta, las delicias que el vicio proporciona, porque, como decía el gran filósofo, hombre soy y nada de lo que á los hombres se refiere me es indiferente. Pero sé mejor los males que produce, y puestos en la balanza unos y otros, pesan estos mil veces más que aquellas.

Por una hora de vida alcohólica fogosa y ardiente, se conquistan veinte de malestar de estómago, pesadez de cabeza, torpeza de los sentidos y general abatimiento.

Tras de esa alegría loca, vienen un cúmulo de accidentes variables. A continuación de esas poéticas visiones alcohólicas siguen las más prosáicas situaciones.

Por el lado cómico, el desequilibrio coloca al ébrio

en riña con la gravedad y allá vá haciendo eses y zig-zags, por calles y plazas, recibiendo ovaciones infantiles con piedras y barro, huesos y verduras.

Por el dramático, tropieza con el vigilante que, en justo pago á sus alborotadas y agresivas demostraciones, le lleva á descansar á la comisaria, en sucio calabozo, adecuado á la no muy limpia situacion creada por la *tranca*.

No han de faltar en este estado contusiones y descalabradas, pérdidas de dinero y ganancias de garrotazos, malas noches y peores dias, multas, deterioros de ropa y de piel, ruina y escándalo.

Y si por desgracia, es en la tragedia donde encuentra la embriaguez su desenlace, el crimen recluta entre los ébrios el brazo inconsciente que hiere ó mata. que

Si la palabra del moralista por ser teórica carece de autorizacion entre el gremio de bebedores, no han de invocar ese pretexto al oír la bien autorizada, desgraciadamente, del pobre soldado sanjuanino que mata en un segundo á dos de sus compañeros y paga con su vida el mal causado por una miserable botella de anís.

Bien explícito é insistente estuvo en condenar la embriaguez, en desear que su sacrificio justo y merecido sirviera de correccion á los que rinden culto al vicio. En esos momentos solemnes que preceden al paso de la vida á la muerte, aquel pobre desgraciado, que jamás pensaria en sermonear moral y continencia, se eleva sobre su nivel intelectual comun y recomienda á sus semejantes que escarmienten con el ejemplo de lo que á él le sucede por culpa de la embriaguez.

Si por el fruto y su calidad se ha de juzgar de la bondad del árbol, desastrosas son las cosechas que se obtienen del culto á Baco y digno de elogio será el propósito de impedir su crecimiento cortándole con tenacidad incansable sus más frondosas ramas.

No se trata, sin embargo, de pedir imposibles; de desterrar por completo el uso de las bebidas alcohólicas; ni por cierto que nadie emprenderia, sin estar demente, la tarea de intentar que el agua, la leche ó las horchatas, fueran los únicos líquidos que bebiera el hombre.

Pero el abuso debe ser combatido con todo empeño sin dar cuartel al embriagado.

Es muy frecuente en las comisarias rodear de consideraciones al ébrio de frac ó de levita; dejar que el pobrete

pase la mona durmiendo sin que se le haga caso; y esperar á que se despejen para cobrar la multa ó pasarlos al Departamento.

Es necesario hacer algo por la curacion física y moral del embriagado, que seguramente se cortará el mal al nacer, evitándose que llegue á ser consuetudinario.

En las comisariás debe disponerse por el médico de policia la aplicacion de las medicinas enérgicas que disipan rápidamente la embriaguez y dejan generalmente una impresion de horror y asco á la clase de bebida tomada en cada caso. El amoniaco y cualquier otra sustancia que la medicina admita para producir esos efectos, aplíquese implacablemente á todo el que caiga en manos de la policia, en la seguridad de que ha de menguar el número de los *alumbrados*.

Guerra sin cuartel al que se embrutece con la bebida, al que olvida los respetos que se debe a sí mismo, á la sociedad y á sus amigos.

Si los consejos sanos y desinteresados de nada valen para contenerle, si el ejemplo triste que diariamente nos dan los viciosos y la voz nerviosa de uno que vá á morir y los condena, no son bastantes razones para convencerle de que debe cesar en el abuso del alcohol, aplíquese medicacion ejecutiva en cuanto á lo físico y represion dura, implacable y sin consideraciones en lo moral.

¿No es tristísimo que una botella de anís haya arrancado tres vidas en su plenitud y vigor y haya enlutado tres hogares?

Cuando cuestiones acaloradas llevan á los hombres á matarse unos á otros, por sensible que sea, sábese que por ambas partes se exponen conscientemente al peligro y saben lo que van á hacer y las consecuencias que pueden sobrevenir.

Pero que, como en el caso reciente, haya dos víctimas tan inocentes y desprevenidas que es indudable les ha sorprendido la muerte cuando mas seguros estaban de vivir y gozar, y pueda el verdugo decir con verdad que no tiene el menor recuerdo de haber cometido el crimen, pero que debè ser cierto cuando todos lo aseguran, es algo que indigna y entristece á la vez.

El mejor y mas valioso adorno del hombre es la razon, ¿porqué empeñarse en perderle alcoholizándose?

Virtudes falsas y buenas

Así como en lo físico tiene cada individuo su fisonomía propia que no obstante formarse en todos de ojos, nariz y boca. presenta los mas variados conjuntos, así tambien en lo moral resulta la humanidad un verdadero mosaico en sus impulsos y sentimientos.

El valor, la filantropía, la abnegación, el heroísmo, la cobardía misma, revisten las formas mas extrañas y curiosas.

Una persona cae al agua en mar ó rio profundos y peligrosos. Presencian el caso varios individuos de diversa edad, condición social y temperamento.

Uno de ellos al ver caer al prójimo, se precipita tras él sin quitarse ropa, sin acordarse de que no sabe nadar y sin mirar siquiera hácia dónde ha caído la víctima.

¿Es ó nó un acto heróico?

Lo probable, digo mas, lo seguro es que se ahogue el salvador, sin salvar al otro. Dos víctimas fijas en vez de una; pero no puede dejar de consignarse que se trata de un héroe aun cuando inútil por irreflexivo.

Otro, que no sabe nadar, busca rápido una cuerda, un palo largo, un gancho, un bote y procura con esos elementos sacar á flote primero y á tierra despues al que sin auxilio se ahogaria.

Este no es héroe, pero es prudente y con frecuencia útil.

Otro, sabe nadar bien; se desnuda casi, se pone en condiciones de luchar con ventaja en las ondas acuáticas y se arroja á salvar á la víctima, lográndolo casi siempre.

¿Es éste más héroe que el que se arrojó vestido y sin saber nadar, persiguiendo y encontrando una muerte cierta?

Nó, mas héroe no es, puesto que para él la jugada le ofrecia noventa en cien probabilidades de salir ganando. Pero no obstante es un hombre de corazon, sereno en el peligro y altamente meritorio.

Otro, al ver caer al agua á su prójimo empieza á dar gritos inútiles. ¡Pobrecito! ¡Virgen santa! ¡Pobre hombre!... y vá de un lado á otro, aturdiendo á todos, atro-

pellándolos y haciendo mil simplezas que en nada alivian al que se ahoga. Generalmente al cabo de un momento de pavear y dar voces cae en un desmayo que reclama á su vez los auxilios de los que han presenciado las dos escenas.

Este, no les preguntaré á ustedes si es héroe.

Otro al ver caer á su vecino al agua se aleja rápidamente del lugar del suceso, murmurando entre dientes:

—No vayan á creer que yo le he empujado y me metan preso.

Tampoco este es un héroe, sino un pobre diablo.

Otro, tiene quizás mas condiciones y elementos que los anteriores para intentar el salvamento, pero se encoje de hombros y dice:

—Quién me mete á redentor, para salir crucificado! Anda y que se arregle como pueda.

Es un egoísta censurable.

Otro, apenas se aperciba de la catástrofe empezará á gritar con afanoso empeño y mostrando la plata en la mano:

—Cien pesos al que lo salve: cien pesos... al que lo saque: doscientos pesos...

Y es mas que probable que el egoísta con sus poderosos elementos se ponga en acción bajo el acicate de la ganancia y salve á la víctima.

Ahí tienen ustedes un héroe filantrópico financiero que dá buen resultado en la práctica.

Otros, en fin, se quedarán mirando lo que hacen los demás, criticando lo que hagan bueno ó malo, y á lo sumo haciendo votos por que saquen con vida al casi ahogado.

Estos son los *ojalateros* de este mundo, fruta abundante, insípida y en cierto modo indigesta.

En la filantropía sucede dos centavos de lo mismo.

Ver ustedes un filántropo que gasta una regular suma al mes para sostener un Asilo de vagos y mal entretenidos, dándoles buena comida y cama blanda, en tanto que á los peones de su chacra, al colono de su campo, al sirviente de su casa, les dá mezquinísima retribucion, le cobra altísimo arrendamiento, y le tiene á media racion y durmiendo en cuarto inmundo, respectivamente.

Y es un filántropo en toda la extension de la palabra.

Fundador de un Asilo, nada menos, en donde reina el bienestar para los vagos.

Y ese hombre duerme tranquilo; y de buena fé, puede ser, se considera caritativo y benemérito.

Filántropos he conocido que han dejado á sus parientes en la miseria con pleitos dudosamente justos, y luego distribuyen su peculio legal en hospitales ó manicomios, sin que se les pase por las mientes el mejorar la suerte de los infelices á quienes tal vez despojaron de lo que realmente les correspondia, moralmente, y quizá en estricta justicia.

Por abnegacion pasa muy amenudo lo que no es sinó debilidad de carácter.

La frase aquella: «Puesto que la niña no me quiere y el padre me detesta, renuncio generosamente á la mano de doña Inés», tiene gran aplicacion á muchos de los actos que pasan como de abnegacion casi heróica.

Salvo las honrosas excepciones, y las hay por cierto, que yo no soy de los que creen que todo está corrompido, el resto de las abnegaciones queda reducido á convencionalismos fantásticos.

Se renuncia *abnegadamente*, en la mayoría de los casos, á lo que cuesta muy poco trabajo renunciar.

El dar á otro lo que por inservible se iba á echar á los chanchos, es frecuentísimo en esta mísera vida.

No es menos variada la forma que toma la cobardia segun los temperamentos y circunstancias.

En esto si que se originan los casos á millares.

En momentos de peligro se ven personas que, por huir de un incendio todavia no cercano, se arrojan aturdidos por un balcon, buscando la muerte cierta á los veinte metros de recorrido para llegar al suelo. Se necesita valor para arrojarse, tanto como miedo inspira el asarse vivo.

A uno le ataca la cobardia por quedarse inmóvil y petrificado; á otro por lloriquear; á este por dar voces y demandar socorro; al de mas allá por pedir misericordia de rodillas....

Y me acuerdo con este motivo de una causa por homicidio que dió que hacer á los tribunales de Buenos Aires, en la cual la cobardia fué la verdadera homicida.

La escena en un tugurio donde habia un taller de zapatero. Taller, digo, por ajustarme á las prácticas; pero en realidad era una pocilga en donde apenas si cabia el maestro, el oficial, la mesa central de trabajo y el gato.

El maestro era un hombron musculoso y terrible. Formaba parte en Calabria, como capitán, de las gavillas de bandidos que tanto trabajo costó á Victor Manuel arrancar de sus guaridas en la áspera montaña.

Vino á Buenos Aires y se puso á zapatero pacífico, conservando en su velludo pecho la maldad de sus mocedades.

El oficial era un bendito. Hombre tímido y flojo, si los hay, temblaba ante la mirada, los ademanes y la voz de trueno de su patron.

Desde que entró á su servicio trabajó bien, mucho y no cobró nada. Una mala comida y un monton de paja para recostarse en las breves horas de reposo, eran todas sus ventajas.

Un dia se atrevió el pobre hombre á decir á su verdugo que se iba y que le arreglase la cuenta.

El bandido le negó deuda alguna y cuchilla en mano, le dijo que si insistia en marcharse le rajaba sin mas trámite.

El terror fué tal, que el pobre hombre quedó anonadado.

En pié escuchó la sangrienta arenga, sin decir palabra, ni levantar la vista.

El verdugo, cuando creyó que habia vencido la insurreccion, se volvió á sentar y empezó la costura.

En aquel momento psicológico, el pobre diablo, que hubiera meditado mucho si mataba ó no un mosquito, saca la cuchilla que ya habia aguardado entre las herramientas que debia llevarse y se lanza sobre su patron, á quien acribilla á cuchilladas, sin duda, temiendo que resucitara y le anonadase de un solo golpe.

Aquel desgraciado mató de puro miedo.

En la Penitenciaría, donde pasó largos años y despues trabajando de peon, pues su cerebro no funcionaba ordenadamente, reveló ser de carácter dulce, bonachon é incapaz de repetir la funcion sangrienta si no le volvian á asustar otra vez, como la de marras.



Navidad y año nuevo

¿Quién se atreve á decir al varoncito de cabellos rubios ó á la mujercita pelinegra, que estamos en crisis y la plata escasea, que el oro está muy alto y los juguetes vienen de Alemania, Francia ó Italia y cuestan muy caros?

¿Con qué cara se presenta el papá antes sus esperanzados pequeñuelos y ahuecando la voz para dar solemnidad al acto, les echa un discurso de este porte: Caballeros y señoritas, este año no tendrán ustedes ni árbol de Navidad, ni caballos de madera ó velocípedos, ni muñecas, ni bebés, ni nada én fin que cueste plata?

¿Con qué acento se pronuncian esas fatídicas palabras y con qué alma se oyen las protestas de la grey infantil que no entiende de balanza comercial, ni de papel depreciado y bancos en eterna moratoria?

Si por efecto de ese malestar que el niño ignora, no hubiera tentadores escaparates con las últimas monadas de la ciencia de los *chiches*, el problema se resolvería por sí solo y sin mortificaciones. Ojos que no ven corazón que no siente, dice el refrán; y no viendo los juguetes, se adormecería el deseo de poseerlos.

Pero precisamente este año parece que las caritas de las muñecas son mas afectuosas que otras veces y no hay niña que no vea en ellos interpelaciones de este tenor: ¿Por qué no me llevas? ¿Qué, no te gusto? Yo seré buena y cerraré los ojos cuando me lo mandes, lloraré cuando quieras y no te comeré los caramelos.

Al llegar á casa son las solicitudes hechas con una argumentación irrefutable, por los niños; informadas favorablemente por las mamás y puestas al despacho del jefe de familia, que se vería en apuros si se permitiese poner un «no ha lugar» ó un «negado» como el que le pusieron á él en la última solicitud de dinero hecha al Banco.

No hay mas que entregarse y despachar el expediente con un «cómprese» y «páguese» de imprevistos ó de fondos de cualquier capítulo del presupuesto casero. Lo mismo que los gobiernos, que cuando no tienen disponibles

fondos los toman de cualquier parte y por el mundo anda quien paga.

Y cuidado que si algo disculpo, aunque no aplaudo, es el déficit producido por la compra de juguetes en Navidad y año nuevo para los chiquilines. Lo disculpo en consideracion á que todos los padres son débiles y tontos con sus hijos, llegando algun hereje hasta afirmar que el Padre Eterno lo fué con el único hijo oficial que tuvo y lo sigue siendo con nosotros, que nos le hemos colgado de la túnica para pedirle sin cesar el pan nuestro de cada dia como los polluelos piden á la cuidadosa gallina que les busque fonda en la revuelta tierra del gallinero.

Este año no tendremos aquel espantoso derroche del año terrible de las opulencias que nos han llevado á la miseria.

No habrá aquella profusion de regálos valiosos entre familias que tenian mas humo en la cabeza que solidez en la fortuna.

Los bronces valiosos, los cuadros artísticos, los mil objetos de fantasia con que Francia y Alemania nos inundaba y se vendian como pan, solo con el propósito de hacer regalos, propios de reyes, aunque los hacian modestos republicanos, permanecerán inmóviles y cubiertos de polvo en los depósitos de bazares, sin que venga la mano de plata que les diga, como dijeron á Lázaro, levántate y anda á casa de don Fulano á mostrarle con tu presencia que espero de él me resuelva favorablemente la concesion de tierras; el expediente de contrata de obras públicas; ó la proveeduría de artículos podridos pagados como si fueran sanos, que tengo pendiente de su fallo.

El mas pobrete entendia hasta hace muy poco que no era dable hacer regalos de año nuevo que no fuesen objetos de arte, traídos de Europa, de alto precio y gusto esquisito.

Se hubiera sentido deshonorado al enviar como obsequio un plato de dulce fabricado por su esposa, que tiene manos de ángel para hacer compota, huevo hilado y biscochuelo.

Enviar una simple tarjeta de felicitacion con unos monitos pintados por el dueño de casa que algo entiende de paletas y pinceles, seria irritar á los dioses y exponerse á que la fortuna le volviera la espalda.

Era preciso enviar una fortuna en obsequios, cada vez que era el santo de alguno de la familia; ó el cumpleaños; ó el aniversario del casamiento; ó el bautizo del niño; ó una boda; ó cualquier acontecimiento que sirviese de pretexto para hacerse presente y tener propicio al que había de ser útil en asuntos de mayor monta.

Es claro que no hay corazon, ni de roca que fuere, que no se ablande ante tanta solicitud y generosidad.

Asi que cuando uno de esos que había enviado á un alto personaje, en el trascurso de un año, cinco Venus, tres Dianas cazando, cuatro juegos de té, chinescos legítimos, hechos en el barrio Montmartre, y doce abanicos marfil, Carey y madera de pino de tea, le pedia una tarjetita para el Presidente del Banco á fin de que le dieran un dinerito con su sola firma y aun sin ella; ó para la Aduana, con objeto de que un cargamento de sedería ó de tabaco pasase libre de derechos como papel de cartas para el Gobierno ó útiles de telégrafos; ó para que le concedieran un ferrocarril sin trocha que fuera desde Belgrano á los canales del planeta Marte, no era posible negarse á tan pequeña peticion, tratándose de un hombre ó una familia que tanto afecto les había mostrado con sus continuos regalos.

Y le daba el personaje la tarjeta que, en general, era inmediatamente atendida y en particular tambien, teniendo en cuenta que en el mundo de los gatuperios hay que no olvidar aquello de «hoy por tí y mañana por mí».

Aquellas esplendideces locas que pagaron los Bancos en primer lugar, pero en último y definitivo lo pagaron con costas los depositantes y los que emplearon en ellos sus economías, han disminuido considerablemente en estos tiempos que corremos y que ellos nos corren.

No es que no halla todavia pescas milagrosas que hacer, ó negocios turbios que redondear; pero la plata emigró, el oro se eleva á las regiones donde el cóndor se espulga y solaza, y el cobre se embarcó para Europa en donde está sirviendo de materia prima á la caldereria. Queda solo el papel que no hace buenas migas con las obras de arte.

Pero lo que subsiste y no me atrevo á combatir, porque no quiero indisponerme con los niños, ni que paguen ajenas culpas, es la adquisición de ricos y valiosos juguetes, para alegrar las ya alegres horas de la época feliz del candor y la paz del alma.

Compren juguetes todos los que puedan, hagan un es-

fuerzo para dar á los que carezcan de medios para proporcionárselos á sus pequeños, y habrán hecho pasar ratos felices á los que, cuando mayores, tendrán sobradas amarguras que saborear.

En 1889 las damas ilustres que en París cuidan de las madres pobres y familias desgraciadas, hicieron en Navidad buen acopio de juguetes que repartian equitativamente entre los pobrecitos niños, á quienes se les iba la vista tras las encantadoras exhibiciones de la rue Rívoli, del Louvre, Printemps y cien bazares ó jugueterías que engalanaban sus escaparates, al acercarse *Noel*.

Será un grito disolvente, anárquico, anti-económico; pero sale de bocas infantiles y hay que escucharle.

¡Vivan los *chiches*!

Simon Pedro

(VULGO SAN PEDRO)

¡Pobre humanidad, tan flaca y frágil cuando se trata de salvar la piel y sus alrededores!

Simon Pedro era un modesto pescador de lago.

Pejerrey, anguila, trucha, alguna que otra vez; y ramas, tronchos y suelas de sandalia en la mayoría de los casos, asomaban por las mallas de sus redes raídas y remendadas.

Pasa el Hijo de Dios por su lado y le invita á que tire las redes y le siga:

Pedro no vacila. Abandona la elevada posición que ocupaba, sobre una peña, y sin reparar en las riquezas pesqueriles que atesoraba el lago sigue al Divino Maestro en la ruda tarea de pescar almas para el purgatorio y el cielo, según los casos.

Imprégnase el alma de Pedro de las dulces doctrinas del Hijo de María y al parecer de José, pero en realidad del Espíritu Santo. por obra y gracia de quien vino al

mundo el que todo lo puede, y le sigue afanoso por calles y plazas, montes y valles, oyendo la buena nueva y sin atreverse á predicar, porque aun no estaba en condiciones de tomar la palabra.

Mientras se trató de asistir á bodas, en donde el agua se convertia en vino y la comida era exquisita: ó á banquetes, en donde despues de comer bien venian Magdale- nas con bálsamos olorosos, Pedro no tuvo motivo de queja ni tampoco dió que hablar con su conducta, que se man- tuvo correcta.

El primer episodio en que Pedro toma parte activa es interesante.

Habia sonado la hora de que las profecias se cumpli- sen.

El Hijo de Dios iba á sufrir el suplicio afrentoso, me- diante el cual la humanidad que se bautizara iba á quedar limpia de la mancha que le dejó el pecado original allá en el Paraiso.

Hallábase Pedro con su maestro en el Monte de los Olivos, cuando aparece una turba de sayones guiados por el pícaro Judas, que con la bolsa repleta de dineros (treinta le habian dado) venia á prender á Jesús.

A Pedro se le sube la mostaza á la nariz, pela una como navaja sevillana ó faca espada y del primer viaje le saca una oreja bailando á Malco, criado del gran sacerdote.

Al ver caer la oreja al suelo se mueve el barullo consi- guiente entre los asistentes, que reprueban la compadrada de Pedro.

El Mesías se apresura á enmendar el error de su fogo- so discípulo. — Vuelve la espada á la vaina, le dice, que quien á hierro mata á hierro debe morir. Te se figura que si mi padre celestial quisiera, no enviaria legiones de ángeles que me defendieran?

Y tomando la oreja de Malco se la volvió á pegar en su sitio, quedando como nueva y sin conocerse la pegadura.

Pedre guardó el arma cortante despues de haber lim- piado en unas matas la hoja entintada en sangre judía.

Al contemplar este rasgo de sable y compararlo con lo que hizo despues, en la casa de Calfás, se establece bien la diferencia entre el valor de las armas y el valor cívico que hace del hombre indefenso y solo un baluarte inexpugna- ble en defensa y sostenimiento de la verdad y el deber.

Entre el Pedro corta orejas y el Pedro que niega á su maestro, hay un lago de Tiberiades por medio.

Es en verdad una escena que se vé reproducida con frecuencia en las comisarias de policia, cuando se trata de averiguar quienes son los cómplices de un crimen.

Pedro, que ha seguido de lejos á su maltratado Maestro, se mete en la porteria de la casa de Caifás, en donde habia un comfortable brasero al que arrima las manos ecadoras. Si llevaba el sable se le habria metido bajo la túnica, porque ni se le veía.

Hacíase el sueco el ex-pescador, cuando la portera de Caifás, que ya era tan comadre y chimosuela como las del siglo pasado, se fija en él y empieza á embromarle *feo*.

—Pues tú eres tambien discípulo de ese que está ahí dentro.

—¿Yo?—dice Pedro sin *bolearse*—Ni que te lo figures, portera.

—Me parece que tienes toda la pinta de los que andan con el Nazareno.

—No sé lo que dices, portera.

La mujer no insistió, porque tenia que cuidar un guiso que hervia en su chiribitil.

Pero, poco despues viene otro *chichon* y le pregunta la misma cosa á Pedro.

—¿Yo?—vuelve á decir Pedro con una naturalidad que envidiaria un galan de comedia—Ni conozco á semejante hombre.

Y siguió calentándose las manos como si se le importasen un pito los azotes y tropelias de que era víctima el Maestro.

La situacion se le hizo crítica con la llegada de un criado del Pontífice, primo carnal de aquel otro á quien Pedro le cortó la oreja en el monte. Aquel era un acusador temible.

—¿No te ví yo en el huerto con él?—dice el pariente, clavando su mirada investigadora en la cara de Pedro que seguia calentándose para disimular.

—Te digo que nó. Yo no estuve en el huerto, ni ganas.

Y en ese momento cantó el gallo.

Jesús, que sabia bien con que bueyes araba, dicha sea esta comparacion sin ánimo de ofender á nadie, ya le habia predicho aquel mismo dia que antes que cantara el gallo le negaria tres veces.

Y así fué, en efecto.

¡Pobre Pedro: lo que lloró según dicen, lamentando su flojera!

Dicen que exclamaba á sus solas y cuando ningun *macabeo* podía escucharle:

Yo he debido decir:—Sí, señor, yo soy discípulo; ¿y qué? ¿quieren algo? Y sacar la charrasca y echarle las dos orejas al suelo al atrevido y la nariz á la vieja portera.

Han pasado 1892 años desde aquellas luctuosas escenas.

La humanidad implacable con los que flaquean, sin duda para encontrar en el mal de muchos el consuelo de los tontos, no ha cesado de recordar todos los años las tres negativas de Pedro y el canto del gallo que inocentemente se convirtió en su acusador y juez.

Se ha llevado el encono contra Pedro hasta el extremo de que al pintar los atributos de la pasión los artistas pictóricos, desde San Lúcas hasta Santini el revocador, han de poner entre los clavos, las espinas, la caña y los dados, el gallo consabido, que tiene mucha más popularidad que el gallo de Moron, aquel que quedó sin plumas y cacareando.

Para hacer más notoria la falta de Pedro se le llama al bípedo cantante el gallo de la Pasión, incorporándole al terrible drama que acabó en el Gólgota entre truenos, rayos y rasgaduras del velo del templo.

Cada vez que se acerque la semana santa seguro estoy que el hoy Santo Pedro ha de pasar un mal rato, sumido en profundas meditaciones en oculto rincón de su celestia porteria.

Si pudiera retorcer el pescuezo á los gallos cesaría por lo menos el eterno acusador que le recuerda su triplicada falta.

Hoy que todo pasó, ha de creer el santo de confianza del Padre Eterno, el que tiene en sus bolsillos las llaves del cielo, que han cometido con él un poquito de injusticia al meterle á todas horas por las narices su debilidad como, si nadie estuviese libre de tres malos momentos.

¡El, que desde entonces ha visto tantísimas ausencias de valor cívico en los hombres, de las que nadie hace caso, por que no cantan los gallos!



Judíos cristianos

¿Por qué se les rechaza y se les tiene aversion á los judíos? Pues principal y casi exclusivamente porque son usureros. ¡Bien hecho! Asi me gustan los pueblos y los hombres, enérgicos cuando se trata de fulminar anatemas contra lo malo.

Duro y parejo con esos pícaros que prestan dinero al dos por ciento al mes *lunario* y se aprovechan de las angustias del que pide plata para necesidades legítimas unas veces y para picardias y vicios otras.

No haya compasion con esos chupadores de la sangre del deudor, que no son cristianos y sin duda por esa razon especulan con la necesidad del que está ahorcado. ¡Palo seco y no dejarlos que se tengan tiesos! ¡Ser judíos y prestar tan caro y tratar de vender siempre sus mercaderias al mas alto precio posible! ¡Abajo Moisés y Aaron!

Los países que tienen en su seno judíos á millares conocen bien esa plaga de la usura, que es totalmente desconocida de nuestros países puramente cristianos y por añaduria católicos.

Aquí, por ejemplo, donde no se ven mas judios que los pocos que han venido por cuenta y órden del gran banquero israelita, se encuentra el dinero regalado.

Apenas se trasluce que una persona no tiene plata, se presentan los vecinos pudientes y escriben atentas cartas los que viven en barrios lejanos, rogando al necesitado tenga á bien hacer el favor de aceptar un préstamo, sin interés de ninguna especie, á pagar cuando quiera y como mejor le parezca; y si no puede pagar, que lo deje y no se impaciente, que ya Dios se lo pagará en el otro mundo cuando liquiden cuentas el dia del juicio.

Si por haber recibido muchos millares de pesos mas de los que necesitaba, devuelve algunos á sus generosos prestamistas, se le enojan y son capaces de darle un palo para obligarle á que reciba el dinero.

Me hace V. un desaire—le dicen acongojados—hágame el obsequio de tomar estos cuatro mil pesos y no me hable

V. de devolvérmelos. V. los emplea en lo que guste y no se preocupe para nada de una deuda que no lo es.

—Pero si nó necesito ya, mi querido Sr. Geromo. He recibido préstamos por valor de cuarenta mil pesos y mi necesidad era solo de siete pesos ochenta centavos. Ya V. vé.... Además, los que me han prestado esos cuarenta mil pesos me pasan una renta mientras yo los retenga en mi poder y tampoco me piden que se los reintegre.

—Pero yo le daré á V. igual renta y una taza de chocolate todas las mañanas con mogicones y un vaso de leche fria. Pero tome V. ¡por Dios vivo! los cuatro mil pesos que yo quiero prestarle.

—En fin, por no desairarle, acepto.

—Muchas gracias, muchísimas gracias.

Y el cristiano prestamista á estilo evangélico besa agradecido las manos de su deudor y se va tan tranquilo á su casa, rogando al Eterno le haga saber donde hay necesitados para correr, antes que llegue otro, á darles el pequeño auxilio á que tienen derecho.

Y así son todos los que tienen dinero en tierra cristiana, y no como esos desventurados judíos que, según dicen, han inventado los pactos de retroventa, los préstamos prendarios, las hipotecas derechas y torcidas y tanta bendita traba y cepo donde aprisionar á su deudor y tenerle estrujado hasta que le dejan sin un centavo ni por donde le venga.

¡De buena nos hemos librado los que tomamos la cruz acuestas y seguimos al Cristo en sus largas y penosas peregrinaciones por el mundo!

Si nos llegamos á quedar con el rey David y su arpa, con Abraham y su cuchilla ó con Josué y su para sol, la hacemos buena.

Hubiéramos tenido encima esa plaga de la usura que carcome á las mas robustas naturalezas económicas.

Entre cristianos, cuando en la Bolsa se necesita dinero para cubrir vencimientos, no se anda con estos préstamos usurarios indignos, se apela al pase, que es una operacion sencilla y desinteresada y todo vá como sobre rieles.

Un propietario de finca urbana necesita una suma para gastos imprevistos, ¿que hace?

Muy sencillo: ¿Qué vale la finca? Cien mil pesos. ¿Cuánto le hace falta? Diez mil. Pues el negocio se arregla en menos tiempo que el necesitado para persignarse

un cura loco. Vende la casa en quince mil nacionales, de los que le dá diez mil en seguida el que parece comprador y es solo su protector generoso. La finca pasa á poder del angel salvador. Si á los tres meses quiere el necesitado devolver los quince mil pesos, el otro, con una caballerosidad cristiana, le vuelve á escriturar la finca á su nombre y quedan en paz. Sí, por el contrario, no quiere ó puede devolverle los quince mil pesos (aunque solo recibió diez mil), se queda el otro con la casa, haciendo gustoso el sacrificio de no molestar mas á su deudor.

Cada vez admiro mas la grandeza de nuestras católicas costumbres y me siento mas angustiado por la posibilidad de que, con la venida de los judios, perdamos éstas y adoptemos otras peores.

¿Adónde vamos á parar si se empeora este sistema actual de favorecernos los unos á los otros y de prestar dinero en los casos de apuro?

A estar á lo que la fama pregona de la *angurria* y ambicion de los judios, es seguro que si en este suelo echan raices, una de dos: ó no los comemos crudos y les quitamos en dos ó tres negocios los centavos que tengan, ó aprenden ellos nuestro modo de ser y se asocian para operar con dos ó tres de nuestros hombres de negocios de esos *vivos*, y entonces si que nos comen un costado y nos deshacen el otro.

Entre un criollo diablo y un judio avaro, me quedo mucho mejor... sin los dos.

Entre bobos anda el juego

En la esquina de la Plaza Constitucion, al abrigo del sol y alejados de oidos indiscretos, dos hombres conversan de asunto que deben tener muy discutido y sobre el que detalles de forma han de quedarles por arreglar.

¿Qué revela el aspecto de esos dos hombres?

Un literato pronto saldría del atolladero al contestar esa pregunta. Si pensaba pintar en ellos á dos *cachafaces*, con decir que tenían siniestra catadura y que en su mirada torva se advertía un no sé qué, un fulgor extraño que recordaba al tigre, á la hiena ó á la culebra de cascabel ya estaba del otro lado. Y si por el contrario pretendía que fueran dos *tilingos*, diría que se revelaba en su exterior la bondad del alma y la inocencia del cuerpo dentro de los límites en que debe encerrarse ese don de los ángeles patudos.

¡Es tan fácil clasificar así á los hombres!

Pero es á la vez tan poco segura la clasificación!

Aquellos dos, como otros millones de ejemplares que andan por el mundo, lo mismo podían ser buenos, que medianos ó malos.

Un antropólogo criminalista que se pase de listo en sus estudios, se encontraría en el ángulo, el lóbulo, la línea, el perímetro y la distancia de los huesos y esquinas de aquellas cabezas, señales inequívocas de predisposiciones innatas para algo bueno ó malo; y más se afirmaría en que Lombroso era un profeta, si sabía de antemano que aquellos dos *pejerreyes* eran de los que buscan y encuentran plata con la engañifa de una herencia de su tío, que no saben donde poner ni que hacer de ella, tal es su timidez y *falta de mundo* para esas cosas y las otras.

Porque, efectivamente, aquellos dos hombres que no conocían la antropología, eran, sin embargo, especialistas en adivinar por la pinta, cuando un hombre es tonto pícaro ó estafador-honrado.

De repente, las miradas de ambos, que vagaban por la plaza buscando la víctima, se animaron como las de los gatos cuando ven asomar el hociquito temblón de un ratoncillo inexperto.

Se apartaron como si nunca se hubieran dado los buenos días y empezó la araña-hombre á tejer la tela para cazar al moscardón incauto.

¡Qué cara de sublime majadero, de hombre de bien á carta cabal, de calzonazos primo y sandio puso el tunante al acercarse á un buen señor que bajaba en aquel momento del tren del Sud!

Que el fisonomista más aprovechado le hubiera reconocido y apuesto una oreja de mi vecino á que le atribuye un

parentesco carnal con el bobo de Coria, el tonto de la uva ó el insigne mastuerzo.

Y el otro, el buen señor que bajaba del tren, ¡que cara tenia de *angurriento*!

Con una diplomacia que envidiaria el gran Canciller se le acercó entre receloso y confiado y le pidió mil perdones por lo que le iba á molestar. Bien sabia él que detener á un desconocido para hacerle perder el tiempo con asuntos que no le interesaban era mal hecho: pero tenia el señor una cara de bueno que decidia á confiarse á él.

La adulacion ablanda los corazones de granito y el buen señor se dignó mirar á aquel pobre hombre y prestarle atencion.

—Ya has caido—pensaba el bellaco, mientras largaba el rollo de su peregrina historieta, aquella de un tio que acababa de morir dejando un legado de catorce mil ps. mⁿ para los pobres de Buenos Aires. El era un sobrino que se habia criado en el campo. sin mas amigos que las ovejas y las vacas, ni mas saber que el que recogió al oír leer cerca del fogon la ida y la vuelta de Martin Fierro. En Buenos Aires se encontraba desde hacia unas horas, lleno de susto, temiendo que le robaran los catorce mil pesos que llevaba encima bien envueltitos y con los que no sabia donde ir ni á quien dirigirse.

Mientras echaba su discurso el buscavidas, discurria en sus adentros el buen señor de este modo:

—Este es un *campuxano* infeliz que no sabe donde tiene su mano derecha. Miren el bárbaro. Ir á dar á los pobres catorce mil pesos, porque lo dijo su tio, que seria otro zampatortas como él... Si pudiera *caloteárselos*.

—Si Vd. fuese tan bondadoso que se quisiera encargar de esto que para mi es un clavo—decia medio suplicando el pillastre y clavando en él su mirada hipócrita.

—Mire amigo, sin jactancia, le digo que á pocas personas se podia Vd. dirigir mejor que á mi para una cosa como esa. Yo soy bien conocido en todas partes por D. Ruperto Honradez y los brillantes como huevos de avestruz están tan seguros en mi mano como en la caja de fierro del Banco. Pero no tengo el tiempo de sobra para andar en esas diligencias... En fin, por ayudarle á Vd....

—Hágalo por lo que mas quiera en el mundo. Ya vé Vd. que si no se encarga de cumplir el legado de mi Tio, algun pícaro me rolará estos pesos y despues el ánima en

pena se me aparecerá por la noche y me llamará bárbaro ó cualquier otra cosa peor.

—Eso, sí, es verdad, decia en voz alta el buen señor.

Y en los recobecos de su magin daban volteretas á estas alegres cuentas:—En cuanto le eche la mano encima á los catorce mil pesitos, le dejo plantado á este necio en la primera esquina y la del humo. Precisamente me alcanza para comprar el campito del gringo, sembrarlo de trigo y el año que viene, capitalista. Pero es preciso mucho disimulo, no sea que se escame. Estos tontos suelen ser desconfiados.

Y levantando la voz á la que daba una inflexion de conformidad cristiana, le dijo al fin:

—Bueno, amigo, haré el sacrificio de aceptar el encargo. Pero le aseguro que solo por hacer una obra de caridad y por evitarle á Vd. un digusto....

El sobrino de su tio mira á uno y otro lado como si temiera que viesen el rollo que iba sacando lentamente por entre la abertura de la pechera de su camisa. Ya iba á dárselo al buen señor, que abria unos ojos codiciosos, brillantes como de chacal que huele la presa, cuando el sobrino le mira fijamente y con movimiento nervioso mete el rollo en el pecho y aprieta con ambas manos.

El buen señor piensa para si.

—Me lo temia: me he descuidado en disimular y se ha espantado este *cantimpla*. Tengo que inspirarle confianza á todo trance.

La batalla se emprende con ardor por ambas partes. Es un duelo á bolsillo. ¿Quién engaña á quien? ¿Cual de los dos es mas pícaro?

Averígüelo Vargas.

El buen señor se quiere quedar con los catorce mil ps del finado tio y dejar á los pobres que busquen madre que los envuelva. Y el fingido sobrino le quiere quitar al Don Ruperto Honradez los centavos que trajo de su pueblo para hacer compras en la capital.

Aquel que se apartó al empezar la comedia se hace el encontradizo al terminar el drama y entre los tres se empeña la lucha de vivezas é hipocresias.

El despacho de bebidas de un almacén próximo suele ser el campo de batalla. Allí entre copas de cognac y espirales de humo de cigarro, Don Ruperto pone todo el dinero que lleva encima, seiscientos cincuenta pesos m[in]

de curso legal depreciado, junto con los catorce mil que se dicen pesos del legado del tío.

Dos minutos después los dos truhanes se separan del buen señor, dejándole el paquete que contiene el dinero de uno y otro y se van ofreciendo volver poco después.

Don Ruperto se hace otra vez un sermón íntimo:

—En cuanto deis vuelta á la esquina, me largo mas que corriendo y podeis buscarme en el valle de *Josefa ó Josafat*. ¡Ya son míos los catorce mil pesos! Buen trabajo me ha costado arrancárselos. Tan escamón el hombre ¡Ya no se me escapan!

Y oprime agitado el rollo que resiste valerosamente sin ceder una línea. Debían estar los billetes muy apretados.

¿Serán billetes de á doscientos? ¿Habrá mucho menudo? ¿Quien sabe si le han metido á ese zonzó algún billete falso!

Y para ver lo que tiene el paquete sale del despacho de bebidas con cautela y emprende á paso largo el camino hácia la mas inmediata confitería, en donde sin poderse aguantar por mas tiempo, desenvuelve el lio y latiendo violentamente el corazón, temblando manos y pantorrillas, quita hojas de periódicos unas tras otras y siempre halla una nueva que le impide ver billete alguno ni suyo ni del tío.

Empieza á sudar de susto y ya su mano no acierta á romper las hojas de papel que forman el interminable rollo...

Todo llega...

El paquete se compone de diarios viejos y sículos y los seiscientos cincuenta pesos para compras han desaparecido.

Ganó la partida el tonto-pícaro.

La perdió el pícaro cándido. Total dos pícaros.

Al día siguiente dirán los diarios:

«El señor don Ruperto Honradez ha sido estafado por el conocido medio de la herencia del tío».

Debería agregarse: el objeto de don Ruperto era estafar á uno que le pareció tonto; pero le salió la vaca toro.

Autoritarismo y anarquismo

El hombre en sociedad es un eterno menor ó incapacitado que necesita la intervencion de un tutor ágrío y entrometido.

Todos los actos de su vida, sus necesidades materiales, sus caprichos ó deseos, sus instintos ó aspiraciones son reglamentados con una minuciosidad tal, que nada deja por adivinar á su natural inteligencia.

Los códigos penal, civil, comercial y rural le forman un camino estrecho por el que ha de ir sin torcerse, so pena de tropezar en la Penitenciaría, en el Hospital, en el Hospicio, en la horca ó sus equivalentes.

En ellos le reglamentan el uso de la bilis, de los nervios y de la circulacion de la sangre.

En cuanto se aparta de lo reglamentado y deja á la bilis que lleve á la práctica sus impulsos verdinegros, ya viene el vigilante y lo lleva á la *capacha*.

Si en las relaciones sociales se desliza y deja á los nervios que intervengan sin traba en los negocios de la vida, allí está el alguacil del juzgado, el oficial de justicia ó el escribano apretando las clavijas al desalmado.

Y hasta en la vida campestre, que parece debiera ser la mas libre de reglas, allí está implacable el código rural que le obliga á meter en el morral de viaje un ejemplar é irle leyendo hasta saberle de memoria para evitar contravenciones que pueden proporcionarle una perdigonada, ó una manga de palos.

¿Quiere el hombre social cazar?

Un tomito de disposiciones legales se le pondrá al costado y le dirá que no cace si es época de veda; que no tire sino á tal distancia de poblado y mirando á tal ó cual viento, y teniendo mucho ojo de por donde se mete, si está sembrado, si hay cerco, etc.

¿Quiere pescar?

Nuevas disposiciones para que no pesque en el periodo de lactancia de los pescados; y para que emplee anzuelo ó red de esta ó la otra hechura y no copo, veneno ó palizada.

¿Quiere amar al vapor. y sin dejar ni el recuerdo?

Pues allá vá la previsorora reglamentacion que le señalará la casa *non sancta* en donde, bajo la relativa garantia oficial de la salubridad reconocida, podrá encontrar una media naranja ocasional que gustar y tocar.

¿Quiere ir mas á fondo buscando compañera para formar un hogar que alegrenseis rubios y cuatro pelinegros muchachines?

Tendrá necesidad de obtener tales y cuales papeles y permisos y certificados, y echar firmas y hacer declaraciones, ceremonias, pasos y paseos, hasta que al fin de tanto batallar le digan como el cura de un pueblo lejano: ahí te entrego esa mujer, trátala como mula de alquiler.

Y en cuanto los pequeñuelos vayan asomándose á la vida, corre que te correrás á registrarlos civilmente, á bautizarlos cristianamente, circuncidarlos judáicamente ó bañarlos *anabaptistamente*.

No mueve un pié que no esté expuesto á tropezar en un artículo reglamentario.

¿La comida?

Antes que llegue al plato. sitio precursor del estómago, han sido sus componentes objeto de sérias reglamentaciones.

Los vegetales no se han de vender ni verdes, ni muy *machuchos*; los animales ni flacos ni cansados, ni próximos á la putrefaccion; los peces han de tener el ojo claro, los mariscos olor oscuro y no de queso.

Siempre llevándole al hombre de la mano y á veces arrastrando por entre los intrincados laberintos del derecho público y de la ordenanza ó reglamentacion autoritaria.

Y dónde no alcanza la ley, se apresura el mismo esclavo á forjarse la cadena.

No le basta que le impongan la obligacion de ir vestido, aunque en verano prefiriese imitar al padre Adán; sino que ha creado la Moda, señora remilgada, exigente, tiránica que le ordena cómo ha de llevar el cuello de la camisa, las botas, el sombrero y la casaca.

En sus caprichosas innovaciones no consulta al hombre ni sobre la belleza de la forma, ni sobre la comodidad, higiene, economía, duracion y oportunidad.

En vano es que proteste allá en sus entretelas de que la gola del siglo pasado era molesta y el corbatin enorme de principios de este muy opresor, y el cuello alto de plan-

chado hilo muy enojoso; que grite contra el tricordio y el galeron de nuestros antepasados, el hongo, el gacho, el marinero y la galera felpuda ó mate. No le ha de hacer caso la moda y le repetirá la órden de sometimiento, so pena de calificarle de ridículo y mastuerzo.

Asiste el hombre al templo de Dios y á pesar de que allí debería bastarle el freno moral, por sí ó por nó, le tienen que poner agentes de órden público para que le obliguen á entrar por una puerta y salir por la otra, y quitarse el sombrero ó las babuchas y hablar bajo y sentarse acá y no subir allí y no empujar, ni tocar á las prójimas, ni promover barullos.

Vá al teatro y allí todos obligado: compre el boleto aquí, délo en esta puerta, siga por ese pasillo, suba esa escalera entre acá y siéntese en esos cuarenta centímetros que se le destinan, ni mas arriba, ni mas abajo, sino bien en medio de su localidad. Sube el telon: quítese el sombrero. Se acaba la funcion: tome sus bártulos y váyase á otra parte.

Se le investiga lo que bebe, por si tiene alcohol industrial ó microbios; lo que come y hasta lo que respira, pues ha sido necesario que legislen sobre el aire que debe contener la habitacion que ocupa y los huecos de ventilacion que necesita.

Ahora bien: ¿ tanta tutela es indispensable ó hay un lujo de prevision innecesaria ?

A juzgar por los resultados, estamos aún en mantillas respecto de guias eficaces y saludables para evitar resbalones al hombre civilizado.

Porque en fin de cuentas, á pesar de tanta reglamentacion, los pillastres van en aumento. Cada vez hay mas bandidos, mas estafadores, defraudadores del fisco y del no fisco, mas quebrados de mala ley, mas jugadores, fulleros, perdidos y mal hallados.

No pasa semana sin que se oiga pedir nuevas prohibiciones, censuras, represiones y castigos para casos nuevos de delincuencia, no previstos por los mas previsores, ó hábilmente eludidos por los pícaros mas avisados.

Es una verdadera batalla la que libra el hombre contra la sociedad, su tutora; esforzándose aquel por burlarla y ésta por aprisionarle y dirigirle por el buen camino.

Ni se evita el crecimiento de los pillos, ni tampoco la

continuacion de los tontos, á pesar de tanta pragmática, ley, decreto, prevencion y advertencia.

Por todos lados se ven prescripciones ordenancistas: Está prohibido fumar—Sirvase cerrar la puerta—Horas de despacho de tal á cual—No se admiten billetes, etc., etc., y tambien se vé al lado mismo de cada letrado quien fuma, deja la puerta de par en par, vá antes ó despues de la hora y se enoja porque no le despachan, y se obstina en que deben tomarle los billetes cuyo rechazo avisan.

Por manera que los que sueñan con una sociedad angelical que no tenga leyes, ni jueces, ni policianos, ni gobiernos, ni mas tribunal que el de la conciencia que cada ciudadano tiene en su pecho y muchos en la espalda, están con su proyecto gallardamente frescos.

La conciencia del hombre me vá pareciendo que es un juez dormilon, venal, prevaricador y acomodaticio. Esos de los remordimientos, me persuado tambien que son cuentos de viejas ó ilusiones de un hambriento y sediendo de justicia.

Si existieran los gritos de la conciencia para todos los humanos, yo conozco muchos, pero muchos, que estarian sordos de tanta griteria. Y los mordiscos y *remordiscos* del enfáticamente llamado roedor de la conciencia, habrian agujereado mas pechos que granos de alpiste devora un canario.

Pero á ese roedor, sin duda le han cazado con queso en espesa trampa y no le dejan cumplir su meritoria mision.

No haya mas ley que el deber al que cada hombre levante en su pecho un altar, ni mas juez que la conciencia, ni mas castigo que el remordimiento.

Que mas quisieran los tunos. Habian sacado la barriga de mal año.

Por supuesto que en su loco desvario no cuentan con la huésped. Si un día triunfase la anarquía y por ensayo se implantase el sistema de singobierno, la primera ley práctica que surgia era la del garrote; despues vendria la justicia catalana con la base del baston nudoso; en seguida la ley del mas fuerte; luego la del embudo, la ley Linch, las batallas entre vecinos, entre tribus, barrios, pueblos y grandes agrupaciones que se comerian los unos á los otros por nimiedades, por envidias, por egoismos y miserias, sin que ni las conciencias, ni los remordimientos les qui-

taran el sueño en lo mas mínimo, ni les dieran la mas pequeña nocion del deber eterno é inmutable.

Amar al prójimo es una máxima vieja como el mundo; romperle la crisma, no es una máxima, pero tiene mas fuerza de ley que la otra.

Dicen que no habia mas que dos caballeros en el mundo, Cain y Abel, porque al papá no se le cuenta, y ya el uno le arrimó un pinchazo mortal al otro con la quijada del primer cadáver de burro de que dan cuenta las crónicas de la historia natural. Así que el anarquismo nos dejara en poder de nuestros morijerados instintos, los burros alcanzarían altos precios por ser la materia prima para la fabricacion de armas blancas.

Ahora está prohibido cargar armas, y el noventa por ciento de los ciudadanos lleva rewólver, cuchillo, facon, pistola, estoque ó trabuco.

Levantada la prohibicion por la ausencia completa de gobierno en una situacion francamente anárquica, todo inclina á creer que los hombres inutilizarían esos embelecicos mortíferos y se dedicarían como por encanto á amarse unos á otros, sin excepciones ni distingos; pero teniendo á mano la quijada del asno por si iban mal'dadas y habia que discutir en *tala*, que es idioma universal y gráfico-

Y discutirían acaloradamente. No les quepa duda.

Teresita

¿Cuántos años tenía?

Mas de veinte.

Bastantes mas de veinte, segun díceres de una amiga que la vió nacer, afirmacion esta última muy aventurada y que yo siempre he puesto en cuarentena cuando la he oido de persona que no ejercia el profesorado en partos.

Pero si se aplica al caso el dicho aquel de que nadie tiene mas edad que la que representa, entonces diré que Teresita, la heroina de mi cuento, era todavia jóven,

que es la manera mas suave de indicar las proximidades del Rubicon en el bello sexo.

Muy bonito talle, muy agraciado el rostro y en extremo elegante el conjunto.

Si á mi me diera el naípe para hacer inventarios de las gracias físicas de las damas, aquí tenia una ocasion mas que calva para lucirme describiendo con baboso entusiasmo la boca purpurina; los dientes nacarados, los ojos hechiceros y las demás particularidades de Teresita. Pero tranquilícese el lector: no tocaré ninguno de esos puntos delicados y me he limitar á decir que era, físicamente considerada una mujer muy linda y en extremo interesante.

Agréguese á esto que su educacion era esmerada, su talento natural brillante: su carácter dulce y afable; y su conversacion chispeante y correcta.

De buena familia, bien relacionada en sociedad, apreciada de sus amigas, solicitada en los salones, era Teresita un *chiche* con todo lo, al parecer, necesario para ser dichosa.

No tenia fortuna, dicen ustedes. Ya lo sé; pero no todas las señoritas son ricas y sin embargo, se casan á veces bien, y son amadas hasta con pasion de Otello, sin tener tantos atractivos como los que tenia Teresita.

¿Qué parecia un poquillo coqueta?

No crean. Le gustaba agradar á todos, en lo que no hay nada censurable. Era muy amable, muy espiritual en sus bromas á los mozos y pare Vd. de contar. Si á eso se le llama ser coqueta, como indicando que era acreedora á censura, no está bien aplicado el calificativo. Y en fin de cuentas, otras muchísimas que no valen lo que Teresita son mas coquetas aún y eso no impide, antes bien parece favorecerlas y ayudarlas á encontrar un marido que las lleve al altar y luego á paseo.

Por manera que no tenia la muchacha *pero* que se le pusiera con justicia, y abundaba en méritos y encantos que era una maravilla.

Y sin embargo, Teresita que en el mes de enero de 1892 se acordaba perfectamente del vestido que llevaba á los comienzos del año 61, cuando ella empezaba á encontrar insulso jugar con una muñeca sin articulaciones, estaba soltera todavia y sin novio formal en perspectiva.

¿Habrá sido muy delicada para admitir pretendiente

creyendo que ninguno era digno de ella ó poniendo su mirada en alturas inaccesibles?

Algo pudo haber de eso hasta los veinticinco años; pero despues de esa fecha no tuvo ya remilgos y sin faltar á las conveniencias sociales, se hubiera casado con Cuasimodo, con Picio ó con Perrugato.

Pero no hubo de qué.

Los mozos y los hombres sérios en estado de soltería pasaban y repasaban por el lado de Teresita, abrumándola con sus afectuosos cumplidos, dándola pruebas de su mayor estimacion y fraternal aprecio, pero en materia de amor y de matrimonio parecia que ignorasen que Teresita se hallaba en estado de merecer.

Ni una declaracion tartamudeada por efecto de la emocion, ni á boca de jarro, ni á cuello de botella.

Mas de una vez la habian tomado por cariñosa y reservada confidenta de amores contrariados, buscando su sano y atinado consejo.

Era desesperante.

La pobre Teresa llevaba con paciencia el que un mozo de quien hubiera oido gustosa una frase apasionada la contase que amaba locamente á fulanita y sufría los tormentos horribles del desden.

Cuántas veces habria dicho á sus amiguitos impertinentes: ¿Y á mi que me cuenta usted?

Pero se contenia y haciendo un supremo esfuerzo consolaba al triste, sin encontrar reciprocidad en ninguno.

Porque lo buéno del caso es que todos los que la rodeaban tenian la conviccion íntima de que Teresa era completamente feliz, sin que la mas ligera nube empañase su dicha.

¿No era bonita, elegante, espiritual, querida por todos y mimada por sus padres?

¿No estaba siempre sonriente, afectuosa y tranquila?

Pues si todo iba tan bien, ¿á quién se le podia ocurrir mejorarlo?

El matrimonio es la esclavitud de la mujer; es el eclipse de su belleza.

Si Teresita se hubiese casado dejaria de ser el adorno de los salones y el hogar la hubiera sustraído á la vida de sociedad que tambien la cuadraba.

La prosa del matrimonio destruye las idealidades de la juventud y convierte en afanosa mujer de su casa á la que.

fué aérea mariposa del jardín de los amores inocentes.

Teorias engañosas todas esas, pensaba Teresita mirándose al espejo, escudriñando en la purísima luna de Venecia la reproduccion de algunas arrugas insolentes que empezaban á posarse sobre su aterciopelado cutis.

Pasaba entonces revista á sus pretendientes y encontraba que decididos á casarse sobre la marcha no habia tenido mas que dos.

El primero se presentó cuando ella contaba diez y siete años. ¡Que tiempos aquellos!

Era el postulante un estanciero ricacho, un poco vejancón y elocuente hasta por allá no mas.

Teresita cuando le oia hablar decia que era necesario sacarle las palabras con tirabuzon.

Le rechazó con la mayor finura diciendo que era muy niña todavia y no pensaba en esas cosas.

Y era una mentirilla, porque lo cierto es que pensaba en las dulzuras del matrimonio, pero lo que no la gustaba era el medio limon que se le ofrecia.

El otro pretendiente asomó la nariz años despues cuando ya Teresita contaba veinticuatro abriles.

Era un mocito, abogado recién salido del cascaron universitario, vivaracho, pretencioso y de buena rama. Tenia dos años menos que Teresita, aunque ella no lo representaba y por las apariencias hubiera podido pasar por mas jóven que él. Pero no se atrevió á entregarle su blanca mano y se la guardó en el bolsillo del niveo baton que perfilaba sus formas escultóricas.

Despues..... no apareció ningun otro que quisiera llevarla al altar.

Ahora ya no espera Teresita nada.

Sónrie menos que antes, por haberse apercebido de que las sonrisas aumentan las arrugas en la comisura de los labios y comienza á tener mal genio y á ser lo que se dice algo gruñona.

Merecia mejor suerte. Pero quien sabe si va mejor sola que mal acompañada.



Recuerdos agridulces

Figuraos que á un sediento le enseñáis un vaso de cristalina y refrigerante agua; que á un hambriento le ponéis un chorizo de Extremadura debajo de la nariz, pero fuera del radio de accion de caninos y molares, y tendréis una idea aproximada de lo que es hablar con deleitosa fruicion de un paseito de recreo por España á un español que lleve mucho tiempo de residencia en un país extranjero, por bien que en él le vaya y por pocas que sean las ganas de volver á visitar la madre patria.

Como entre los lectores ha de haber más de uno que no haya visto hace tiempo la tierra de los garbanzos, voy á tener la maldad de darles dentera, de meter el dedo en la llaga y revolver cruelmente para ahondar la herida é impedir que se cierre y cicatrice en falso.

Si vierais, les diré como quien narra un cuento de hadas, qué sensacion agradable se experimenta cuando instalado á bordo del trasatlántico se aguarda con afan, mezclado de cierta tristeza por lo que se deja, que ya es querido, el momento de partir!

Qué cosquilleos nerviosos, qué afluencias de sangre al corazon y al cerebro cuando se piensa que al término del viaje se encuentra la ciudad donde se recibió la vida intelectual; el pueblo, aldea ó caserío donde se nació; la calle, plaza, montaña ó valle donde se jugaba de niño, se apedreaba de mayorcito, se jugaba á los novios cuando el bozo sombreaba el lábio; y donde se sufrió y se gozó, que una y otra sensacion forman la vida y la matizan.

Ya el buque en marcha, esos momentos de melancolia y poética vision del porvenir fundido en el pasado, alternan con las mortificaciones del mareo, que no son para descritas y que por ser ingratas prefiero pasar de largo y trasportar la escena al puerto de desembarque.

Figúrense, por ejemplo, que ya en las Islas Canarias se empiezan á ver tipos que parecen ser antiguos conocidos, por una ilusion óptica que hace creer que va uno á encontrar las personas tal cual las dejó á su salida, sin que los años transcurridos hayan marcado en ellos la mas mínima huella.

Esta dedada de miel que se recibe en las Canarias sirve

para aguzar aun más la ansiedad por pisar el suelo ibérico. Ya el buque en Cádiz y así como en el viaje os he hecho gracia del mareo y sus consecuencias, aquí os haré merced de la aduana y sus esquisitas chinchorrerías.

Ya estamos en tierra é instalados en cómodo hotel.

Todo lo halláis en el primer momento sabrosísimo y superior. Ya llegará el tiempo no lejano en que lo halléis mediano y despues detestable, no porque ello sea peor que al principio, sino porque es condicion humana el suspirar por lo que no se tiene y renegar de lo que se posee (salvo el dinero que siempre conserva su sabor agradable).

Las pescadillas fritas, los frutos fragantes, los dulces, el hablar jacarandoso de transeuntes y vendedores, las calles estrechas que os obligan á pegaros á la pared para que pase el pacífico burro; la conversacion obligada sobre Sagasta ó Cánovas, Lagartijo y el Espartero, el rey niño ó el niño de la bola, todo lo encontrarís natural y delicioso.

Si en Andalucía no se os ha perdido nada, os vais á Cataluña y la decoracion cambia sin dejar de ser interesante.

Entráis en Barcelona por la Rambla, no sin antes saludar la estatua de Colon en soberbio monumento colocada. Y allí encontrarís un pueblo bullidor y activísimo, que habla en *au* y en *eu*, que se siente orgulloso de su bella *Barcelona*; que os ofrece todo lo necesario para la vida material y mucho de la intelectual y os recibe con los brazos abiertos, sobre todo si sois catalan.

Os lo aviso, por si acaso. No siendo de la tierra, parece que os falta algo, por lo menos hasta que os adiestréis en el idioma *catalá*.

Pero eso no le quita belleza á sus calles hermosas del ensanche, á sus buenos edificios, su encantadora Rambla, sus hermosos cafés y bien tenidos teatros.

Barcelona es *bona* si la bolsa *sona*, y es verdad; pero tambien lo es que hay muchas ciudades *bonas* con esa condicion.

Por ejemplo, en Madrid, no se vive mal teniendo, como decimos por allá, barro á mano.

El que tiene el feo vicio de preferir la vida bulliciosa de los grandes centros se queda en una de esas capitales importantes, en donde bien pronto contrae el hábito de hablar mal del gobierno, de encontrar muy malo todo lo que cuando soñaba en el viaje veia delicioso. Lo cual no impide

que goce y se divierta, que hasta en gruñir y rabiarse se encuentra goce.

Si sus aficiones le llevan á la vida de campo, retirada y tranquila, *sigue la estrecha senda por do han ido* los que tenían esos gustos y se instala en un cortijo, si es andaluz; en un caserío, si es vasco; en una masía, si es valenciano; ó casa de campo de los variados tipos que ofrece el hispano suelo, y allí tambien refunfuña contra el alcalde, contra la contribucion y las intriguillas políticas.

Y quién sabe si al fin se le despierta, al cabo del tiempo, el deseo de volver al Buenos Aires que dejó, al Chascomús que lo vió sudar la gota gorda ó al Trenque-Lauquen que le proporcionó algunos pesos papel cuando valian algo!

Falsos y buenos

Ahí es nada decir cuáles son unos y cuales son los otros.

Si son billetes de banco es aventurado sostener que los buenos llegan ni siquiera á medianos. Y si no, vanos á cuentas.

Si el billete es una promesa de pago á la vista, en moneda nacional, de la cifra que en él se designa, y esa promesa no se cumple, valiendo por el contrario una tercera ó cuarta parte de lo escrito, en su relacion con la moneda efectiva ó metálica, resulta que si ese billete no es falso le anda raspando, á juzgar por lo poco que vale y lo mucho que olvida sus compromisos.

Luego los billetes falsificados, de que hay tan nociva abundancia en Buenos Aires, lo son si se comparan con las libras esterlinas, las onzas ó los cóndores; pero solo están á mitad de camino de los que siendo buenos valen poco mas que los fraudulentos.

Lo mas ventajoso seria acabar con todos, malos y buenos, en apariencia y quedarnos solamente con los mejores, que serian los convertibles á oro, á su presentacion en la

oficina emisora; pero mientras llega ese feliz momento, y vá para largo, se debe emprender una caceria enérgica contra los falsos de veras y esperar que el fuego oficial consuma dentro de luengos años, los legítimos desvalorizados y á veces emitidos fuera de la legalidad.

Parece que estuviéramos escasos de papel moneda segun el interesado contingente de papeles de cien pesos abajo con que nos han favorecido esos *artistas aprovechados*, dignos de aspirar á tener por cuenta del estado, casa, comida y ropa limpia en el espacioso edificio que ocupa la penitenciaria.

La verdad es que en los tiempos que corremos vendrá Dios á ver al pobre infeliz á quien endosen un billetito de cien pesos, de los que no pasan, ó de cincuenta ó diez segun casos ó personas.

Un esfuerzo de todos, excepcion hecha de los falsificadores y distribuidores, y la destruccion de esos billetes carnavalescos y mal disfrazados será un hecho en breves dias.

¡Si fuera tan fácil retirar de la circulacion á los hombres buenos falsificados!

Un poco mas bien iria el mundo si se pudiera desmonetizar y poner un sello que dijera *falso*, al prójimo que pasa por honrado y que bien examinado resulta que es mas chico que los verdaderos honrados, que tiene las tintas desvahidas y la moral borrosa y la conciencia sin perfiles ni gruesos.

Si los hombres tuvieran cápsula y corcho como las botellas de específicos medicinales, se podria uno defender contra las falsificaciones.

Antes de abrir negociaciones con un sujeto habria aquello de: permítame Vd. que le destape la conciencia y vea el sello en seco y la rúbrica. Hecho el reconocimiento ya se podria cerrar el trato, por valioso que fuese, con solo darse un apretón de manos por ambas partes contratantes y sin necesidad de escribano que dé fé de lo dicho: ni testigos que den esperanza de que se cumpla lo convenido ni jueces que hagan la caridad de meter en la cárcel al que falta á lo pactado y á veces al otro que no faltó, pero que fué cándido y le envolvieron en las espesas mallas curialescas.

Pero, desgraciadamente el hombre se pone á cubierto de esas pesquisas con solo guardar las formas legales; y

con el sello en tinta parda de la honorabilidad, hace impunemente cada picardia que deja temblando á la moral mas benévola.

Pero ha guardado las formas, se ha escudado con un artículo del código, ha embrollado y aturdido á su víctima y resulta al fin, que el fallo le es favorable y es admitido como el hombre mas probo de la tierra y su satélite. Es el billete de Banco garantido y legal, pero inconvertible, desvalorizado, resguardado y defendido por la ley, en su tarea de clavar al pueblo que lo tomó en sério al ser emitido y le obligan á tomarlo á risa cuando el mismo que lo emitió por cien no quiere recibirlo por mas de treinta.

Ese caballero es el billete que llamamos bueno.

El pícaro, torpe ó desvergonzado que comete pillerías mas chicas, pero mas descaradas, sin saber burlar la ley ni sacar el áscua por mano ajena, ese es el billete falso, el que rechazamos todos despues de cerciorarnos de que tiene la impresion mas turbia y las leyendas mas acusadoras.

Y ha sido así el mundo desde remota data hasta nuestros dias, y seguirá siendo hasta que se cambie siquiera por kaolin el barro de que hizo el creador á la humana criatura.

Es una complicidad en la que caemos todos, los medianos, los buenos y los mejores.

¿Quién puede sostener que no ha sido una y cien veces débil ante el hecho frecuente de saber que una persona ha cometido maldades enormes y sin embargo se ha inclinado ante ella respetuosamente porque no se le probaron aquellas ó se echó tierra al asunto y quedó en alta posicion, rica y temida?

¿Quién no se ha encontrado alguna vez en cualquier círculo donde se murmure del prójimo, y cuenta tambien con que son los mas, y ha oído por largos ratos hacer juicios y apreciaciones durísimas de un personaje, aduciendo razones y amontonando datos en comprobacion de su conducta, y al presentarse el aludido en medio de los murmuradores, se han levantado fingiendo sincero afecto y estrechando su mano como si de lo dicho no hubiera nada?

Y es que se trata de los billetes que llamamos buenos aunque son inconvertibles y como á buenos se los recibe

á pesar de todas las murmuraciones justísimas á que su inconvertibilidad dá fundado motivo.

Pero si esto pasa con los hombres y el remedio es muy difícil de aplicar, sinó imposible, que acontezca tambien con los billetes de banco; y si nos inclinamos todavia ante los que salieron de las prensas con intervencion gubernativa, declaremos guerra sin cuartel á los otros falsos, destruyéndolos con generoso desprendimiento antes que intentar que corra la bola y se perpetúe la intranquilidad y el engaño.

Yo comprendo que al que le toca la loteria de haber recibido uno de esos, entre sus cortas utilidades, le ha de saber á cuerno quemado hacerle pedazos y quedarse á media racion de la que fué su plata. Pero á grandes males grandes remedios.

En otros paises cuando se descubre una falsificacion de billetes la policia activa sus pesquisas para tomar el foco si es posible y cortar rápidamente las fuentes de expencion y de las cantidades que han entrado en circulacion de buena fé se encarga el mismo banco que las recoje y cambia desinteresadamente por otros legítimos.

Pero no necesito decir nada sobre la dificultad que eso representaria para el Banco Nacional ó el de Santa Fé ó cualquiera otro que, á la verdad, no están para echárselas de grandes y generosos.

Tócale al público hacer el escrutinio de los billetes circulantes y hacer auto de fé una vez por todas con esos valores de *engaña pichanga*.



Color de rosa

(MONÓLOGO DE CELIA)

¡Qué ganas tengo de cumplir diez y seis años! Dicen que es la edad mas feliz de la mujer. Ahora bien aburrida estoy, con tanto profesor, tanto librote y tanta prohibicion. No mires así que está feo; no te acerques tanto á los mozos; no hables alto; no te rias; no bailes; no corras..... Unas cosas no debo hacerlas porque soy muy niña: otras porque ya soy una señorita y debo tener juicio; ¡Vaya que esto es un mareo insoportable!

Pepito me dijo ayer que ya sabia yo bien que era bonita. Yo no encontré que contestarle, porque la verdad es que tiene razon. Ya sé que no soy ningun espanta pájaros, pero eso ¿qué le importa á Pepito? He debido preguntarle qué saca él con que yo sea bonita y porque se pone tan pesado repitiéndomelo y mirándome con unos ojazos de zonzo que parece quererme comer.

Tambien yo parezco tilinga cuando me hablan los muchachos que van á casa de tia Ramona. Ese Juanito que es tan diablo me dice una porcion de cosas que no entiendo bien, y yo soy tan pava que no acierto á decir mas que sí, nó, ¿cómo? ¡oh, bah! y de ahí no salgo ni á lazo.

Si yo pudiera charlar como Adelina..... Qué muchacha viva y simpática. La quiero, y sin embargo, me hace dar rabia. Todos se van detrás de ella y ya ni se vuelven á acordar de mí. Solamente Pepito se viene á mi lado cuando me vé sola á darme conversacion. Sí, porque él se lo habla todo. Y sin embargo con Pepito me atrevo á charlar algo.... poca cosa, pero tampoco él es muy hablador. Que soy bonita, que no dejaria de mirarme nunca, que no le digo nada... Vean que papanatas; pues ¡qué le voy á decir? Que sí, que bueno.... y el ¡oh bah! que me sirve para salir de apuros.

Cuando cumpla diez y ocho años ya se me ocurrirán otras cosas y me atreveré á decirlas. Y falta poquito para ese dia tan suspirado. Dice mamá que para entonces me va á presentar en sociedad, porque ya soy una gandulona que represento mas años de los que tengo. ¿No

me llamarán vieja? Este espejo me contesta que nó. Si me viera pepito mirándome ya me daría bromas. Yo que le digo siempre que no sé si soy bonita ó fea, porque nunca me miro al espejo y es una mentirilla por cierto. Pero si yo digo que me paso largos ratos viéndome la cara y haciendo posturas, me llamarán presumida, tonta y tantas cosas como dicen de Paquita. Pero lo mejor es mentir un poco y hacer creer que el espejo es para mí un mueble inútil.

¡Ah! esos diez y ocho años, cuando vendrán!

¡Qué impaciencia!

Ya estoy vestida. Me parece que me sienta bien este traje, salvo el sentir que me ahogo á veces y no es por la opresion del corsé, sinó por pensar que voy por primera vez á vender cedulillas en un bazar de caridad. ¿Y qué voy á decir á los caballeros? Sigo tan pava como antes de los diez y ocho años, está visto. No sirvo para nada. Si no fuera porque mamá se enojaria me hacia la enferma y no iba al bazar. Para colmo de angustias me han puesto en el programa para cantar esa cavatina que me tiene harta de tanto ensayarla. Como no suelte una docena de gallipavos, con el susto, no será malo. Me va bien esta rosa. Ya tengo música para rato con la rosita. A todos se les antoja, y la miran y algunos parece que quisieran meter la nariz.... ¡Tan pesados! ¡Voy mamá! Ya estoy pronta.

(Se interrumpe el monólogo con la salida de la monologante que se vá con su mamá y varias amiguitas al bazar-rifa que para beneficio de los pobres de la parroquia han organizado las damas filantrópicas. La habitacion de *toilette* queda sumida en profundo silencio y desórden. Por todas partes se ven prendas de vestir, en caprichosas posturas, que parecen los heridos de una reciente batalla ó caricaturas trucas que esconden las cabezas y hacen contorsiones con brazos y piernas. Unos pantalones de finísima batista han quedado sobre una silla con los pernils colgando en actitud burlóna y descocada. La rica media de seda pende apenas sostenida en extraño equilibrio de una bata recostada sobre el canapé y esconde el pié tras elegantes y artísticos botines que reposan en el suelo, haciendo una ilusion completa. Parece que la dueña se recuesta muellemente, presa de invencible laxi-

tud. Después de un cuarto de hora de soledad la habitación se vé invadida por la *femme de chambre* que deshace el encanto colocando cada cosa en su lugar en cumplimiento de sus ineludibles deberes. Después vuelve la quietud y el silencio hasta las dos de la madrugada. A esta hora hace irrupción en la pieza la bella Celia, se encienden los picos de gas, queda sola otra vez la reciénvenida y se reanuda el monólogo.)

Estoy cansadísima. Mi espejo, mi fiel amigo, buena falta me has hecho esta noche. Me se metió en la cabeza que el cuerpo del vestido me se había arrugado yendo en el coche y que iba hecha un adefesío. Mamá decía que no; pero yo sé lo que es mamá. Por no asustarme es capaz de decir que está todo muy bien aunque dé horror el verlo. ¡Qué charladero el de esta noche! Yo hablé por catorce. ¿Dicen que hay que sacarme las palabras con tirabuzon? Pues ya habrán visto que me he destapado. ¿Habré dicho muchas tonterias? Me parece que han de haberse escapado mas de cuatro y de ocho. ¡Estaba tan aburrida, con tanta luz, tanto hombronazo y tanto movimiento en derredor! Y para colmo me ponen de compañera en el kiosko del té á Delia, que es mas pacífica que yo. Como que casi toda la venta la he tenido que hacer yo solita. Parece que les gustaba mas mi conversacion. Me enojó esa manera que tienen de mirar algunos hombres, especialmente los maduritos que son sin duda de peor intencion que los muchachos. Miran un poquito á la cara y á los ojos, se cansan enseguida y empiezan á mirotrear todo el vestido de arriba abajo como si fueran modistas. Yo estaba volada, porque precisamente se me hizo un descosido en el bullon de la pechera y un caballero, que era ministro de no sé qué, sólo se le volvia mirar el descosido con una fijeza que me parecia sentir que entraba la mirada hasta la carne como una cuchilla afilada.... Es bonito eso de los Bazares: me gusta mas que el teatro donde se está en el palco, toda espetada, sin mas que oír la ópera ó comedia y ver como miran los *moxos* sin saber á punto fijo adonde dirigen los gemelos. En el bazar no es así: se mira la gente bien de cerca y con calma: se conversa con todos, invitándoles á comprar en el kiosko algun chiche ó tomar algun té. El cantar es lo que acobarda. No quiero pensar como habrá salido la cavatina, pero si fuera á juzgar por los aplausos era yo

una Patti. Ahora tengo vivo deseo de ir á uno de esos grandes bailes de la de Ruibarbo ó del Club, porque yo creo que me ha de gustar mas que el Bazar. Y ya puedo ir, porque tengo mas de diez y ocho años. Pero ¿llevaré el descote muy grande? Lo sentiria. Me daría una vergüenza y mas con esos mirones! Ahora á ganar la camita. Estoy muertecita de sueño.

(Se dirige al dormitorio despues de apagar el gas. A la cabecera tiene una lamparita de noche á cuya débil luz, levanta las cobijas y se zambulle en la cama tapándose rápidamente.)

Entre sueños, sin estar ni dormida ni despierta, sigue el monólogo mudo.

Que tonto es Pepito.... Que diferencia de él á Rodolfo ó á Luis... como figura me gusta mas Enrique, pero parece tartamudo... para marido no me gusta ninguno de ellos... ¡eh! Adónde voy con esas pavadas. A dormir....

(Unos minutos despues dormia como una santita soñando que uno la habia tomado unas cedulillas y no se las habia pagado. ¡Lo apurada que estaba!)



Amarguras de un diputado nacional

I

El señor D. Lesmes *conspicuo* personaje de uno de los partidos militantes, electo diputado por unanimidad en el populoso distrito de Hueco de Cabecitas, abandona el casto lecho que tuvo la inapreciable honra de contener su elevada y escuálida personalidad y envuelto en una elegante aunque anticuada bata, se dirige con lento paso á su gabinete escritorio.

Su actitud meditabunda, el adusto ceño y la mirada asaz sombría, revelan bien claramente que algun pensamiento tétrico anida bajo la pelada tapa de su puntiaguda mollera, ó tal vez que se siente adormilado en demasia y con el mal humor que generalmente se apodera de los extremo aficionados al culto del dios Morfeo.

Una vez en el escritorio siéntase en cómodo sillón, se plantifica el gorro de casa y en tanto que aspira y saborea el rico mate que le presenta un moreno, cuyo rostro basta para dar gran impulso á las teorías Darwinistas respecto á proceder el hombre de su abuelo el mono, nuestro buen don Lesmes entabla el siguiente soliloquio:

—El sueño de esta noche debo considerarlo como un aviso del cielo. ¡Qué dichoso he sido! Parecía que era de verdad el triunfo según los bellos colores con que se me representaba en sueños. Había pedido la palabra y durante una hora estuve hablando con tal fuego, con tan sublime inspiración, que los demás congresales me escuchaban con la boca abierta y sin poder contener los aplausos. La barra ¡oh! la barra se mostraba frenética de entusiasmo. Cuando concluí, me abrazaron todos con efusión y un ministro me dió un beso en el carrillo. ¡Que satisfacción tan íntima experimentaba!

Detùvose un instante en sus reflexiones para decir al moreno que desatracase la bombilla. Llevaba dos minutos chupa que te chupa sin conseguir que subiera el líquido benéfico contenido en la calabaza.

Mientras se cumplía esa órden, reanudó su interrumpido monólogo:

—De hoy no pasa. Esta tarde hablaré en la cámara sobre cualquier cosa. La verdad es que llevo cuatro meses de diputado y ni una sola vez he dicho esta boca es mía. Es original mi timidez, pero no puedo vencerla por mas esfuerzos que hago. En cuanto cruza por mi mente la idea de pedir la palabra me da un vuelco el estómago; la sangre se me sube á las orejas y el corazon empieza á dar unos saltos que temo no vaya á escaparse por una ventana de sus casillas. El caso es que sino no tomo la palabra una vez siquiera van á creer que soy mudo ó lo que es aun peor que soy un zoquete. Nada, me decido y á Roma por todo. Hoy he de hablar, aunque me cueste una enfermedad. Tomaré al salir de casa una copita de Oporto y el sueño de esta noche pasada será una realidad. ¡Cuando vaya á visitar á mi adorada Rudecinda la referiré mi triunfo y la llevaré todos los periódicos que se ocupen de mi en términos favorables! Voy á estudiar el discurso.

D. Lesmes busca en su biblioteca la coleccion de peroraciones de un reputado orador europeo, y procura aprender de memoria los períodos mas adaptables á su propósito.

Renuncia al almuerzo por no distraerse de su ímprobable tarea y mientras se coloca un cuello de camisa de los mas brillantes y la corbata destinada á los actos solemnes, recita como un papagayo los párrafos de su discurso.

Consulta el cronómetro con frecuencia é impaciente por dar una muestra de su elocuente oratoria, sale de casa diez minutos antes de la hora marcada para congregarse en el templo sagrado de las leyes los honorables *papás* de la malaventurada patria.

Por supuesto que antes de salir ha cuidado bien de sorberse dos copitas del Oporto consabido, que le ponen en actitud de liarse á trompadas con un elefante, si fuese necesario.

Entra en el salon de sesiones, con mas calor que el verano y mas ganas de hablar, que un hambriento de comer en el mejor hotel de Buenos Aires.

Abrese la sesion y apenas se lee el acta de la anterior y es aprobada, D. Lesmes con balbuciente voz y encarnado cual moco de pavo pide al señor presidente venia para tomar la palabra y se la conceden.

Tose, escupe, estornuda y....

Pero, considero que es mas oportuno escuchar de su propia boca el triunfo que obtuvo, porque si yo lo relatara,

creerian los lectores que los compromisos de amistad me obligaban á prodigarle unos elogios parciales y exagerados.

II

Hace hora y media que terminó la sesion.

D. Lesmes se encuentra tendido á lo largo sobre el blando lecho.

El moreno está de pié á la cabecera y de tiempo en tiempo renueva los paños empapados en árnica que aplica con sumo cuidado sobre un chichón enorme, verdadera montaña surgida en la cabeza de su abatido patron.

Habla D. Lesmes:

—¡Ay Pancho! ¡Que día mas horrible!

—Pero; qué le pasó, señor? pregunta el moreno con aire apesadumbrado.

—¡Aquella pícara barra! ¡Qué silbidos y que manera de toser, si parecian estar todos acatarrados! ¡Qué pataleo!

Y á mas de esto los otros diputados se reian como descosidos. ¡Dios eterno, que suplicio! Yo me desaté impulsado por el pícaro vinillo y no puedo recordar que es lo dije.

El presidente tocaba la campanilla con extraordinario furor, y yo aturcido seguia dando voces sin órden ni concierto hasta que el cansancio me impidió continuar. Despues ¡ah! despues, vino lo mas negro. Asustado de mi propia obra, salí del salon y me precipité hacia la plaza. Apesar de mi celeridad no pude evitar que gran parte de los que ocupaban la barra me siguieran, dando unos ahullidos que resonaban en mis orejas como la trompeta llamando á juicio final. ¡Y si hubiera quedado en eso! Pero á los diez pasos siento un golpe furibundo, que me apabulla el sombrero y á la vez el cráneo! Era una *papa* que pesaba una libra cuando menos, disparada por uno de mis bárbaros perseguidores. ¿Qué van á decir ahora los habitantes del Hueco de Cabecitas? ¡Qué dirá Rudecinda!

D. Lesmes no pudo resistir por mas tiempo tan tremenda crisis y se desmayó.

El moreno, aterrorizado, corrió por la botella del vinagre y roció á su patron con tal abundancia que al terminar parecia D. Lesmes un pepinillo puesto en conserva.

Cuando volvió en sí el pobre diputado, le acometió una fiebre espantosa que le hacia delirar de lo lindo. Pronunciaba frases incoherentes, cuyo significado era difícil de inquirir.

—Silbido..... yo hablaba.... y una *papa* ¡zas! en la cabeza.... me retiro á la vida privada... no más.... no más.....

Esta era su eterna cancion.

¿Veis, lectores míos, como no todo es miel sobre hojuelas en la vida del diputado nacional? ¿Os convenceis de que no hay flor sin espinas en este pícaro mundo?

Ahí está D. Lesmes que no me dejará por embustero.

Jesuitas de falda corta

I

Hay diferentes clases de hijos y en eso no creo que encontreis nada de particular. Pero lo que sí os extrañará es que unos sean hijos de Dios y otros de Jesús, sin que jamás el Espíritu Santo haya tenido hijos, al menos de legítimo matrimonio.

Siendo tres personas y una sola, á la vez, los hijos de una debieron serlo de las otras, ó de lo contrario cada quisque debería tener sus hijos para no ser menos que nadie. Misterios son estos que deben ponerse en latas de aceite si se quiere conservarlos por algun tiempo. Aceptemos el hecho de que hay hijos de Jesús y vamos á dar algunos datos de esa familia tan larga como ancha.

Se dividen los hijos de la persona sagrada en dos grandes ramas: la de los chupópteros, que comprende á los clérigos que forman parte de la compañía ó cuadrilla de Jesús y la de los coleópteros que se compone de los seglares que obedecen ciegamente las órdenes ó inspiraciones de los otros.

Los primeros gastan sotana: los segundos llevan levita, chaquet ó chupa, segun van las cosas.

Para pintar á los de sotana se necesitaria un libro grande, y aun cuando no menor, resultaria de reseñar á los de falda corta con todos sus detalles, vamos á dar una

ligerísima idea de algunos ejemplares para que se les conozca á tiro de fusil.

El jesuita de falda corta es flaco ó gordo, rico ó pobre, tonto ó listo.

Cuando veais un individuo que jamás os mira de frente al hablaros: que nunca tiene tiempo para haceros el mas pequeño servicio, porque tiene que ir á la iglesia: que reparte los sábados á la tarde 20 centavos en piezas de cobre á doce mendigos, tocándole á cada uno por lo tanto casi dos: que al entrar en la iglesia mete la mano hasta el codo en la pila del agua, dicen que bendita, y avanza haciéndose cruces hasta el presbiterio en donde se acomoda lo mas ancho y fresco posible: que una vez allí saca un rosario de huesos de aceituna del olivo aquel, ante el cual oró, dicen que Jesús es el huerto: que en las procesiones lleva la vela, el estandarte ó una de las estacas del pábulo, ese . . . no tengais duda, es un hijo de Jesús de los de falda corta.

Si á las cualidades enumeradas reúne la de ser solteron, un tanto feo y tres tantos viejo, entonces tened mucho cuidado al acercaros, porque os morderá si no sois del gremio. Tan humildes como se muestran ante el *pay cura*, tan soberbios como son con la mucama ó el sirviente moreno.

Cuando se enoja mucho hace uso de las interjecciones mas *enérgicas*, como por ejemplo: *canastos, ciruela, xapateta* y otras menos terribles que las citadas. Cuando está seguro de que no le han de volver la pelota es muy capaz de tirar un plato á la cabeza de quien le contraria en lo mas pequeño. Acaba de cometer el atropello, se marcha á la iglesia y si tiene un poco de voz, mortifica á los concurrentes cantando el consabido: *Venid y vamos todos, con flores á porfia*, etc., etc.

Ahora; si se penetra de que el otro es capaz de quitarle la tercera parte de los dientes y la mitad de las muelas, entonces contesta con mansedumbre, dice él que, evangélica y elude la cuestion. Pero lo que hace despues es trabajar sordamente por vengarse á traicion del que le molestó.

Cuando se trata de edificar un templo, costear una novena de lujo, retocarle la nariz á Santa Tecla, ó comprar un órgano para darle música al Dios de los cristianos, el nombre de este hijo de Jesús, se encuentra entre los

primeros de la lista con una suma de consideracion al márgen.

Sin embargo, tienen su compensacion estos regalillos, pues á mas de tres fardos de indulgencias entre grandes y chicas, hay aquello de pedir á los *padres* un empeñito para el presidente, el ministro, ó los diputados para conseguir tal concesion, ó tal subasta, ó algo en fin, en donde sin ningun compromiso pueden *encontrarse* unos miles de patacones antes que los pierda el pueblo pagano. Lo que no va en costuras va en ojales.

Un hijo de Jesús de levita, es muy capaz de pegar un balazo y dejar seco al infeliz que se determine á comer en su presencia, un churrasco en un dia viernes santo.

En cambio presta su ayuda para conseguir que una vieja dilapide la fortuna que corresponde á los hijos, empleándola en donaciones á las comunidades, funciones de iglesia y caja de San Pedro. Es verdad que al ayudar á cometer eso que, dice él, es una obra meritoria y cualquiera calificaria de estafa infame, lo hace *ad majorem Dei gloriam*.

Este tipo corresponde comunmente al jesuita flaco, rico y tonto; pero tonto con ribetes de pillo.

El jesuita pobre, sinó es listo, es el ser mas desdichado de la provincia. El mísero pedazo de pan que de tarde en tarde le arrojan sus cofrades está sazonado con las mas grandes humillaciones. No tiene ni el consuelo de desahogar su mal humor, por que le ponen á Job de modelo y le tapan la boca.

Su porvenir consiste en que le hagan casar con alguna devota que haya sufrido averia mayor, que el infeliz ha de ocultar á cambio de un empleo en Jujuy ó en Salta, pero se entíende, que dejando á la amorosa y católica consorte en Buenos Aires.

El jesuita listo es otra cosa.

Haré capítulo aparte.

II

Un hijo de Jesús con levita, que se hace acreedor al calificativo de *listo*, es un fiel trasunto del dios Jano que adoraban los gentiles.

Tiene dos caras, y una conciencia mas elástica que un colchon de muelles.

Con la una cara finge á las ocho de la mañana un religioso entusiasmo que le hace hincarse de rodillas en la iglesia del Colegio ó en el Salvador, darse cada golpe de puño en el pecho que parezca fuerte y no haga daño; tener una vela ó ayudar la misa de un padre que le interese.

Esa misma cara le sirve para componer un gesto adecuado, mientras conversa con los siervos de Dios D. X. ó D. Felix, ó D. etc., caballereses influyentes con los padres de la compañía y á quienes el hijo de Jesús, *listo*, necesita tener propicios para mejor explotarlos. Mientras habla con esos señores maniéstase entristecido con la marcha del siglo que califica de diabólica y de perdición: habla con énfasis de la corrupción que ha invadido á la juventud; hace tales protestas de la pureza de sus costumbres que nada falta para que afirme que lleva en el bolsillo siempre un ejemplar del diario *La Vox de la Iglesia*, para envolverse los dedos cuando ha de tocar por necesidad alguna parte de su virginal cuerpo. Sabe de memoria dos docenas de jaculatorias y otros tantos latinajos que intercala, pegue ó no, en la conversacion que sostiene con el otro hijo de Jesús de sotana ó leviton.

Todos estos méritos que hace con una cara, le sirven para obtener un empleo lucrativo, conseguir redactar un periódico católico á prueba de ladrillazos; costeadó por los párrocos y el obispo ó su secretario: ó en fin, para vivir con desahogo bien *sobre el país*, ó bien sobre algun prójimo mentecato.

Al propio tiempo que esto sucede con la una cara veamos en que emplea la otra.

Un jesuita hipócrita es cien veces peor que el mas desatinado calavera. Este hace las calaveradas á cara descubierta; pero el nieto de Jesús las hace á la sordina, y empleando el sistema de no reparar en los medios con tal de conseguir el fin. Es la doctrina de sus compañeros espirituales.

Con la otra cara se dedica á hacer cucamonas á las sirvientas en el mercado, cuando van por la mañanita á comprar el pan de cada dia. Las morenas oscuras no se escapan á sus libidinosas proposiciones: es capaz de andar cincuenta cuadradas persiguiendo á una tierna gacela disfrazada de china bronceada: tratándose de la mujer del prójimo parece gustarle doblemente tal vez porque el

decálogo de Moisés prohíbe desear la fruta del cercado ageno.

Esto en cuanto á la castidad que fingia poseer con la otra cara.

Respecto á lo demás es otra cosa. El mocito cuando está con la cara de la despreocupacion, se rie de las farándulas que sostiene con la cara del jesuitismo. Es muy mal hablado y suele chupar de lo lindo. Cuando toma una copa de mas, llega hasta contar que el padre Fulano cometió tal crimen y se le oye afirmar que si un dia le juegan una mala partida les ha de probar á varios, que bajo la máscara de la mansedumbre y la virtud se ocultan la soberbia y la depravacion.

Cuando emprende negociaciones tiene por regla de conducta el considerar ganancia lícita todo aquello que aun cuando provenga de engaño ó robo, no se pueda probar ante los tribunales ordinarios. Con semejante criterio ya pueden imaginarse los lectores que clase de *ganancias* considerará lícitas el biznieto de Jesús.

Egoísta y ambicioso no hay que decir cuanto lo será desde que le vemos hacer esos papeles de rezar á los santos á quienes interiormente desprecia, de besar la estola ó la mano del mismo cura á quien en sus murmuraciones acusa de bandido, y la verdad es, que á veces con razon; y por último de fingirse mas católico que el papa y mas romano que Julio César.

No suele casarse como no sea con una niña que aporte al matrimonio una fortuna regular, para cuya adquisicion se vale de los buenos oficios de los padres clérigos, quienes desempeñan para mayor gloria de Dios el papel de Mercurios.

Despues hace por lo regular infeliz moralmente á su mitad; pero en cambio se confiesa una vez por semana ocultando habilidosamente los pecadillos mas gordos, por que como conoce á su gente tiene poca fé en el secreto de la confesion.

Tantas veces lo ha visto violado por causas mezquinas ó solamente por charlataneria del que debiera guardarlo, que á la verdad, prefiere no decírselo. De todos modos él va á confesarse únicamente para que le vean. El perdon de los pecados obtenido por tabla dice que no es tan eficaz como el de bola á bola.

Y, sin embargo, que aire de humildad: cuanto recogimiento.

Besa la alfombra de la iglesia con la misma facilidad que echa por el lodo la reputacion de una muger, por ruin venganza de sus desdenes.

Toda la diferencia está en la cara que emplea.

La conciencia del *tataranieto* de Jesus de esas condiciones, es un tribunal que funciona con mas venalidad y corrupcion que el de la inquisicion.

Es una verdadera joya. ...de *similar*.

Dice que ayuna y se atraca. No come carne por que le gusta mas el pescado y se dá fuertes disciplinazos.. en el palo de la silla.

Fijaos en algunos que andan al rededor de las personas honradas y talvez descubrais al modelo que me ha servido para trazar este boceto del hijo de Jesus listo

III

El jesuita bonachon y creyente de boca abierta inspira lástima, cuando se le considera como un desgraciado que tiene la razon ó el criterio por adorno; pero causa repugnancia cuando se le vé servir de instrumento inconsciente para la realizacion de inícuos planes fraguados en los sombríos recodos del cerebro de sus dominadores,

Es un tipo cuyas simplezas hacen competencia á su religiosidad.

Ved lo que hace un dia y con cortísimas variaciones es lo que hace todos los del año.

Se levanta de la cama antes que el señor Febo secale la gorra de viaje, y se marcha á la iglesia. Una vez allí se hinca de hinojos sobre una almohadilla que á prevencion lleva para no romperse el pantalon y con una paciencia y una rapidez dignas de mas fructuosa ocupacion repite trescientas veces el padre nuestro, otras tantas el *avemaria* y no hay que decir el número que le corresponde al *gloria patri*, etc.

Y vamos á cuentas lectores: no es verdad que si Dios tuviese que estar oyendo cien veces al dia y de cien individuos distintos aquello de *que está en los cielos, que sea santificado el nombre, que nos venga el reino, nos dé el pan y demás encargos*; no es verdad, repito, que era tan pesado mosconeó razon muy poderosa para llevar el aburrimiento al mismo Dios y hacerle consentir que viniese un cometa

y atravesara de parte á parte á la tierra para verse libre de tamaño suplicio?

Si es evidente: pongámonos en su lugar y sin ser infinitamente sábios nos causaría grima oír una misma cosa repetida millares de veces, como si hubiera que decírsela á un sordo ó un imbécil.

Pues bien: el jesuita bonachon se sopla por via de desayuno cuatro rosarios y las misas que se digan mientras está en la iglesia.

Despues se va á las cuarenta horas y se detiene allí un par de ellas dejándolas entreinta y ocho.

Se vá á casa y toma tres mates amargos. Esto es si quiera razonable.

Come muy poco para no incurrir en el pecado de gula y durante la comida se acuerda de la pasion de Cristo como si hubiera sncedido el dia anterior.

Cuando tiene algun pensamiento carnal de color subido se sacude una docena de rebencazos en los lomos, mete despues la parte dolorida en agua fresca y reza un rosario de yapa.

Durmiendo, hay veces que sueña con una vecina muy fea, y entonces ¡ay de la carne! El jesuita bonachon está seguro de que aunque parecia mujer que no era tal; sinó el mismísimo enemigo malo que pretende conquistar aquella alma de cántaro para sus infernales dominios. Es necesario energia.

Se confiesa, y el padre le dice que macere el cuerpo. ¿Cómo?

El jesuita es una especialidad para buscar los medios de servir á Dios. Se mete un poroto entre la media y el pié, precisamente sobre un juanete eminentísimo que le hace ver las estrellas por si solo, cuando anuncia lluvia. Colócase el botin encima y aquel poroto incrustándose en el juanete le produce un dolor mil veces mayor que el de contricion y el de atricion juntas.

En medio año á lo menos no vuelve á soñar con la vecina.

Tiene el pobre señor tales escrúpulos de todo y por todo que no vé mas que hogueras, tridentes, tizonos y diablos en perspectiva.

Un dia despide al mucamo, ciudadano español mas bueno que el pan, por que tiene la costumbre de decir en sus aprietos: *Por vida de Cristo balillo!*

Y semejante impiedad ha herido el tímpano de nuestro jesuita como si hubiéranle pinchado con un alfanje mo-risco.

Otro dia se muda de casa á toda prisa por que oyó cantar á una mocetona que vive en las habitaciones inmediatas, la copla siguiente:

Por vida del ctro Dios
que en el cielo no hay gobierno:
San Juan tenia una novia
que se la quitó San Pedro.

Como alma que lleva el diablo sale el jesuita bonachon á buscar un changador que le lleve los bártulos á otra casa en donde no se oigan tales impiedades.

Este siervo de los siervos de Jesus ha pasado cuatro días sin comer otra cosa que recortaduras de sus propias uñas, en castigo de haber bebido un *vermouth* frances en un dia de ayuno de precepto.

Ecce homo por la parte que inspira lástima. Ese es el tipo: pero ahora ved un rasgo de cuan repugnante puede ser.

El confesor le ha dicho que es preciso combatir enérgicamente á los enemigos de Dios y de su santa iglesia. En prueba de su celo le ha mandado que haga desaparecer unos documentos por los cuales se prueba que el difunto X. cuyos bienes quedaron para la iglesia, tenia dos hijos naturales cuyos derechos á la herencia eran indisputables con aquellos documentos en la mano.

Los papeles desaparecen y el jesuita por fanático y bonachon se convierte en criminal y usurpador.

Ni el mas leve remordimiento de conciencia le queda. Cinco rosarios, una absolucion y dos porotos bajo el botin, son mas que suficientes para ir á la gloria.



Una soirée

El Dr. Homobono, siguiendo en esto como en otras cosas el ejemplo de Cachupin, se queda en su casa los mártres por la noche, y como consecuencia de no salir á la calle se encienden todos los picos de gas que hay en el salon y demás dependencias incluso el *necesario* de la casa de D. Homobono y dá la órden á su repostero de que eche por la mañana medio limon y una libra de azúcar de la Habana en el algibe, á fin de obsequiar con un abundante refresco á los señores y señoritas, que sabiendo la grata nueva de que D. Homobono no sale de casa, acuden á procurarse un ratito de soláz que les distraiga de los pesares que trae consigo la lucha por la vida.

A las siete de la noche, está la casa que parece un infierno. La señora de D. Homobono se ha encerrado en su gabinete con la cocinera y allí se consagra por entero á embellecerse, disimulando cuidadosamente los estragos causados en su físico por los diez lustros que han pasado por encima, dejándola magullada.

Algun lector malicioso se figurará que la cocinera de D. Homobono estaba en el gabinete de *Misia Eufemia*, para confeccionar algun asado con cuero de su patrona, y no es así ciertamente. Esta cocinera, aunque se la veia vestida de lana, no era borrega.

En sus juveniles años habia cantado en la gran Opera de París muchos duos á cuarenta y ocho voces, conquistando ruidosos y prolongados aplausos. Fué corista de tercera clase por espacio de cuatro años, hasta que al salir del teatro una noche perdió la voz, de una mojadura, y no la volvió á encontrar por mas que puso anuncios en los diarios, ofreciendo dos francos por el hallazgo á quien se la devolviera.

Así es, que aunque dedicada á la cocina en la Perla del Plata desde que arribó como inmigrante hembra, entendia y muy mucho los misterios del tocador; razon por la cual *Misia Eufemia* la confiaba su embellecimiento y aderezo.

Como decia, se habian hecho fuertes en el gabinete, sin ocuparse para nada de los mil preparativos necesarios para recibir á los concurrentes. De aquí nacia el que D. Homobono anduviera de un lado para otro, como un loco,

dando órdenes al mucamo mientras limpiaba con esmero el frac, disponiendo que trajeran de la confiteria, cinco pesos de masas y una botella de anisado por si habia algun enfermo, haciendo quitar la pava de detrás de la puerta del comedor y en fin, enmendando y corrigiendo los desaguizados que advertia para no dar márgen á murmuraciones entre los convidados.

Cuando llegan los primeros visitantes, ya se encuentran á D. Homobono y su señora, puestos de punta en blanco y en disposicion de hacer los honores con mas finura que un maestro de ceremonias.

Misia Eufemia conduce á su gabinete á las damas, que vienen renegando del barrizal resbaladizo que tapiza las calles de Buenos Aires.

Algunas de estas señoritas, que saben ha de haber baile en los salones de D. Homobono, se han provisto de unos lindos zapatitos blancos que liados en un periódico situacionista son llevados por la mamá complaciente, en el bolsillo.

En el gabinete se hace la mutacion, despojándose de los botines para calzar su lindo pié con los zapatos.

Los caballeros no tienen tantas comodidades. Quitanse sus abrigos y sombreros y penetran en el salon con aire tímido unos y con desenvuelta elegancia otros.

Cuando mas en su áuge está la *soirée* sucede algun incidente que aumenta el prurito de sacar á tiras el pellejo de algun prójimo.

Un sesudo caballero, diputado provincial y tan flaco de memoria como pulcro y aseado, tuvo al salir de su casa la pícara ocurrencia de doblarse para arriba la bocamanga del pantalón con el sano propósito de que no se le manchara de barro por la calle.

Al llegar á la casa de D. Homobono debia bajarse lo doblado, pero su infeliz memoria no se lo permitió y héte aquí á mi hombre que penetra en el salon alargando la mano á diestra y siniestra, con los pantalones arremangados hasta descubrir el calcetin, como si tuviese lugar el baile bajo el muelle de pasajeros.

Don Homobono que advierte la hilaridad de los concurrentes, se apresura á dar cuenta de su descuido al diputado, quien con gran aplomo coloca una tras otra las botas sobre el asiento de raso azul de un soberbio divan, hasta dejar remediado el desperfecto.

El piano aguarda en silencio que unos rosados dedos le acaricien para poblar el aire con sus notas sonoras.

Allí está una bellísima joven que tiene fama de excelente aficionada.

Es preciso que la oigan ustedes, dice D. Homobono.

Se forman comisiones, embajadas, plenipotencias que vayan á rogar á la mamita que se interese con su niña, para que ésta se siente al piano.

Pero ¡oh fatalidad! La niña no recuerda ninguna pieza de memoria y no ha traído el cuaderno de música de su repertorio.

Búscase entre los papeles de Misia Eufemia una fantasía sobre motivos de La Africana, que es una de las que mejor toca, y no se halla.

Por fin el *tatita* de la niña tiene la fortuna de encontrar en un bolsillo de su gaban el cuaderno musical de su hija, que se lo guardó por equivocación pensando que era un librito de papel para cigarrillos.

Este hallazgo hace renacer la alegría. ¡Van á oirla!

Con magestuoso paso atraviesa el espacio que la separa del piano, apoyada del brazo de un aspirante á ministro, que entiende tanto de música como D. Homobono de cazar ratones.

Entre tanto que la joven se acomoda en la banquetta, el ministro en ciernes coloca sobre el atril el cuaderno de la música y se extasia hasta el punto de humedecerse con la baba que le cae, contemplando la hermosura angelical de la joven *música*, quien le ruega tenga la amabilidad de volverle las hojas.

Aquí de los apuros del casi ministro para quien la música escrita representa lo que un geroglífico de difícil solución.

Sin embargo, es preciso no confesar en público su ignorancia musical. Un hombre político debe saber de todo y mas aun de *notas*.

Empieza la tocata despues de haber estado batallando algunos instantes para conseguir que el cuaderno se sostuviera en el atril.

Los concurrentes aplican el oído y clavan su mirada investigadora en el grupo artístico formado por la joven, el ayudante y el piano.

Llega el momento de volver la primera hoja y la niña

hace gestos expresivos y desesperados al zamacuco que aspira á ser padre de la patria.

Este se precipita al verlos y hace la gracia de volver dos hojas en vez de una.

Momentos de confusion para la jóven que se vé obligada á suspender la pieza.

El ayudante apercebido de su torpeza se azora mas y mas y deja caer el cuaderno del atril al suelo.

Al levantarlo con rapidez el malaventurado mozo se descose una hoja del libro y vuela por medio del salon.

Diez manos cuando menos se encuentran sobre la hoja *arrancada del árbol musical*, de otros tantos mozos que acuden á capturar la prófuga.

Entre tanto la niña ruborosa y abochornada se sonrie amargamente.

Don Homobono interviene en el conflicto con paternal interés, asustado por el gesto avinagrado de la mamá de la jóven aficionada, que amenaza descargar su cólera sobre el torpe ayudante de su hija.

La tormenta se calma y se acaba la comenzada pieza en medio de los comentarios ánimados de la concurrencia que no escucha la música por dejar demostrado que la niña no tuvo culpa alguna en aquel enredo.

Misia Eufemia se apresura á ordenarle á don Homobono que se bailen unas cuadrillas, como el medio mas eficaz para devolver á la reunion el esplendor y alegria que se iban eclipsando con tanto percance.

Don Homobono hace un esfuerzo y baila al son que le tocan, apesar de tener una pierna descompuesta y la cabeza á componer. Misia Eufemia se enreda un pié en un descosido de la alfombra y hubiera caido al suelo á no haberla recibido en sus brazos un médico, que aunque poco aficionado á hacer obras de caridad, dió posada en su pecho á la peregrina Eufemia, que de otro modo se hubiera desencuadrado las muelas con el golpe.

Al finalizar la cuadrilla se ha de coser la alfombra para evitar desgracias y entre tanto hay un *petit* poeta que hace mocion para que mientras echan el remiendo, se compongan y descifren algunas charadas.

Su parecer es aprobado por unanimidad exterior, valiéndole los calificattvos de *xonxo* y *bellaco* aplicados *in pectore* por mas de una preciosa ninfa que desea lucir sus zapatitos.

El poeta empieza improvisando una charada que se aprendió de memoria el Domingo anterior, compuesta por él y cuyo tenor dicho con voz chillona y desapacible es como sigue:

En música la primera
vereis á cada momento.

La dos es fruta muy buena
y el todo es un animal que tiene mucho talento.

Los concurrentes que tienen mal oído cometen la injusticia de suponer que el último verso es corto y se sonríen pretenciosa y maliciosamente.

Discurren mas que un comerciante tronado para impedir la quiebra, y por fin se oye una voz desentonada que grita:

—Ya lo adiviné, señores: es, *elefante*.

Don Homobono que hace tiempo encontró la solución en su mente. murmura al oído de misia Eufemia, con cautela:

—¡Qué bárbaro es Don Canuto!

Tan bella distracción viene á perturbarla el anuncio de que el refresco aguarda.

Un segundo despues se han desocupado cinco baldes de agua de limon extraída del algibe. Las cabezas se alegran y al volver al salón se formaliza el baile en toda la línea.

Se suda, se hacen conquistas amorosas, se dan y reciben empujones, hasta que suena la hora de dejar á Don Homobono y su señora en libertad de acostarse, rendidos, pero no humillados.

Las noches siguientes Don Homobono sale de su casa para poder anunciar sin faltar á la verdad, que al otro Martes se vuelve á quedar en ella.



El pleitista

Todos le conoceis. Habrá pasado por cerca de vosotros mas de una vez y difícilmente dejarían de llamaros la atención sus hechuras.

Es un hombre flaco y de aspecto sombrío.

Lleva siempre el entrecejo fruncido, el sombrero gracioso y con el ala blanda hacia el sitio por donde se agarra para quitarle y ponerle.

Por la calle va por la *vereda* que le dá la derecha y pegado á la pared, no le cede el paso ni al *sursum corda*.

Algunas viejas le disputan la *vereda*; pero el pleitista dispuesto á todo, dice con mal modo:

—Señora, permítame, llevo la derecha y, con arreglo á la ordenanza....

—¡Qué grosero! reza la vieja al dejar que salga con su empeño.

Cuando se dirige á las escribanías á ver si hay algo de que notificarse, va hablando solo y gesticulando enérgicamente. Es que lleva siempre en la cabeza el argumento de sus pleitos, y en su fuero íntimo falla en contra de su opositor condenándole con costos, costas y costillas.

Guardeos el cielo de que os encuentre á mano el pleitista y cruceis siquiera una palabra vana con él.

—¡Ah! señor, os dirá antes de permitir os resollar; no hay justicia en este país. Todo está corrompido. Figúrese usted que un pícaro, que se lo tengo probado, se niega á darme unos terrenos que mi bisabuela, por parte de padre vendió sin estar autorizada por mí al tatarabuelo de la parte contraria. La venta es nula, ¿no le parece? Los terrenos son míos; ¿no es perfectamente claro mi derecho? Pues el juez ha fallado en contra *mia* y ¡pásmese usted! me condena á perpétuo silencio. Es una conspiración, por supuesto, de que soy víctima. Sepa usted que el escribano está en contra *mia*, y me notificaba á última hora, cuando no se veían los dedos de la mano para que no supiese lo que firmaba.

—Pero yo creo que su bisabuelo no pudo obtener el consentimiento de usted por no estar en el mundo los dos al mismo tiempo.

—Por eso no pudo vender, toda vez que le faltó llenar

esa formalidad con arreglo al artículo 892 del Código y á las Leyes de Partida, á las de Toro y hasta á las de Vaca, que todas apoyan mi derecho. Pero váyase usted con derechos á un juez que cuando me presenté á exponerle mis fundamentos despues de oirme cinco míseros minutos me dijo que podia retirarme, *no mas*. Y, si señor, me retiré pero ya ví que echaba una investigadora mirada á mi levita, como queriendo decir: con ese pelo ¿qué vas á hacer de los terrenos?

Por supuesto, que todo ese discurso y otros diez mas que le siguen, lo acompaña el pleitista con un manoteo furioso y un sacar y meter en el bolsillo papeles mugrientos, y calarse los anteojos, y enojarse con el interlocutor á quien si se descuida un poco, le acusa tambien de complicidad en la conspiracion que jueces, abogados, escribanos y demás curiales han fraguado contra él.

El pleitista no tiene mas ocupacion que atender á los múltiples expedientes que por cuerda separada corren y él azuza.

No puede dedicarse á nada, porque es necesario estar sobre los expedientes, si no se quiere que se eternicen ó se pierdan por olvido de los procedimientos.

Además, tiene la cabeza tan llena de alegatos, que le seria imposible pensar en ninguna otra cosa de provecho. Y tambien que apenas se acabe el pleito, entrará en posesion de, cuando menos, veinte leguas de tierra de pan llevar y vino traer, amen de los intereses desde que su bisabuelo vendió el terreno que fué á mediados del siglo XVIII de la era cristiana, y que por lo corto ascienden á diez ó doce millones de fuertes.

Con esa fortuna ¿qué necesidad tiene de trabajar? Mas que loco seria si pensara en otra cosa que en gestionar la terminacion del pleito apelando de toda sentencia desfavorable, y dicho está que lo son todas, hasta llegar al Tribunal de Poncio Pilatos.

¡Y mete cada *claro* al hotelero y al zapatero; y á todos los acabados en *ero* que los deja tiritando!

Cuando le piden plata les abruma con el relato de su pleito.

— Ya está arriba, dice al del hotel.

— ¿En la azotea? pregunta el hotelero medio mohino.

— ¡No, hombre! Está en la Cámara de Apelacion. En la semana entrante fallan, y antes de mes y medio tomo

posesion de las veinte leguas de terreno. El primer arrendamiento que cobre es para usted. ¡Ah, mi amigo!

Está usted hablando con un hombre millonario. Figúrese usted que pasa un arroyo por medio del campo. Un arroyo con truchas que se pueden pescar á bragas enjutas. Hombre, y por cierto que usted puede comprarme las truchas, que seguramente les han de gustar á los *marchantes*. Vamos á ver: ¿cuánto me paga usted por docena? Son gordas y muy finas.

Se las vendo á diez pesos. Y si quiere usted tener la preferencia, me abona usted ahora una gruesa de ellas y me comprometo á no vendérselas á nadie. ¿Le conviene?

El hotelero se queda con la boca abierta, sin atreverse á cerrar el contrato de las truchas, ni á pedirle al millonario futuro que le pague catorce meses de pension que le debe del pasado.

Y al espirar, el pleitista le entabla demanda por daños y perjuicios á la misma Parca, pidiendo el embargo preventivo de la guadaña.



El inoportuno

¿No habeis encontrado siquiera una media docena de veces en vuestro camino al inoportuno?

Es seguro que sí. Allá vá el retrato.

Es flaco, largo y desgarbado. Tiene dos ojos sobre la nariz y gasta chaleco. A juzgar por su aire melancólico no debe tener la madre viva y aun me parece que tampoco el padre.

El inoportuno siempre que se trate de *afilar* al prójimo le vereis que á semejanza de Dios se encontrará en todas partes.

Vais corriendo á todo correr, por que á las cuatro cierran el Banco y es preciso reducir á moneda nacional un *cheque*: faltan cuatro minutos y cinco cuadras.... Ya faltan cuatro... ¡fatalidad! Allí está el inoportuno que os detiene por un brazo y os pregunta sin escuchar vuestras protestas.

—Dígame, amigo, perdone si le molesto. . . .

—Dispense, pero voy de prisa.

—Es un instante, se trata de que me diga donde vive aquella niña vestida de negro con adornos verdes.

—No sé, amigo, quien es . . .

—Sí, *ché* aquella. . . .

Le dejais con la palabra en la boca, pero ya es tarde.

La puerta del Banco se cerró y el *cheque* se quedó en el bolsillo gracias al inoportuno.

Estais á punto de decir á la niña de vuestros pensamientos una frase que prepara el camino para imitar á las tórtolas ó á los gatos en época de amores y en esto aparece el inoportuno á cortar la conversacion haciéndoos tal vez perder el cuarto de hora que necesitaba la mujer para ser condescendiente en demasia.

Vais á entrar en el baño, todo está preparado y estais con el traje adecuado que es como quien dice en cueros vivos. El inoportuno llegará en aquel instante á buscaros y tendreis que recibirle envuelto en la sábana confundiendo vuestra figura con la que debia hacer la estatua del comendador en el Convidado de Piedra de Zorrilla.

Teneis treinta centavos en el bolsillo lo cual no es mucho tener que digamos. Echais la cuenta del modo siguiente:

quince para un *choppe de la biere* y los otros para el *tramway* hasta la casa. ¿Os parece bien el cálculo? Pues no bien habeis tomado asiento en la confiteria aparece el inoportuno, os saluda muy fino se sienta en frente y dice con voz dulce:

—Voy á tener el gusto de tomar con Vd. el *choppe*: ¡Qué calor horrible ¿no?

Y no hay mas, teneis que gastar lo del *tramway* y marchar á patita unas treinta cuabras hasta llegar á vuestro palacio de la frontera segunda línea.

Y el inoportuno es inmortal, es además endémico, abundante, madrugador, trasnochador y os lo encontrareis hasta en el caldo y en el asado.

¡Ay lectores! Pedid en la letania de todos los santos á *Virgo predicanda ó á potens* ó á cualquier otro Virgo que os libre de un inoportuno, y aun no es mucho mejor que pidais os libre de dos.

Si no lo haceis así ya estais frescos.

La Providencia

Serian las siete de la mañana y era un día de invierno bastante crudo, casi á medio cocer.

Pocos minutos hacia que el ojo de la Providencia se habia lentamente abierto y ya empezaba á echar un vistazo por las cosas del mundo, haciendo guiñadas á izquierda y derecha ó tomando las necesarias disposiciones para que todos los sucesos fuesen arreglados á su gusto y sabor como dueño absoluto y omnipotente de todas sus hechuras.

Derepente el ojo providencial brilló con mas fuerza que de costumbre y la mirada adquirió esa fijeza que tiene la del gato cuando descubre una laucha.

El ojo de la providencia estaba ocupado en seguir los pasos de un ciudadano que acababa de salir de su tabuco y se dirigia á la cuotidiana tarea. Antes de continuar digamos quien era el ciudadano.

Se llamaba Silvestre: no tenia padres conocidos; es decir, el ojo de la providencia sabia muy bien quienes eran, pero se guardaba mucho de decírselo al huérfano de nacimiento. Silvestre era mas feo que una paliza: contaria veinticinco años por mas que representaba lo menos cuarenta con motivo de las huellas feroces que le dejaron las viruelas y otras peripecias tan ó mas dolorosas. Silvestre era lo que se dice un mozo de mala sombra. Las desdichas se habian acumulado de tal modo sobre la cabeza de aquel infeliz que bien se podia decir que una sola desdicha le habia aflijido, pero que le duró desde la fecha del nacimiento hasta la última hora de su ser natural.

Pues señor, el ojo de la Providencia vió salir á Silvestre de su cuchitril que lo tenia en un conventillo de baja estofa; y sin duda de mal talante, ó con ganas de divertirse á costa del pobre mozo, es el caso que la providencia guia sus pasos por una calle en donde estaban edificando una hermosa finca.

Diligente y satisfecho iba Silvestre hácia el almacén en donde prestaba sus servicios á cambio de una modestísima retribucion, cuando al pasar por debajo de los andamios que servian para levantar el edificio aludido advirtió que

por entre los huecos de los tablones caian gotas de cal y mezcla sobre el transeunte.

Previsor, como Dios manda, se sale fuera de la vereda para impedir que le cayeran encima las gotitas manchándole el único casaquin que tenia para los días de fiesta y los de trabajo tambien.

El ojo de la Providencia se inyectó de sangre al ver la prudente determinacion de Silvestre y con la rapidez del relámpago hace un inteligente guiño de cuyas resultas el peon de albañil que estaba preparando los útiles de trabajo, hombre corpulento y fornido, se resbala en el andamio, pierde pié y ¡paff! viene á la calle de espaldas cayendo precisamente encima del pobre Silvestre que por huir de las gotas recibió aquel tremendo chaparron humano.

¡Oh providencia divina, y que admirablemente dirijes los mas insignificantes hechos de la tierra!

¡A todo atiendes, ojo eternamente avizor, aun durante el sueño!

A la vez que cuidas de dar alimento á las aves que cruzan el espacio, á los peces que zangolotean por el Océano y á los cuadrúpedos que vagan por los montes y selvas, te ocupas tambien de hacer que una inundacion ó una sequía ó un pedrisco deje sin comer á centenares de aquellos seres que hiciste á tu imájen y semejanza: cuidas así mismo de que con alguna frecuencia el mar se trague los buques á fin de que la tripulacion y víveres sirvan de almuerzo á esos pobrecitos peces que pasan los meses imitando á los hombres en aquello de que el mas grande se come al mas chico; y por último, hasta te entretienes en hacer que se caiga el peon en el preciso momento en que Silvestre huyendo de un peligro pequeño se baja de la vereda, facilitando así el porrazo que le tenias preparado.

Y sin embargo de tan admirables combinaciones aun te calumnian y te ofenden.

Imaginaos que sucedió lo siguiente: al caer el peon encima de Silvestre desde una altura de seis ó siete varas, con la velocidad que imprimen siete buenas arrobas de carne y hueso encontró aquella especie de almohadilla humana que le recibió en las costillas quitando la violencia del golpe, cayó al suelo suavemente y se levantó sin tener un mísero chichon, ni mas que un leve calor en las posaderas que precisamente dieron sobre la cabeza de Silvestre.

Aquello, como decia una vieja que presenció el hecho, fué providencial; y es evidente que lo fué.

Sin la circunstancia de pasar Silvestre y bajarse de la vereda, aquel peon hubiera dado en el suelo tan fiero porrazo que de fijo se rompe la mitad del armazon. Pero la providencia velaba y dispuso las cosas del modo que dejo narrado.

El mismo peon decia contemplando á Silvestre:

—Ha sido un milagro de Dios que me ha salvado la vida por este caritativo medio.

Y hasta se comprometió á pagar una misa de dos nacionales en recompensa á Dios del prodigio que habia hecho poniéndole á Silvestre de bajo.

Que el peon estaba en el buen terreno, los lectores lo reconocerán á veinte leguas; así como recriminarán á los que decian viendo el estado de Silvestre:—¡Miren que es fatalidad le de este hombre! Pasar precisamente cuando el otro caia.

Porque se nos olvidaba decir que el pobre Silvestre quedó con la espina dorsal descompajinada, los dos brazos rotos; seis costillas hundidas y otras varias lastimaduras de menor cuantia que ayudaron á las otras á llevar á la tumba al desgraciado Silvestre que falleció horas despues del zapatazo.

Cada vez que el peon sube al andamio le reza á Dios con gran uncion pidiéndole no caerse, pero si es preciso que caiga sea sobre algun otro Silvestre á quien reventar. Así dice en su plegaria, mostrándose muy agradecido á la divina providencia que tambien dispuso aquel lance.

La verdad es que fué providencial para el peon.

Lo que es Silvestre, si hablar pudiera, es de presumir que le entrasen ganas de dar un puñetazo y saltarle un ojo á la providencia á ver si la dejaba ciega.



Cosas del mundo

Así como no se consuela el que no quiere, porque siempre hay otro sábio ó tonto que recoja las hierbas que un tonto ó sábio arroja, así tambien no se rie cualquier mortal que disfrute de buena salud, porqué no le dá la real gana, pues bien sabido es que nunca falta de quien reirse en este pícaro y alegre mundo.

Solo quien tiene el hipocóndrio roto y en vez de sangre por las venas, bilis, puede pasar sin reir siquiera un par de veces por semana.

¿Cómo es posible tomar á lo sério las mil extravagancias de esta pobre humanidad doliente, siempre persiguiendo maravillas, siempre corriendo trás de felicidades ilusorias, estrujando fantasmas, mordiendo limas, pellizcando molas, alegrándose del mal ajeno y bailando al son que la tocan?

Un dia la dicen que untándose tierra de Santo Domingo en cualquier sitio del cuerpo dolorido se vá el dolor y se queda el barro pegado. Allá vá en seguida la gente bonachona y enfermiza á darse cada untura que saque la piel á tiras. Mientras dura la moda, la tierra cura; despues todo pasa, incluso la virtud curativa.

Otra vez es el agua de tal fuente, de efectos miraculosos que como la de San Isidro, en Madrid, quita las calenturas ó no las quita: otra vez es la proximidad, el ruego, el soborno, por medio de regalos valiosos á los santos de roble, guindo ó cerezo, lo que produce el milagro: el aceite de la lámpara que alumbrá á la imágen de terra-cota: la muela de un santo, la tibia de una martir, la zapatilla de un confesor, el moquero del apostol ó los clavos de Cristo, los que abundan tanto que es llegado el caso de decir que sobran clavos ó faltan agujeros.

¿Y qué hacer tambien cuando esa humanidad doliente se precipita en la humilde vivienda de la bruja que dá filtros milagrosos, de la adivina que sabe lo pasado, lo presente y lo porvenir, por la borra del café, las rayas de la mano ó las cartas misteriosas; del tata dios que cura con agua del pozo, con frases simbólicas y conjuros; con manos santas ó piés con babuchas que se besan y dan alivio?

Y en igual número, si no es mayor aun que los otros

y con igual fervor y fé que aquéllos, creen éstos en la curacion y por consiguiente en la virtud de todos esos procedimiertos, por lo cual no queda mas recursos que reir al verlos tan felices y alegrarse de que hayan encontrado la malaquita tan facilmente.

Cuando aparece uno que asegura tener dentro del cuerpo un demonio con cuernos y cola, uñas colmillos retorcidos y viene otro que tal, misionero ó padre cura, y dice que se lo sacará echándole un discurso en latin que ni el diablo lo entiende, ¿qué se puede hacer humanamente sinó reir de la mejor gana posible y alegrarse de que tales cosas pasen para endulzar las amargas de la vida?

Y si por añadidura despues de sacarle al diablo, que sin duda se marcha aburrido de los latinajos, le pregunta el padre media docena de tonterias que contesta el demonio con otra media docena de sandeces, ¿qué hacer sino reir y con motivo para ello?

Se mira á un lado y se encuentran iluminadas que ven visiones blancas y rubias, señoras del Amor Hermoso, de Lourdes, de la Almudena, del Valle, de la Paloma ó del Gavilan; al otro, santos que ven mujeres hermosas y desvergonzadas, diablos montados en escobas y avechuchos mas feos que el hambre, como los que veia San Antonio allá en tiempos lejanos.

Por acá le sale á uno al encuentro una falange de espiritistas que echan todos los dias un animado párrafo con el espíritu de Moisés, de Catilina, de Quinto Curcio, Sexto Aurelio ó Juan Soldado.

Por allá se levanta la voz hueca del fanático que desprecia y trata de ofender á quien no navega en sus aguas; por el otro lado, mirase al exantado que ya con la inquisicion o ya con el petróleo y la dinamita pretende destruir al mundo y tostarle ó hacerle añicos.

En medio de este *loquero* en que se ven mezclados y confundidos en cantidades equilibradas los creyentes de tan distintas teorias, que presentan testimonios humanos de sus descubrimientos ó alucinaciones, ¿cómo no soltar la risa al mirar la bolsa de gatos que resulta?

Y si descendiendo de esas espirituales regiones venimos al mundo material y realista, no hay para que decir que el sainete es mas grotesco.

Hablar de honorabilidad y dar patente de honradez, el *cachafax* mas grande que ojos policiales vieron.

Sentir escrúpulos de no haberse santiguado al pasar delante de una iglesia y dormir tranquilo despues de haberse robado la catedral con monges y todo.

Confesarse todas las mañanas y cometer delitos varios todas las tardes.

Ser muy liberal en teoria y muy déspota en la práctica.

Predicar la igualdad y considerarse superior á todo el mundo.

Levantar la bandera de la fraternidad y dar al prójimo contra una esquina.

Todo eso que es moneda corriente de curso forzado, tiene uno que verlo con cara de risa, porque de otro modo criaria tan mala sangre que reventaria de rabia, como dicen que les pasa á los sapos.

Lo mismo que ver al que lleva gran tren y un lujo extrordinario y debe mucho mas de lo que tuvo, tiene y tendrá suyo efectivamente.

O al que hace obras de caridad con el dinero ageno.

O al que cree y pregona que todas las mujeres se despepitan por él.

Al que le dá por la crítica literaria sin llegar ni á la categoria de maestro ciruela: al pobre diablo que se cree que todos conspiran contra él por envidia de su talentazo: al que no piensa mas, que en la corbata, el *smokin* y la galerita: el majadero pretencioso; y, en fin, á toda esa cáfila de seres, plagas sociales que andan por el mundo dando espectáculo, convengamos en que solo tomándolos á risa se les da la aplicacion que merecen y conviene.

¿Qué á veces me reiré con la risa del conejo?

No lo crean.

Queda tiempo para todo en las veinticuatro horas del dia, cuando están bien aprovechadas.

Y despues, que uno aprovecha de los beneficios que la iglesia proporciona en la mesa redonda de sus preces y rogativas y se encuentra con felicidades que no se hubiese atrevido á pedir por cuenta propia.

Hace pocos dias la iglesia dedicaba la intencion de sus rezos para conseguir paciencia en los trabajos á todos los quejosos de la Providencia.

Así se explica el que merced al benéfico influjo de ese

rezo lleve el hombre con paciencia y risa en los labios las flaquezas y gorduras del prójimo.

¡Los quejosos de la Providencia!

No es nada lo del ojo y lo llevaba en la mano.

Entre muchos hay que repartir el rezo y es muy poco un día al mes para tanta necesidad que remediar.

En la Bolsa se quejan de la Providencia los alcistas cuando los bajistas entonan acciones de gracias al misterioso dedo que todo lo apunta y encarrila.

En los tribunales el que gana el pleito se hace *providencialista*; pero en cambio el que lo pierde reniega de la providencia, del juez y de la otra que todo lo vigila y dispone.

En los negocios, se queja de la Providencia el hólga-zan, el inepto y el aturdido, colgándole áaquella el mō-chuelo que á él solo pertenece llevar en el morrial de caza.

Los que rinden culto á la providencia son *exitistas* por instinto. Cuando las soluciones les son favorables, corresponde á la fuerza oculta que dirige los destinos del hombre toda la gloria; pero cuando les son adversas, son los que les rodean los únicos culpables, y contra ellos desatan sus iras.

Para ellos la Providencia vela si el negocio les resulta ventajoso, y duerme la siesta con sueño profundo y cerrado el ojo, si pierden su plata ó salen derrotados en sus empeños.

Lo de aquel albañil que se cayó del andamio, viniendo á dar sobre un transeunte que pasaba en aquel momento y le sirvió de salvador colchon de muelles. El receptor quedó hecho una tortilla al jugo y el albañil sano y salvo de cuerpo y de ánimo.

El albañil hablando de la Providencia que le habia proporcionado al caer tan blanda y bienhechora cama, deshacíase en elogios. ¡Qué previsora, que vigilante y qué buena!

El transeunte aplastado, era seguramente uno de los quejosos de la Providencia, sino es que le echaba toda la culpa de lo ocurrido al tonto del albañil, que no tenia equilibrio ni sabia andar por las alturas.

¿Y cómo no quieren que se diviertan y ria con todas esas cosas, aquel que tiene la felicidad de conformarse con su suerte: de oír como quien oye llover las murmuracio-

des de menor cuantía; de recibir los mordiscos de los cuzcos de *biscuit* sin que rocen siquiera la epidermis; y de pasar la vida, en cuanto es compatible con la ley del trabajo, ajeno á las grandes y pequeñas miserias de la humana especie?

Claro que *le jugará risa* á todo lo que no merece otra cosa y reservará la seriedad mas severa para tratar con los hombres de buena voluntad, razonables y justos.

Y de esa línea de conducta no le sacarán ni Zoilos, ni Tartufos con sus tiradas de crítica rancia ó sus sermones de cura de Chaorna.

Y yole aplaudó el gusto.

No hay mal que por bien no venga

Parecen desgracias generales y sin embargo hay gran número de personas que las consideran beneficio del cielo.

Y es que nunca llueve á gusto de todos, ni el sol claro encanta á los dormilones.

Viene á una ciudad marítima la fiebre amarilla, haciéndole cruel y mortífera visita. Es un mal que, salvo los sentimientos humanitarios, agrada á los que tienen hoteles en los pueblos del interior; á los que tienen fincas rurales que alquilar para los que huyen de la plaga; á los constructores de cajones fúnebres; á los médicos; á los boticarios; y á otros muchos que hacen su agosto al favor del flagelo que encarece los servicios y aumenta las ganancias.

Se pierden las cosechas de cereales en un pueblo.

Ya resultan beneficiados con ese desastre otros productores que podrán apretar mas las clavijas á los compradores de granos aprovechándose de la escasez.

Hay revoluciones sangrientas en un país; buen negocio para los fabricantes de fusiles; para los proveedores y mercachifles; para los militares que conquistan lauros, galones y agujeros en la piel.

Se incendia un barrio entero dejando sin albergue á millares de vecinos: *gaudeamus* general de albañiles, carpinteros, herreros y demás proveedores de labor ó de útiles de construcción que se relamen de puro gusto pensando en que hay que reedificar lo quemado.

Los moros tienen un modo de ver especial respecto de la langosta. Se guardarán muy bien de organizar elementos colectivos para combatirla.

Todo lo que la langosta, que representa la voluntad de Alah, se come, ha de ser repuesto por lo que se recoje donde no acude el insecto. La cosecha es mucho mas valiosa aquel año para el que la tiene y como no se mueve la hoja del árbol sin la voluntad de Dios, estudiado se lo tendrá cuando ha dispuesto que la manga se dirija por este ó el otro rumbo y deje á salvo los demás.

El que no se consuela es porque no quiere.

Sube el precio del oro con respecto al papel mojado

moneda; el país se empobrece con la depreciación de su medio circulante y la miseria general se acentúa. Buen año para los agricultores y ganaderos que venderán á oro en el exterior lo que sembraron ó cuidaron y recogieron ó esquilan á papel.

Y en ese eterno vaiven de intereses encontrados, de miserias humanas, de ingratos desequilibrios, estriba la lucha por la vida que emprende el hombre desde que nace y sigue con ella hasta que le llevan á estarse eternamente quieto.

¡Vaya V. á pensar en utópicos sistemas político sociales igualatorios que á todos den la felicidad y el bienestar en el mismo número de cucharadas!

!Conque en el individuo es bueno para el hígado lo que es malo para el bazo!

No hay mas que tener paciencia con el lugar que le toca en suerte á cada cual en este baile perpétuo y consolarse con que siempre hay otro mas pobre y misero que aquel sábio que comia hierbas del campo eligiendo las mas fresquitas y dejando caer al suelo las sequeranas, las cuales eran recogidas por otro que mas tronado le seguia por la ancha via de la *atorrancia* inmunda.



Epístolas íntimas

(ESCRITAS EN 1877)

Carta de un inmigrante, dirigida á un tío que tiene en Alcalá de Henares

Cuatro dias hace que desembarqué en la ciudad de Buenos Aires, y créete que me encuentro cada vez mas atontado con lo que veo y oigo por aquí.

¿Cómo darte una relacion detallada de todo lo que encuentro, que me extraña y sorprende? Seria necesario escribir muchos pliegos y en ese caso la carta costaria un ojo de la cara, precio que comprenderás muy bien no estoy dispuesto á pagar. Te escribiré, pues, todos los lunes un poco, hasta dejar satisfecha tu natural curiosidad.

Figúrate, amado tío, que en este país todas las señoras tienen el raro capricho de llamarse *misias*. Ya puedes calcular cual no seria mi estupefaccion al ver que se aplicaban unas á otras el mismo calificativo que damos nosotros á las gatas de Alcalá; *misia* sí es una gata grande y *misinita* si es una gatita pequeña. Pero esto, es lo de menos. Te voy á referir algunos lances que me han ocurrido en estos dias.

Salí de la fonda donde me hospedo en busca de aquel señor para quien me diste una recomendacion. Ando mas que el judío errante y por fin me detengo desorientado para preguntar á un sujeto donde se encuentra la calle de Cangallo. Dime tú si el nombre de esa calle no es original y raro.

Dirijo cortés la pregunta al transeunte y este con gran amabilidad me dice: A la otra cuadra, señor.

Tentado estuve de armarle un escándalo á aquel zascandil que sin motivo alguno me inferia la ofensa de enviarme á una cuadra. ¿Quién habia de imaginarse que aquí se llamara el espacio entre una y otra boca calle, lo mismo que en Alcalá lo que se emplea para designar el sitio destinado al albergue de animales cuadrúpedos?

Pues así es, tío querido; me fuí á la otra *cuadra*, es decir á la calle mas próxima y despues de algunas vacilaciones me encontré en la casa del que buscaba.

Me recibió con gran atención, abrumándome con preguntas de todo género. A la mitad del diálogo se presenta una negrita como el cordoban, (advirtiéndote que aquí llaman moreno á lo negro) y me ofrece una bola negra con un rabo á un lado y un piporro de metal que sobresale por arriba.

Ya entiendo, dije para mis adentros: ésta es una pipa para fumar á semejanza de como lo hacen los turcos. Fumemos pues. Aplico mis labios al piporro y aspiro con toda mi fuerza.... pero ¡ay tío de mi alma! En vez del suave aroma que aguardaba se precipitó en mi garganta una dosis crecida de hirviente líquido que me abrasó la boca, haciendo que dejara escapar un grito de dolorosa congoja.

El dueño de la casa se asustó y todo se volvía decirme: Yo creí que sabía tomar *mate*.

Todavía no estoy bien seguro, querido tío, si con eso del *mate* se encubrirá alguna idea sombría como la de matarme con agua hirviendo.

Siguió la conversacion y al cabo de un rato me dice el señor aquel: comerá con nosotros, *nó*.

Al oír que me decía el mismo que *no*, juzgué prudente no decir que sí; y aun cuando hubiera preferido comer con él me retiré suponiendo que no tendría preparada comida en aquel momento.

Salí de allí ofreciendo volver nuevamente y me encaminé á la fonda. En el camino quise comprar una pastilla de jabon de las mas modestas; pero tío, pásmate, me pidieron *cinco pesos* que como yo creí, y tú también lo creerás así, suponían cien reales de los de Alcalá; pues no, son unos pesos chicos que vale cada uno como seis cuartos y un ochavo de los de esa tierra, con lo cual comprenderás que los cinco pesos, son una peseta poco mas ó menos.

Por las noches es muy divertido este país. Imagínate que á cada momento oyes en cada esquina un solo de pito no muy agradable al oído, ejecutado por los agentes de orden público que aquí, en familia, los llaman *milicos* y que sin fluda se dedican por la noche al estudio de la música.

Aquí los periódicos son grandes como sábanas, pero lo mas orijinal es que el otro día tomé uno en mis manos y las tres páginas enteras y parte de la cuarta no se ocupaban mas que de *amas de cria* que se precisaban, pastillas para

callos, casas para alquilar y otra porcion de cosas que me parecieron no eran ni literatura, ni política.

Apenas llegué oí llamar á un muchacho sirviente de la casa, *mucamo*.

Yo creí de buena fé que era el apellido del mozo, así que cuando me fueron necesarios sus servicios le llamé: señor *mucamo*, de lo que no poco se rió el maldito en mis propias barbas.

En fin tío amado, esta se va haciendo larga y prefiero dejarlo hasta el lúnes próximo.

Sabe que te quiere tu sobrino.

Palotes.

*Carta segunda dirigida por el inmigrante á su tío
de Alcalá*

Querido tío: Como te ofrecí la semana pasada, vuelvo á tomar la pluma para darte noticias de cuanto me sucede en esta estensa y mal empedrada ciudad de Buenos Aires.

No lo querrás creer, tío querido, mas no miento al decirte que llevo rotos en quince dias dos pares de botines y por añadidura he adquirido gratis, por su puesto, una buena cantidad de callos en ambos piés, que gracias á los agudos dolores que me proporcionan cuando se revuelve el tiempo, casi podía hacer un buen negocio confeccionando almanaques agrícolas que profetizaran con exactitud la época de las lluvias.

Salvo ese percance debido á los puntiagudos pedruscos que adornan las calles de esta ciudad, no tengo hasta el presente grandes quejas de como me tratan.

Segun he podido oír parece que estamos en estado de sitio desde hace algunos dias, por cuyo motivo he tomado la providencia de no salir de casa despues de la una de la madrugada. Con este sistema me va perfectamente y aprovecho de paso esas horas para dormir como cuando estaba en Alcalá, es decir, á piernas sueltas.

No bien anochece, me dedico á la contemplacion del bello sexo que te digo la verdad, tío, es fresco, de alimento y apetitoso.

¡Que muchachas!

Hay aquí una calle que la llaman Florida, quizá porque

en las primeras horas de la noche, se vé cubierta de flores.

Pero no quiero comunicarte todo lo que me sucede al ver las preciosidades femeniles que por allí pasean. Basta decir que durante una hora, está dando el corazon mas vueltas dentro de sus casillas, que las que da la rueda de un afilador en todo un dia.

Pero siempre me acuerdo querido tio de los consejos que me diste al separarme de tí.

Siempre que veas una mujer bonita, me decias, acuérdate de Eva. Noseas Adan en tu vida, mira que si se enrosca la serpiente á tu cuello te casarás sin mas remision y entonces sabrás con el matrimonio, donde acaba el paraiso y empieza el purgatorio.

Asi lo hago, tio. No me pescan, ni aunque pongan por cebo un ángel de quince años. Mi resolucion es firme.

Quisiera estar tan lejos
de las mujeres
como están las estampas
de las paredes.

Pero nada te he dicho aun de mis esperanzas respecto á encontrar una ventajosa colocacion. En cuanto á eso me encuentro algo mas atrasado que en lo de adquirir callos.

Diariamente me soplo unas caminatas de cincuenta y sesenta cuadras que suponen una legua y pico, siendo hasta el presente infructuosas. En todas partes me dicen lo mismo: *al señor se marchó al campo, está en Moron, se fué á la estancia;* y asi es que sudo, me desmorono y vuelvo á mi cuartito del hotel, rendido y con un hambre desesperador.

He preguntado á varios compañeros si habia mucho dinero en este país y me han dicho, que el dinero nose usa y si solo plata. Me ha sorprendido esto por que en el tiempo que llevo aquí no he visto mas que unos papeles mugrientos y arrugados que hacen idéntico servicio que las pesetas y los duros de Alcalá.

Hay un rio á un costado de la ciudad, donde van á bañarse algunos que con el calor han perdido la aprension y se ponen en paños tan menores que no llevan mas que unas ligas en las piernas y un sombrero de paja en la cabeza.

Figúrese V. tio amado, cuanto rubor no adornará las mejillas de las señoras que acuden al paseo desde donde se divisan claramente los perfiles y el fondo de los bañistas.

Voy á decirte, por conclusion á la presente, una costumbre original que me ha dado algunos petardos.

Me encuentro á un jóven argentino con quien he formado alguna amistad y al cruzarnos en la calle me dice con mucha finura. ¿Cómo le vá?

Yo creyendo de buena fé que deseaba saber como me iba, quise detenerme para decirle que muy bien, como es costumbre aun cuando esté uno á punto de reventar; pero mi hombre siguió su camino sin esperar respuesta.

He puesto atencion á ver lo que se decian los demás y me he convencido de que es una costumbre establecida el decir los dos que setropiezan en la calle á una voz «*como le vá*» y seguir cada cual su camino sin cuidarse de saber mas.

En fin, querido tio, cada maestrillo tiene su librillo y allí donde estuvieres haz lo que vieres.

Afectos al campanario de la parroquia.

Su sobrino que lo quiere y *ver desea*

Palotes.

*Tercera carta de un inmigrante á su tio, aquel
de Alcala*

Mi querido tio: esta vez me he retrasado un poco en escribirte, porque otras atenciones mas urgentes han distraido la mia; pero aquí me tienes dispuesto á relatarte *ce por be* lo que veo y oigo por estas regiones.

Sábetete en primer término que el vecindario de esta culta capital anda un sí es ó nó disgustado, porque parece que el próximo Carnaval no le permitirán las autoridades emplear un sistema de divertirse muy semejante al que usaron con el cura de Vallecas; y como supongo que no recordarás bien el lance te lo voy á referir en cuatro palabras, ó seis, que poco importan dos docenas mas ó menos.

El tal cura, que pecaba por cierto de como don en demasia, fué invitado con gran instancia por varios de sus amigos para que les acompañara á una partida de caza en la que le prometian firmemente que habia de divertirse en grande.

El reverendo padre, si bien tenia gran aficion al chocolate, la butaca, la chimenea y demás comodidades que son

anexas á un padre de almas, que como aquel pesaba nueve arrobas largas, era de temperamento linfático y por ende docilote en grado superlativo; así es que accedió á la invitacion del boticario, herrador y médico, sus amigos.

Llegados al campo se repartieron los papeles, tocándole al cura el de esperar encaramado en la copa de un árbol el momento de pasar la pieza de caza para disparar sobre ella la escópeta de que le habian munido sus acompañantes.

No habria pasado media hora desde que los compañeros se repararon de él en busca de animalejos donde probar su ojo certero, cuando se declaró un furioso chaparron que amenazaba dejar al buen señor hecho una sopita.

El cura acurrucado en la copa del árbol aguantaba con evangélica paz el turbion cuando acertó á pasar por allí un feligrés, quien al ver á su párroco en aquella posicion poco edificante, no pudo menos que preguntarle:

—Padre ¿qué hace V. ahí?

—Dicen que me divierte, hijo mio, contestó con resignacion el médico de almas.

Pues bien, tio amado, esto mismo con escasas variaciones sucede aquí, respecto al Carnaval.

Los años anteriores, hubo segun me han contado, numerosas ediciones del cura de Vallecas en cuanto á lo de ponerse hechos una sopa y decir, sin embargo, que se divertian á manta de Dios.

Imagínate que tenian costumbre de arrojarse unos á otros cubos de agua, como si fueran locos de atar á quienes fuera necesario hacer miedo con la aplicacion del sistema hidropático en forma de abluciones.

Era una costumbre bárbara y no creo necesario esforzarme mucho en demostrártelo. A mi juicio bastará un ejemplo que me ha referido el mismo sujeto que desempeñó el triste papel de víctima.

El individuo á quien aludo salió de su casa con mas hambre que un maestro de escuela, porque te advierto que aquí los maestros no dejan por embustero el pícaro adagio que les señala como representantes del apetito muy ordenado; salió el individuo, repito, sin acordarse del carnaval para nada, puesto que no se le ocurría dar bromas á nadie ni estaba para recibirlas. No hubo andado diez pasos, cuando media docena de litros de agua coloreada y aun con sabor, se le vinieron encima del cuerpo sin que

hubieran tenido la atención de decirle «agua va» como es costumbre. Sigue suponiendo que tras de aquel fueron cien mas, en idénticas condiciones antes de llegar al sitio donde le habían preparado el pienso, vulgo comida.

Ahora bien: dime si quienes tales cosas sufrieron y no eran pocos, tienen ó no motivo para exclamar como el cura de Vallecas: ¡Dicen que me divierto....!

Pues no podrás nunca figurarte que los inocentes que se entretenían desde las azoteas de su casa en bautizar impunemente al prójimo y muchos de los bautizados, hoy que la municipalidad ha prohibido esos que llaman ellos juegos y que calificaria de asnerías si no temiera que se enterasen los aludidos, protestan como chicos mal educados cuando les prohíben mortificar al vecino, diciendo que no se les permite divertir tanto como quisieran.

Es mucha humanidad esta, tío mio.

Pero dejando esto que mas adelante me ha de dar motivo para escribirte algunas carillas, voy á darte algunas pequeñas noticias y á terminar la presente que no puedo, en verdad, hacer demasiado larga.

Asistí al teatro y creí de verdad que me liquidaba. Sudé aquella noche mas que uno que sude mucho.

En el teatro de aquí se estila que las señoras se suban á una localidad que llaman *caxuela*, en donde no se permite la entrada á ninguno del sexo feo. Esta costumbre me recuerda á la de aquel cura y va de gente negra, que dirigiéndose á los asistentes á la iglesia una noche de ejercicios espirituales, para evitar todo asomo de inmoralidad les decia con voz alta y enérgica.

—Las faldas arriba y los calzones abajo.

Esto es, que pasaran las mujeres á la parte de arriba de la iglesia y los hombres se quedaran abajo.

Y no creas, querido tío, que por eso es aquí el amor menos intenso que en Alcalá. Por el contrario.

¡Si vieras cuanto niño hay en este delicioso país!

¡Oh! aquí se debe amar muy al vapor ó sino la sábia naturaleza, que conoce la necesidad de pobladores que tiene este país, dispone las cosas de tal modo que no hay mas que repetir con César: Llegué, ví y vencí.

Pero, querido tío, el franqueo es caro con la ley de correos reformada, especialmente para los periódicos y por

tanto suspendo esta para que no resulte mas que una libra de peso en el paquete.

Salud y hasta la otra.

Palotes.

CONTESTACION DE AQUEL TIO QUE TIENE PALOTES EN
ALCALÁ

Pero sobrino de los demonios, (sin, que esto quiera decir que tus tios lo son) ¿te has propuesto sin duda matarme á disgusto? ¿Te pagué yo el pasaje á la República Argentina, nada menos que en tercera (bien es verdad que lo hice por que no habia cuarta) para que cometieras locuras, te dedicaras á investigar si las muchachas son bonitas ó feas y asistieras á bailes y reuniones como un verdadero calavera, en vez de hacer un capitalito en un par de meses á costa de matarte á trabajar si era necesario?

¿Para echar agua con pomitos y bailar *can-can* te se figura que te fuiste de Alcalá?

¡No, por vida de dios Baco!

A mi no me engañas con tus cuchufletas, sobriuo de Barrabás y no mio.

Esas dificultades que dices encontrar para ganar sendos duros se las cuentas á mi mujer, es decir á tu tia, que lo que es á ami no me cuelan. Tengo el colmillo retorcido y no dejo que me la den de primo, con que mucho menos de sobrino ¿entiendes?

Apenas recibí tu primera en la que me decias que perdiste lastimosamente el tiempo, yendó de acá para allá buscando una colocacion que no pudiste hallar porque estaban en el campo los caballeros á quienes ibas recomendado, no quise creerlo, y la verdad sobrino, hice el encargo á tio Ruperto que marchaba hácia Barcelona, de que preguntara al agente de inmigracion como estaba Buenos Aires respecto de acomodados.

Dicho y hecho, sobrino. El tio Ruperto me escribe una carta que te aseguro es bastante para que te rompa el hueso palomo á puntapiés sino vuelves á Alcalá con un millon de pesos endebles, flojuchos ó como se llamen.

¡Ahí es nada lo que me dice el señor agente, por con-

ducto del tío Ruperto, en cuanto á lo que ese país se refiere!

Figúrate que aseguran uno y otro que en Buenos Aires no solamente van atados los perros con longanizas, sino que aun estos *canes* las desprecian por alimentarse con unos manjares mas esquisitos, que los llaman bolas municipales.

Dícenme que hay un gran hotel titulado del Gallo en donde dan casa y comida gratis á todo el que lo desea, con solo hacer unos pocos méritos para conseguirlo.

Que apenas llega un inmigrante se dan de puñaladas los dueños de fábricas y propietarios para darle colocacion brillante y productiva.

Que los caballos y vacas andan por las calles preguntando á los vecinos: ¿Quién me quiere, que me aburro de no tener dueño?

Las monedas de cinco duros, que aquí las guardamos como oro en paño, ahí están relegadas al olvido en los escaparates de unos establecimientos donde se pulverizan de puro viejas por no haber quien las tome.

Bien podías, sobrino, pedir un par de talegos llenos de ellas, y enviárselos á tu tío que en cambio te daría para libros.

Añade el tío Ruperto, repitiendo las palabras del agente de inmigracion, que ahí los de Alcalá son muy queridos, porque como son de la misma raza que los argentinos, los tratan como hermanos. De esto resulta, segun él, que basta que diga soy de Alcalá y tengo allí un tío, para que le den lo mejorcito, que supongo será esa bola municipal mas estimada que nuestra morcilla extremeña.

En fin, sobrino, segun los datos del agente basta llegar á Buenos Aires y ya tiene uno que hacerse unos bolsillos grandes como alforjas para guardar los dineros que se vienen como los del sacristan, cantando y sino se amarran con maromas se van del mismo modo. Cuida, sobrino mio, de echarles la zarpa aun cuando sea bailando y no los sueltes ni á escopetazos, ¿oyes?

Espero que me contestes á esta pronto y bien, porque de ello depende el que en mi testamento diga si eres ó no sobrino mio.

Un abrazo de tu tia, dos cariñosos moquetes de tus primos y un talego de afectos de tu tío que desea estrujarte entre tus brazos.

Palotes (tío).

SIGUEN LAS CARTAS DEL SOBRINO AL TIO DE DONDE
YA SABEN

Perdóname tío amado, si cometí la falta de abrir un largo paréntesis á las cartas que con exactitud solo comparables á la de los ingleses de Inglaterra y á los otros que persiguen deudores, te enviaba de esta gran ciudad de Buenos Aires. Ciudad que te advierto pienso calificar de Fuertes Aires ó cosa que lo valga; por que te aseguro que un dia sí y otro nó y el de enmedio, me veo en grave riesgo de volar á impulsos de la *suave brisa* que nos regala la Pampa de vez en cuando, ó el sudeste revolucionario.

Es una delicia, salvo error de pulmonia ó catarro furioso esto de los vientos. Aquí en cuando caminas sudas como un condenado; pero yo ando con gran recelo, por que al menor descuido te agarra un *resfrío*, es decir á tí no te agarra, pero á tu sobrino sí, y en menos que se persigna un cura demente *paff!* vas á parar á la Chacarita.

Y tú dirás ¿que eseso de Chacarita? ¿Será algun salon de baile?

No, tío querido. Es un sitio en donde el hombre lo mismo que la mujer, que en esto no hay escepcion, duermen el sueño continuo, tan continuo como el papel de este nombre. Es la mansion de los que descansan de una vez. Allí no hay intrigas, ni falsías. Allí se vive tranquilo hasta cierto punto; pues que algunas veces remueven las cenizas para exhumarlas y otras se convierte la materia en gusanos que al salir á flor de tierra están expuestos á ser devorados por una gallina ó pulverizados por el *taco* de la bota de algun melancólico paseante.

¡Pero calle! Dije *taco* y tú habrás creído que era alguna frase reprobada en sociedad á lo que aludia.

En Alcalá se dice que echó un taco por no decir lo que dijo el que lo soltó; pero en esta mi nueva residencia se llama *taco* al tacon de la bota.

Y apropósito de residencia: tú, amado tío, habras visto sin extrañeza que le llame residencia mia á la Perla del Plata; mas si aquí me oyeran, como tienen el hábito de llamar Residencia á la casa de orates, locos, alienados, dementes, guillados, faltos de juicio, ó como quieras mejor llamar al establecimiento donde recojen á aquellos á quienes falta un verano, de fijo que me excomulgaban.

Otros nombres tiene, cuya razon de ser tal vez no se te ocurran ni á mi tampoco; como por ejemplo el de *Convalescencia* y el de Hospicio de San Buenaventura. Lo de hospicio está bueno; pero en cuanto á lo de ventura buena, que Dios te la depare mejor que la de volverte loco, por mas que quizás sea la mayor ventura que pueda el hombre ambicionar.

No es porque tema yo volvermeidem, pero en verdad te digo, empleando lenguaje bíblico nuevo, que en este país abundan que es una delicia los locos de atar y los de andar sueltos.

Y apropósito de lenguaje bíblico, tengo que decirte algo tambien; pero muy poco querido tío; porque aquí hay muchos que en cuestiones de fé opinan que es peor me-
neallo.

Imagínate que se promueve una discusión entre un deísta y un ateo, provocada por el primero, y aquí viene como de molde el interminable cuento que me enseñabas cuando niño: El deísta tiró de la espada: ¿lo mató? ¿no lo mató? Yo te contaré lo que pasó.

Pues como en el cuento aquel, no pasó nada. El deísta metió *violín en bolsa* y dijo que Dios era bueno y mantenía pícaros.

Eso de *meter violín en bolsa*, tal vez no entiendas lo que significar quiere. Dispensa, tío, pero es que me voy *apaisamando* sin darme cuenta de ello.

Cuando uno se mete la lengua en el. . . ., no, no; cuando hace de la boca, . . . tampoco es eso; cuando *achanta el mirlo, escurre el bulto, se llama andana* ó dice que no está en casa, ejecuta un acto igual al de meter el violín en bolsa. ¿Entiendes tío lo que voy diciendo?

Pues si tu no lo entiendes yo si y entre dos de una misma familia con uno que lo entienda basta.

Así pues, doy por terminada la explicacion y prosigo.

Ahora parece que nos dedicamos á confeccionar un gobernador sin duda alguna para que nos gobierne.

¡Y que jaleos, querido tío, que jaleos trae esa operacion!

¡Cuanta bomba y cuanto cohete se dispara con ese motivo!

Tu dirás y con razon que si el buscar un gobernador se hace con funciones pirotécnicas.

Y bien, casi estoy por decirte que sí.

¿Tu sabes el entusiasmo que produce en los concurrentes á la manifestacion preparatoria, esos estallidos soberbios de la pólvora gastada en salvas, con su correspondiente olorcillo?

Pero, ahora que recuerdo estimado tio, no puedo hablarte nada de política, porque estamos en estado de sitio.

Ya se conoce y bien, en la prensa argentina que anda tan moderada en sus escritos como no puedes imaginarte, especialmente los diarios afectos al gobierno, porque los otros la verdad es que cantan con una voz tan clara que la envidiaria la misma Adelina Patti.

En estos paises la prensa no se ocupa de cuestiones personales y si solode principios y doctrinas.

Al revés te lo digo, para que lo entiendas, mi tio.

Ahora ya sabrás que estamos en tiempo de cuaresma y por consecuencia no hay bailes mas que los sábados, domingos y algunos otros dias de la semana; pero es tal la exactitud religiosa de estos vecinos que en esos dias, ó mejor dicho noches, dedicadas á Terpsicore, no se ve en los salones ni una persona..... que no esté bailando, se entiende.

Tu sobrino Palotes ha suprimido el ayuno; por razones cuyo peso no reconocerás. Figúrate que desde chico, vengo oyendo al cura de Alcalá defender el ayuno diciendo que es una medida higiénica puesto que celebrándose la cuaresma en primavera, es conveniente reducir la cantidad de alimentos y hacer uso de las verduras que aflojan la naturaleza, cosa que en esa estacion que tanto influye en la mayor crasitud de la sangre, es muy conveniente.

Yo así lo creo siempre, figurándome que el cura de Alcalá profesaria idénticas doctrinas que los de Buenos Aires; pero aquí me encuentro con qué prohíben comer carne y exigen ayunar, en pleno verano y no en primavera.

Esto como ves, es faltar al trato y por consecuencia autorizar el que uno falte tambien.

No me extiengo mas en esta, creyendo y no sin fundamento que en breve recibiré contestacion tuya desde Alcalá. La espero tan confiado que no pienso volver á tomar la pluma para escribirte, en tanto no reciba tu respuesta.

Consérvate bueno y dispon como te plazca de tu sobrino.

Palotes.

Segunda carta del tío de Palotes, dirigida como es natural á su sobrino el que se vino á Buenos Aires

Mira, hijo de mi hermano: tu y yo vamos á concluir mal como no vaya el dedo de la Providencia por tu casa y te toque en el corazon, si es que lo tienes, y sí por si acaso lo hubieses perdido te meta el dedo por el sitio mas sensible que encuentre, que supongo ha de ser un ojo.

Esto es abusar demasiado de la paciencia de tu tío, de tu tía y de toda la parentela.

Llevas una espuerta de meses en la gran ciudad de Buenos Aires y ni por casualidad me has enviado un *xapallo*, ni un *poroto*, ni un que se yó que *parió* [no me acuerdo bien como me dijeron] ni una *chaucha*, ni *chancho*, ni *choclo*, ni nada en fin, de esas preciosidades que segun me escribe el tío Ruperto desde Barcelona contándome lo que le dice el agente de inmigracion, abundan tanto en esa.

Yo no sé lo que son esas cosas, pero me figuro que han de ser tan raras y estimables á juzgar por el nombre que llevan, que, te lo digo con franqueza, ardo en deseos de tener un ejemplar de cada una, enviado por tí; ya sabes las señas, con que aprovecha el primer correo para enviar un poco de todo.

Al propio tiempo espero que me digas, en cuantas semanas se pueden reunir ahí mil *patacones*, que segun dice el tío Ruperto son unas cosas como papeles pintados que vale cada uno de ellos un duro de los nuestros. Al responder á esa pregunta dime la verdad, porque si es en pocas, me voy á esa, con ánimo de pasar una temporada, reunirlos, abrazarte y volverme á Alcalá, aunque sea por tierra.

Ha venido tambien la noticia, de que tú, bribon de sobrino, me habias ocultado que ha ido santo Domingo en persona á veros, y ha dejado un barro hecho con el cual apenas se unta un sordo las orejas, vé tan divinamente como si tuviera antiparras de aumento: tambien me cuentan que los jorobados poniéndose de ese barro ó tierra en la chepa se les quita enseguida la gana de ser contrahechos; á los ciegos les basta colocarse unas pelotillas de tierra de Santo Domingo en cada ojo y *pataplum*, ya están aviados; y en fin, la larga lista de milagros que me han referido, hechos por esa tierra arreglada por ese Santo Domingo que supongo será el de la Calzada, quien, ya sabes, hizo cantar una gallina despues de asada, comida y estropeada, me han

inducido á mandarte como tío que soy tuyo, que inmediatamente me envíes una bolsa grande, llena de tierra milagrosa para quitarle un ojo de gallo á tu tía que la molesta mucho: un lobanillo que le ha salido en la frente al escribano, á manera de cuerno: un mal divieso al cura; una catarata como las del Niágara á don Felipe el albeitar, y vamos, aliviar á los muchos que padecen enfermedades en Alcalá, incluso yo que tengo unas seguidillas como para bailarlas sin pareja.

No insisto mas sobre esto, confiando en que no nos negarás esa tierra, barro ó lo que quiera que sea, tan llena de virtudes. Solo sí te ruego que me envíes instrucciones de donde me la he de poner para curar mi correncia. Que no te se olvide.

No te canso mas, querido sobrino, y doy fin á la presente como daré fin de tí el dia que te eche la vista encima, si llegas á no contestar categóricamente á mis preguntas ó dejas de enviarme todo lo que te indico y con especialidad la tierra y la receta.

Tuyo—

Palotes (tío).

Comentario del sobrino al concluir de leer la epistola

Decididamente, mi tío concluirá sus dias en Leganés, con las noticias del agente de inmigracion, del tío Ruperto, y del diablo que los lleve á todos. Tentado estoy de enviarle un talego de arena del rio y decirle que se siente encima.

En fin, tendré paciencia y le contestaré cuando me haya serenado.

¡Ay qué tío! Parece que está sano y está PODRIO.

Contestacion del sobrino al tío, dada con prudencia porque no quiere indisponerse con nadie, ni faltar al respeto que se merece el hermano de su tata, ó séase padre, ó lo que es igual, autor de sus dias y de sus tardes.

¡Tío sublime! Cada vez que recibo una carta de las tuyas me convengo de que hay una fuerza omnipotente,

que lo mismo hace girar sobre su eje al globo terráqueo, que permite llenar de letras un pliego de papel á un tío como tú, tan estrepitosamente dotado de eso que llaman dón de tocar el órgano.

Me pides que te conteste punto por punto á cada una de las partes de tu epístola, y aun cuando, la verdad sea dicha, es en extremo difícil complacerte, procuraré hacerlo siquiera por evitar que hagas alguna barbaridad el día que me echés la vista encima. Empiezo, pues, no sin rogar á los innumerables mártires del Japon que pongan tal acierto en mis manos, que al leer esta mi carta te quedés vizco de contento y no te se enderece el ojo hasta que el dedo de la Providencia, que para mi deseas, te toque, te cante, ó te baile el tuyo.

Manos á la obra.

Te quejas, tío.... carnal, de que apesar del tiempo que llevo en Buenos Aires no te he enviado *xapallos*, *porotos*, otra cosa que no nombro porque pica mucho, *chauchas*, *chanchos*, *ni choclos*.

Pues mira, esposo de la mujer de mi tío, no seas *zama cuco*, ni *belitre*, porque todo eso que con tanto afán pides estás harto de tenerlo cerca de tí.

Si quieres *xapallo* échate las manos á la cabeza y debajo lo hallarás; y en cuanto á las otras cosas en el mercado de Alcalá hay de todo hasta reventar de puro harto el que lo desee. Con que basta de horticultura y ganaderia y pasemos á otra cosa.

Me preguntas con gran afán en cuantas semanas se pueden reunir aquí mil *patacones*.

Mira ¿tú recuerdas las siete semanas de Daniel? Pues bueno, multiplica por cuatro, divide por dos y vuelve á multiplicar por quince, lo mismo que si se tratara de buscar el *cuociente* de unas elecciones de diputados y senadores en la Perla del Plata, y tendrás el número de años que se requiere para reunir mil *ojos de buey*, como no te metas á Ministro de cualquier cosa, aunque sea Ministro de Dios, que yo te aseguro que no es el Ministerio menos productivo el de Relaciones Interiores con el *yo*, el *noyo* y el *marrasquino*.

Como no es posible que te den mas cartera que la de viaje y no puedes ser cura hasta que mi tia cometa la tontería de fenecer, te aconsejo que no vengas por acá, si

no es que tienes empeño en quedarte como una espinaca de gordo y como una rata de perdido.

En cuanto á la tierra ó barrizal de Santo Domingo que me pides, eso ya es otra cosa. No te la envío porque no se averie al pasar la línea, pero te diré como puedes hacer otro barro igual y tan de Santo Domingo como éste, que circula por aquí como libra esterlina por la Bolsa.

Tomas en ambas manos un puñado de ceniza y lo echas en una cazuela de barro vírgen, mucho cuidado que sea vírgen el barro y la cazuela, porque de lo contrario no hace milagros; en seguida echas un líquido cualquiera, no siendo vino, agua, ni alcohol; lo revuelves bien con una cuchara también vírgen y aunque tu no quieras ya tienes hecha la tierra milagrosa de Santo Domingo, sin poner ni quitar una cualidad.

Con este potingue, le untas á cada uno de los enfermos que encuentres en Alcalá y cátales sanos ó no los cates, porque pueden saberte mal.

En cuanto á las seguidillas, no te untes con el barro porque le harías mayor. Yo te aconsejo que primero te apliques un tapon de corcho en la misma forma que lo tienen las botellas de cerveza alemana, y encima del tapon te pongas una plasta de la tierra de casi Santo Domingo, con lo cual no dudo habrás de aliviarte.

Creo que no te quejarás de tu sobrino por falta de respuesta categórica y clara.

Espero, pues, que me vuelvas á tu gracia, siquiera por el vehemente deseo que me anima de que te se corte aquello con la tierra del santo y sobre todo con el tapon.

Tuyo hasta la pared de enfrente.

Palotes.



Fantasmagoria celestial

Es la hora del crepúsculo vespertino, según el lenguaje que se usa en la tierra: en lo infinito no hay horas, ni crepúsculos, ni lenguajes.

En esa hora impregnada de melancólica dulzura, que tan tristes pensamientos despierta en aquel que mira huir la luz por occidente y avanzar la negra sombra por el lado opuesto; en esa hora que tanto agrada á los amantes y á las aves nocturnas, un espíritu, un alma, golpea fuertemente las paredes de un cuerpo humano que pretende tenerla contra su voluntad asida de un cabello.

Tenaz es la lucha, pero el alma al fin vence y escapa de su estrecha y mal sana cárcel por no sé cual de las ventanas.

¡Vedla cerca del techo! Ahora busca salida por aquella puerta: ya está en plena calle.

Un alma que está fuera de su *almario*, ¿dónde irá? ¿Cual será su posterior destino? Expiemos.

Entumecida todavía de resultados de hallarse por tanto tiempo encerrada en el cuerpo de un hombre de pocas carnes, se detiene un instante en el espacio y parece reflexionar que partido tomará.

Se decide á visitar el paraíso de Mahoma, á reserva de quedarse allá ó no, según convenga.

Atraviesa una miriada de capas atmosféricas, con la velocidad de un rayo de luz y al fin llega á la mansión que *Allah* ha concedido á Mahoma para que premie la fé de sus creyentes. Allí se encuentra un palacio como tres veces el arzobispal, con unos jardines diez veces mejor que los del Parque 3 de Febrero y un alumbrado que le dá tres y vuelta al de gas.

Penetra el alma timidamente en aquel recinto lujoso y quédase extasiada viendo una porción de hermosas huries, gordas, coloradas, de esbelto talle y de redondas formas.

Cada hurí tiene su *encalomo* al lado, que es un morazo santo según la ley de Mahoma, que para él es la que *priva*.

En un rincón se divisan media docena de huries vacantes que aguardan la llegada de santos á quienes premiar las virtudes con sus favores.

El espíritu viajero trata de arrimarse al grupo para tomar una al acaso; pero enseguida se le interpone una especie de conserje celestial y despues de recriminar el atrevimiento del espíritu al pretender aprovecharse del paraíso sin haber adorado á Mahoma cuando andaba por el mundo, le arroja con malos modos de aquel lugar de delicias.

Triste y cariacontecida queda el alma con aquel tropiezo, mas no por eso se amilana, que al fin es un espíritu puro como el que mas.

Quiere visitar todos los establecimientos notables que hay en la eternidad y endereza el rumbo en direccion al Limbo. Penetra el espíritu en aquella mansion, poblada de niños de pecho que se chupan el dedo á falta de otra cosa, y no puede menos reprobear la injusticia que se comete con aquellos chicuelos inofensivos, que ningun delito cometieron en el mundo para que se les condene á pasar, como quien no dice nada, una eternidad, haciendo el papel del pavo.

Se apodera el aburrimiento del espíritu visitante y sale del Limbo renegando del espectáculo que ofrecen los millones de niños que mueren sin bautizar, no por su culpa, ciertamente.

Pasa en un vuelo al Purgatorio y allí el espíritu tiene á bien asomarse á un agujero en forma de traga luz, desde donde puede sin ser visto enterarse de lo que sucede dentro.

El local es una especie de horno de bollos. Hay un piso de hojalata de bajo del cual colocan los empleados del Purgatorio una gran cantidad de leña de espino y carbon de piedra.

Lo encienden y enseguida se pone la hojalata roja. Sueltan á los *purgantes* con los piés desnudos en aquel piso y es natural que al sentir que se abrasan los juanetes saltan como cabras de un lado á otro, arrimándose entre si feroces empellones.

Entretenida estaba el alma viendo el gesto de disgusto que animaba el semblante de los habitantes del purgatorio, cuando se abrió la puerta y apareció el espíritu escuálido y repugnante de un recién llegado.

Al sentirse asado el nuevo huesped refunfuñó un poco

y dió media docena de carreras buscando aire fresco. Despues se detuvo y entabló el siguiente monólogo: «Gracias á que tuve la precaucion de dejar en el testamento una cláusula por la cual constituia por hedederos á los hijos de Jesus, con el encargo de que me digeran muchas misas y mas responsos bien pagados. Con eso tengo asegurado el salir de aquí antes de tres dias. A quienes no habrá hecho maldita la gracia mi disposicion testamentaria habrá sido á mis hermanos que están en la miseria; pero, canastos, que sino les dejo los pesos á los ministros de Dios no me dicen misas y aquí me tendria que estar cuatro ó cinco años, hasta purgarme bien, mas que con *La Roy*. Quita, quita: es le lo mejor que he podido hacer emplear en misas el dinero que gané explotando á los pobres.»

El espíritu que oía todo esto desde el traga luz, se quedó pegado á la pared, como si le hubieran untado engrudo. Fijóse en otras condenados que tenian traza de estar mucho tiempo pasando calor en aquel recinto y murmuró con voz espiritual que es como quien dice, muy bajito: ¡Ay infeliz del que es cristiano, se muere y viene al purgatorio, y es tan pobre que no puede dejar dinero para que le canten el *gori gori!*

Pensando en esto el espíritu se bajó del traga luz y echó á volar despacito.

Aquella alma errante habia oido decir muchas veces cuando estaba dentro del cuerpo, aquello de: ¡*Vaya Vd. al infierno que es tierra caliente!* y aunque en el Purgatorio se disfrutaba una temperatura elevada quiso visitar aquel otro local, aunque no fuese mas que por ver las célebres calderas y al no menos conocido Pedro Botero.

Partió con la velocidad del rayo y en breve pudo asomar la nariz espiritual por el ojo de la llave de la puerta del infierno.

Todo lo vió claramente por aquel agujero. El espíritu conocia la descripcion que hizo Dante de los infiernos; pero eran tortitas y pan pintado aquellas descripciones. ¡Qué de tizones, de coces, zambullidas en calderas de pez ó de rana! ¡Qué de rechinar los dientes, si aquello parecía el ruido causado por las ruedas de cien carretas tucumanas! ¡Y cuántísima gente! El espíritu contó en un momento como treinta mil cuadrillones: como que estaban allí todos

las judios, mahometamos, metodistas, racionalistas, fetichistas, jansenitas, buhdistas y en una palabra, todos los que no eran cristianos en el mundo, que son la inmensa mayoría y á mas la mayor parte de los cristianos que, ó protestan ó son unos pillastres en religion. Con que ¿habria gente?

El espíritu se quedó absorto por mucho tiempo y no pudo evitar el que se le viniese á las mientes el siguiente raciocinio: «Pues señor, por mucho daño que hayan hecho estos desgraciados en el cortísimo plazo que dura la vida humana, no es motivo nunca para tenerlos una eternidad (fijense bien en una eternidad que es mucho tiempo) dándose leñazos y cociéndose como cangrejos. Lo que es yo decia el espíritu, aunque hubieran ofendido gravísimamente no tendria tan mal corazon que los dejase pasar las de Cain por una eternidad: y por otra parte ¿qué ofensa han podido inferir estos pobres diablos á un Dios omnipotente? Valiente cuidado le darian las necedades de los hombres, para ejercer con ellos tan cruel venganza. En fin, allá se las avengan, que yo no puedo ver lástimas y me largo á otra parte.»

Y se fué al cielo el espíritu.

Dos cuadras antes de llegar á la mansion de los bienaventurados ya se oía la música celestial. ¡Que cornetines tan sonoros, que violines tan delicados, y que bombo y que voces!

El salon de recibo en el cielo estaba tan bien alhajado ó mejor que el paraíso de Mahoma. Pero en el cielo no habia huríes, porque á escepcion de Jesus, Maria, Elias y al espíritu le pareció ver á José tambien, todos los cuales tenian el cuerpo de carne y hueso, los demás santos estaban con el espíritu pelado, aguardando el dia del juicio final para tomar carnes.

Un momento le bastó el espíritu visitante para enterarse de lo que hacian aquellos bienaventurados. Estaban cantando como chicharra en canícula y mirando á Dios sin quitarle ojo. ¡Y esto por una eternidad! ¡Que aburrimiento!

El espíritu se marchó con la música á otra parte y aun está volando en el espacio.

En un periquete se plantificó nuestro espíritu en el sol-

que alumbraba la tierra. Quería ver que tal iba la cosa por aquel que siempre le había parecido un globo sobrenatural y en el que no faltaba en el mundo quien colocase el mas allá.

Se entró de rondon en el territorio solar y allí encontró unos habitantes, unas costumbres, un clima, unas verduras ó legumbres que le dejaron pasmado. Allí los seres que ocupaban el primer lugar en la escala de los animados, eran mucho mas inteligentes que las hombres de la tierra y sin embargo no tenían la figura de estos, que como se sabe es á imágen y semejanza de Dios.

¿Han visto que rareza?

El espíritu no pudiendo sacar en claro el porque de esto, supuso que talvez Dios no se asemejara ni por las tapas al hombre y este por orgullo nécio hubiese querido establecer el parecido; y así, ya que Dios no le hizo semejante, el hombre se encargó de fabricar un ser supremo con barba, y sistema nervioso en lo físico y lo que es peor, la ira, la venganza, y el instinto sanguinario, en lo moral.

A caballo en un rayo de sol como la capa de San Florencio, descendió el espíritu al globo terráqueo que ocupamos.

Una vez en la atmósfera comenzó á balancearse muellemente como si fuera en una hamaca, sin preocuparse de las cosas de la tierra; mas cátrate, que en lo mejor de la faena advierte que le llaman por su nombre y por añadidura tiran de él con una fuerza increíble. El espíritu se apercibe de que es un señor *medium* el que le llama y por condescendencia, acude. Al lado del señor *medium* divisa el espíritu á un primo suyo á quien debía unos pesos cuando vivía en el mundo, y este era el que le evocaba en aquel instante. ¿Qué quiere ese mamarracho? dícele el espíritu al *medium*, el cual escribe rápidamente. El primo al oírse llamar *mamarracho* empieza por temer que no sea el espíritu de su primo sino el de algun trapacero, embrollon, que se había interpuesto. Sin embargo quiere cerciorarse y pregunta por el *medium*: Primo: ¿que hora es?

El espíritu se amosca y responde: No seas tonto y compra un reloj de sol que no hay que darle cuerda.

Aun estaba riéndose el espíritu de la cara que ponía su

primo, cuando advirtió que le evocaban en el otro hemisferio. Acude allí á escape y se encuentra que le llamaban para que dijese unos versos á un incrédulo á fin de convertirle al espiritismo. Despues le evocan á unas cuarenta leguas de distancia y en fin que le traian como un azacan, hasta el punto de no dejarlo en reposo.

En vista de esto, el espíritu decidió abandonar un género de vida tan molesto como inútil.

Se acordó de la trasmigracion y pidió á Dios permiso para convertirse en algo. Elije, le contestó.

El espíritu se rascó la oreja un rato porque la verdad es que no sabia porque decidirse.

Quiero ser, dijo al fin, perro perdiguero.

Un segundo despues entró el espíritu en el vientre de una perra; mas ¡oh destino! los dueños de ella decidieron deshacerse de tres perrillos y los echaron á la calle en una noche de crudo invierno. Inútil es decir que al asomar el sol al día siguiente alumbró tres cadáveres perrunos, uno de los cuales era aquel en donde estaba el espíritu que conocemos.

Volvió pues á su anterior estado y quiso perder toda facultad intelectual convirtiéndose en fuerza combinada. Se agregó á un peñasco y tuvo la suerte de que hiciesen de él un par de adoquines cuadrados.

Es laudable el pensamiento del hombre al esperar que haya otra vida, un mas allá que se acerque ó llegue á la perfeccion; pero hay grave peligro en que resulte necio al pretender que tenga ese porvenir alguna de esas formas que vió el espíritu, hijas de una vanidad ridícula ó de una imaginacion calenturienta.

Un reportaje al demonio

El periodismo ha llevado hasta sus últimos extremos el *reportaje*, haciendo verdaderas heroicidades.

Hace poco se comprobaban los defectos graves que había en el régimen interior de un presidio, debido á que un reporter, con el solo objeto de hacer la investigacion, cometió un delito que fué penado con unos meses de reclusion en aquel establecimiento. Haciendo la vida del penado pudo escribir, al terminar su condena, una série de artículos que promovieron una reforma en el sistema y varios castigos para los empleados que abusaban de su autoridad á robaban cínicamente.

Es de estos días tambien el hecho de consagrarse durante dos ó tres meses á la vida de mendigo á fin de poder hacer un completo reportaje sobre los medios que emplean los falsos pobres para llevar vida holgada y holgazana, explotando la credulidad del filántropo ó del compasivo.

El reporter se vestia de harapos, dejaba de cuidar su aseo personal, vivia en inmundo tabuco en compañía de sus nuevos camaradas y tenia conocimiento teórico y práctico de los procedimientos empleados para fabricar ciegos, tuertos, rengos, baldados, mudos, opas y moribundos.

Su reportaje resultó en extremo interesante, demostrando hasta la evidencia que la mendicidad es una industria en vez de una desgracia, en la que el engaño y la maldad son las materias primas.

El reportaje ha penetrado hasta los mas elevados cargos y recorrido minuciosamente toda la escala social.

El reporter interroga al primer magistrado del país, á los ministros, á los jueces, á los artistas, á los génios de toda clase, á los inventores: interroga á los astros aplicando colosales telescopios para ver qué clase de tierra pública hay en los planetas, si es ó no hipotecable y si se puede hacer alguna comprita para vender el boleto antes de escriturar, con buena prima.

Arranca el reporter los mas secretos pensamientos al politiquero, al jefe de partido, al militar *sublevadizo* y al ordenancista intransigente.

Todo lo averigua, lo pregunta y escudriña, llegando á la

conclusion de que seria capaz de hacer un reportaje al mismísimo demonio.

Esto último se ha dicho hasta el presente como una aspiracion hiperbólica irrealizable: en lo sucesivo habrá que añadir ese timbre de gloria al mas grandioso triunfo de reportaje en el último cuarto del siglo XIX.

Se ha hecho ya un completo *interview* al mismo diablo en persona, quien ha sido tan amable que ha contestado en un castellano incorrecto, pero suficientemente comprensible.

Es un colmo de noticierismo sacarle datos interesantes al diablo.

Si se tratara de algun reporter de periódico *yankee*, yo seria el primero en desconfiar de la veracidad de la diabólica conversacion. Son tan vehementes los reporters, que á veces dicen lo que oyeron y lo que no se dijo.

Pero la fuente de donde procede el reportaje hecho al demonio es de la mas pura, limpia y cristalina agua.

Está escrito en un libro recientemente publicado por los padres de la libreria Salesiana, que ha recibido la aprobacion eclesiástica, que está dedicado á las familias cristianas y que tiene, en fin, todos los requisitos necesarios para que se deba suponer auténtico el reportaje.

Es por añadidura un sacerdote el reporter y dicho se está que tiene la obligacion de ser veraz, aunque se trate de conversaciones con el enemigo malo.

Yo no me atrevo á abrigar la menor duda sobre lo que dice que dijo el demonio: pero confieso que me dejó absorto el reportaje y empiezo á creer que no es tan fiero el leon como la gente lo pinta; quiero decir que hay diablos muy majaderos y muy poco diablos.

Y para mayor seguridad voy á reproducir tan interesante relato.

El título por si solo lleva el convencimiento de que se se trata de una diablura, y gorda.

«Algunas preguntas hechas al demonio por un sacerdote al exorcizarle en un caso reciente de posesion ocurrido en Buenos Aires, con sus respectivas respuestas.»

Ese es el epígrafe y sigue en seguida el reportaje que tienela forma parecida á los sumarios de alcalde de tercer órden.

«1º Preguntado el demonio si alguna vez había visto á Dios, respondió:

—Le he visto una sola vez al ser juzgado, pero no deseo volverle á ver mas porque le he visto airado.»

Permítame un momento el señor diablo. Su respuesta está reñida con todos los antecedentes que tienen sobre el particular. Ver la cara de Dios y no quedar ganas de volverla á ver, por lo feo que se puso al *airarse*, es pobre cosa, indigna de un diablo verdadero. Y me confirma que es un un pobre diablo el *reporteado* este otro párrafo:

«2º Habiéndole mandado el sacerdote que le dijera algo de la hermosura de Dios, respondió:

—No puedo confrontarla con ninguna cosa de este mundo.»

Pero hombre del demonio ¿con tal hermosura no te queda ganas de verle otra vez? Parece mentira.

Y mucho mas si se tiene en cuenta esta otra:

«3º Preguntado cual es su mayor tormento en el infierno, respondió:

—La desesperacion de haber perdido á Dios.»

Y entretanto, no tienes ganas de volverle á ver el pelo.

«4º Preguntado si se arrepentia de haber ofendido á Dios, respondió:

—Ya no hay mas tiempo.»

Muy mal castellano, señor diablo. Por los infiernos parece que se descuida el idioma y el sentido comun.

«5º Preguntado qué haria si tuviera esperanza de salvacion, respondió:

—«Daria mi vida por aquel que me la dió, é iria al encuentro del martirio y de todos los tormentos antes que ofender á Dios.»

De buenos propósitos está empedrado el infierno, dice el refran, y ese pobre diablo lo confirma.

«6º Preguntado si es grande el precio del alma humana, respondió:

—Grandísimo.

Debia referirse al alma de Garibay.

«7º Habiéndole mandado el sacerdote que le diese alguna idea del precio del alma humana, respondió:

—Lucifer sufriria él solo todas las penas del infierno por toda la eternidad para arrebatar una sola alma.»

Pues señor, mucho debe gozar D. Lucifer al cabo del año al ver la crecida cantidad de almas que le caen de arriba. Porque indudablemente es muy cierto lo de aquellos versos:

«Si en el sexto no hay perdon
y en el séptimo rebaja
ya puede nuestro señor
llenar el cielo de paja.»

«8º Habiéndole mandado que le diese alguna idea de la fealdad del pecado mortal, respondió:

—Es mas feo que un cuerpo en estado de putrefaccion.»

Figura de retórica ramplona, impropia de un diablo que se deja *reportear*, en lo que indica pretensiones literarias.

«9º Preguntado cuanto tiempo esperaria Satanás para hacerle cometer á un hombre un solo pecado mortal, respondió:

—«Cincuenta años.»

Pacienzudo el Satanás. Cincuenta años y un dia de *yapa* esperando que un hombre se resbale. No embrome.

«10 Preguntado si es grande el número de los condenados, respondió por dos veces:

—Muchos son los condenados. pocos los escogidos.

Eso es plagio, y malo. Me convenzo de que es un diablo trompeta.

«11 Habiéndole mandado el sacerdote que le dijese qué era lo que mas agrada á Dios en un sacerdote, respondió:

—Atraer almas.»

La concordancia es vizcaina; pero se vé que no quiso comprometer opinion. La pregunta era asaz inoportuna. Ir á preguntar al diablo lo que mas agrada á Dios, con quien tan pocas relaciones gasta, no se le ocurre á Barrabás mismo.

Y 13 Preguntado si todos los mas pequeños fenómenos del magnetismo, hipnotismo y espiritismo, son operaciones diabólicas ó no, respondió:

—Si, lo son todos.» Y pregunta lo por segunda vez si lo son todos, hasta los mas pequeños, volvió á contestar:

—Si, lo son todos.»

Allá se las avengan con el demonio los espiritistas, magnetistas é hipnotistas que no sabian con quien estaban tratando en sus comunicaciones de ultratumba.

Yo no tengo que hacer en esta cuestion mas que admirar la habilidad del sacerdote al *reportear* al diablo y tomar como artículo de fé lo que éste dijo, sobre los árduos temas sometidos á su azufrado criterio.

Como me lo cuenta el libro de los padres Salesianos yo te lo cuento lector y te pido lo creas como yo lo tengo creído.

Una presentación

Misia Eleuteria es una dama bien vista en sociedad y digo bien vista, porque á semejanza de Dios se la encuentra en todas partes.

Tiene cincuenta y tres años, dos dientes postizos y dos hermosas hijas que no son postizas ni mucho menos.

Con estos atributos, y por apéndice una estancia de cinco leguas casi cuadradas con 14.000 cabezas y no de chorlito, se concibe que los tiernos pimpollos que dejó á su cuidado el esposo de Misia Eleuteria una hora antes de cortar la parca fiera el alambre de su vida, tuvieran pretendientes á docenas, que causaban mas de una desazon á la mal humorada y biliosa *mamá* de los talludos angelitos.

Las niñas, en honor de la verdad, no eran traviesas en demasia. Se contentaban con coquetear juiciosamente, encendiendo mas de una hoguera en los corazones de los mozos mejor plantados, con el fuego de sus irresistibles miradas.

Uno de tantos, el jóven F., de gallarda figura, descendiente de ingleses, rico por herencia y doctor en aventuras amorosas, luchaba con empeño por apoderarse del corazon de la vástaga mayor de Misia Eleuteria, con el beneplácito de esta, que le consideraba un partido escelente para su linda Aurorita.

El mancebo no dejaba la ida por la venida, revoloteando en derredor de la niña como una mariposa en torno de la luz, ó cual mosca pegajosa en las cercanias de una cabeza calva.

Frecuentaba la casa con matemática exactitud, abandonando el club, la confiteria y cuantos sitios de recreo pudieran privarle de ver al objeto de sus tormentos.

Una cosa le impacientaba en sumo grado y era la impertinente ingerencia de la hermanita menor de Aurora la cual como no tenia en quien pensar con fijeza gustaba de interrumpir las pláticas algo interesantes que á veces se iniciaban entre los dos aspirantes á formar una naranja poniendo la mitad caña caña.

Para remediar aquel mal que amenazaba ser incurable, dedicóse el aburrido mozo á propagar entre sus amigos

las gracias que adornaban á su futura cuñada, esperando hallar alguno que interesado por el relato entrase en deseos de hacerle cucamonas á la hermanita pegajosa.

Tanto dijo y tan buena maña se dió á encomiarla que muy en breve recibió varias peticiones de proteccion para emprender la amorosa campaña con mas probabilidades de éxito.

Entre los varios que le rogaban ser presentados en la casa, habia un mozo no mal parecido, pero tan tímido, tan pobre de espíritu, que bien podia afirmarse que seria suyo el remo de los cielos.

Habia tenido amores con una pardita con quien hizo los primeros pinitos en la senda del niño ciego. La pardita le dejó un dia por un cabo de vigilantes y Alfredito que asi se llamaba el mancebo, estuvo á punto de llorar al ver tan negra ingratitud escondida bajo un rostro tan oscuro.

Pero empezaba á ser filósofo y djóse ufano al ver su derrota: ¡Voy á buscar quien la reemplace!

Y efectivamente, buscó uno y otro dia, con tan mala maña, que de fijo estaria el dia del juicio buscándola aun, sino hubiera sido porque una niñera compadecida del aire triste de Alfredo, le allanó la mitad del camino cuando menos para llegar á una explicacion.

Se quisieron como dos bodoques hasta que la fatalidad hubo de separarlos. La niñera se vió obligada á partir para la campaña y he aqui á mi buen Alfredo solitario como un hongo y cariacontecido como empleado nacional á quien no abonan el sueldo.

Estuvo dos dias comiendo apenas, y dando unos suspiros que apagaban la lámpara de su escritorio, hasta que al tercero resucitó de entre los vivos y se dijo dándose un fuerte puñetazo en un ojo:

—¡Basta ya de calaveradas! ¡No mas hacer víctimas del amor! Alfredo, sino quieres que la conciencia te escarabajee un dia no lejano, busca una muchacha digna de ti y cástate.

Una vez formado este empeño, Alfredo bebió los vientos como suele decirse en busca de la costilla que le faltaba; pero ¿cómo dar con ella si no se atrevia á decir; «buenos ojos tienes» á ninguna muchacha?

Asi es que al escuchar á su amigo los elogios de la niña, pensó que nunca mejor ocasion podia presentársele

para realizar su deseo, que aquella; protegido por su futuro concuñado.

Manifestóle su afán de ser amigo de Misia Eleuteria y de sus niñitas, pidiéndole con tal motivo ser presentado.

El pretendiente de Aurora accedió á que fuera Alfredito mejor que otro, por la sencilla razon de que siendo tan tontonazo podia estar tranquilo respecto á que le soplara su dama en vez de conformarse con la que le destinaba.

Arreglóse todo como queria Alfredo, y previo aviso del amigo á Misia Eleuteria y á la niña pequeña de que se trataba de un jóven de excelentes dotes que suspiraba noche y dia por la tierna vástaga, se acordó hacer una visita de todo cumplido un mártes.

Dicho y hecho. Las dos niñas aguardaban curiosas la llegada del anunciado pretendiente para cebar las afiladas garras de la crítica en él si daba el mas leve motivo para ello.

La mamá se quejaba de una jaqueca tan intensa que no la permitia percibir ningun olor fuerte.

Llegan por fin los dos amigos.

Hechos los saludos de ordenanza y repetida la frase *como le vá* quince veces cuando menos, se sentaron en el sofá las dos niñas dejando en el centro á sumamita. La butaca del lado de Aurora la ocupaba el amigo presentador, la del lado de la hermana menor, Alfredito.

Diez minutos llevarian de conversacion, durante cuyo tiempo no se le habia podido quitar á Alfredo la emocion que experimentó al entrar, cuando quiso su mala estrella que se cayese de las manos de su bella vecina el fino pañuelo con que jugueteaba, yendo á parar á los piés de Alfredo.

Precipítase este á recojerle doblándose con ímpetu por la cintura, pero.....¡Oh dioses!

En el momento de hacer aquel esfuerzo sonó un ruido.....una especie de ¡ay!.....asi como un ¡píiii! Algo, en fin, que aunque tiene su nombre especial no puede escribirse en estas líneas, pero que basta decir que la jaqueca de Misia Eleuteria se agravó por que como ya indiqué antes, no podia soportar olores fuertes.

Alfredo creyó escuchar la trompeta del Apocalipsis, los pitos de cien mil vigilantes, el trueno gordo.

Levantó la cabeza y dejó ver su rostro, encarnado, verde, azul; un verdadero arco iris.

Las niñas se mordían los labios, pudiendo apenas contener la risa que pugnaba por escaparse á todo trance.

Misia Eleuteria se tapaba la nariz con disimulo y fruncía el estrecejo.

El amigo introductor sudaba la gota gorda.

Se siguió un silencio de muerte que fué turbado por la precipitada fuga de Alfredo que salió de la casa sin decir adios.

A la mañana siguiente se embarcaba para Chile sin despedirse de nadie.

¡Quién sabe si el desdichado habrá sido á estas horas, ó tal vez mas temprano, pasto de los peces!

La madre y las niñas siguen bien.

El hogar doméstico.

La inefable dicha del hogar doméstico, tan decantada por los poetas solterones, se asemeja grandemente á los almacenes que abundan por la campaña argentina.

En estos, como en aquella, se encuentra un poco de todo, bueno y malo, barato y caro, pasadero é insoportable.

Nada mas encantador que una casita, ocupada por una preciosa pareja que se arrulla constante y cariñosamente, en derredor de la cual bullen placenteros media docena de chicuelos, rompiendo los muebles, destrozando las plantas del jardin, dándose con frecuencia fraternales mojicones, chillando como energúmenos, y esparciendo en el ambiente de la casa paterna el perfume incomparable de la mas escandalosa alegría.

¿Quién es capaz de negar la sin igual ventura que ocasionan los hijos, ese bello y casi indispensable adorno del matrimonio?

Figuraos por un momento, los que por experiencia no sepais á lo que sabe esa dicha, figuraos, decia, el interior de un hogar en las bellas condiciones que os he descrito.

El padre de aquellas revoltosas criaturas comerciaba en lanas hacia bastantes años.

En la presente época, con motivo de las quiebras y truenos gordos que se suceden con mas rapidez que las palpitations en el corazon de un asustado, el pobre señor habia ido tres veces consecutivas por lana y las tres salió trasquilado: esto es, habia perdido en poco tiempo el capitaito que pudo reunir en mucho.

Consideren mis lectores el plato de gusto que tendria el patriarca de tan dilatada familia con la perspectiva poco risueña que le ofrecia el estado de sus negocios.

Su costilla es hermosa en grado superlativo, no obstante las seis reproducciones que habia efectuado en poco mas de siete años que llevaban de lazo, yugo ó cadena conyugal.

Que se querian y arrullaban como dos tórtolos, lo dice bien claro la pandilla de muchachos que le rodeaban. Por que está reconocido por todos que los hijos son frutos preciados del amor, luego allí donde hay muchos frutos es señal inequívoca de que el arbol es frondoso.

El matrimonio, desde el momento de introducirse á presentarse la escena, se consagra á entonar unas lamentaciones que le dan cinco y raya á las del lloron Jeremias.

Sentados uno enfrente de otro, sostienen el siguiente diálogo:

—Nada, no he podido salvar ni un centavo: todo se lo ha llevado la trampa al quebrar precisamente tres casas con quienes habia hecho las últimas y mas importantes operaciones.

—¿Y qué vamos á hacer ahora, mi viejo?

—No lo sé: inútilmente me devano los sesos sin poder hallar un recurso satisfactorio.

En este momento se abre la puerta de la habitacion con gran estrépito y aparece la preciosa figurita de Juanito, el segundo de los vástagos, que con gravedad cómica dirige la siguiente alocucion:

—Mamá: Ricardo, ha ido y tirado á *Bolicho* al algibe.

Bolicho, es un hermoso gato, que en un mes habia dejado la casa libre de un ejército de ratones que la tomaron por asalto.

—¡Qué diablo de chico! exclama el padre olvidando sus preocupaciones económicas.—Voy á escape: tal vez pueda salvarse el pobre animal.

El matrimonio se dirige al patio, encontrándose alrededor del brocal del algibe á los hijuelos, excepto el autor de la hazaña que corrió á ocultarse.

Asómase el padre y deja caer precipitadamente el balde.

Los chicos entre tanto, forman un corro en torno de su madre gritando como desesperados:

—Ricardo, ha sido el que ha llevado el gato al agua.

—¿Donde está ese pícaro? interroga la madre en tono amenazador.

Los niños se dispersan para ver quien puede dar cuenta primero del escondrijo de su hermanito mayor.

Por fin uno de ellos aparece dando voces de victoriosa alegría:

—¡Aquí está, mamá, en la cocina!

Diríjese allá la buena señora y antes de llegar á la puerta vé asomar á la puerta á Ricardo llorando á mas no poder y apretándose la cabeza con ambas manos.

El muchacho se habia ocultado bajo una mesa huyendo del castigo que merecia por dar un baño en invierno al

pacífico Boliche, pero al ver que su hermanito le descubrió quiso salir con tal precipitación que dió un cabezazo feroz con el canto de la mesa.

Las consecuencias fueron un *chichon* como un zapallo de grande, en la mollera de Ricardito y una catástrofe culinaria. Sobre la mesa habia media docena de huevos, que rodaron al suelo con el temblor que ocasionó el porrazo, haciéndose una tortilla al encontrar terreno firme.

Mientras la mamá cuidaba de aplicar paños mojados al *chichon* del niño, el papá sacaba al Boliche dentro del balde no sin grandes trabajos.

Al verle los niños en el suelo se agruparon en derredor del inofensivo gato que salia hecho una sopita y los miraba con abatimiento y desconfianza.

—Que peinado ha salido Boliche, decia un pequeñuelo al ver el pelo húmedo de Micifuf.

—Pobrecito exclamaba otro, intentando tomarle en brazos.

Boliche tuvo por conveniente apretarse el gorro, no bien se repuso del susto y los niños tuvieron que buscar nueva diversion.

Reunido el matrimonio un instante despues, comentaba los sucesos recientes, cuando vino á distraerles un estrépito infernal, muy parecido al que debe ocasionar un terremoto.

Era, casi nada.

Ricardo habia querido tomar venganza de su delator y así que lo halló á mano le propinó una toma alopática de cachetes. El atacado habia huido con tal aturdimiento que que derribó un velador lleno de chiches y baratijas de gran aprecio para la mamá, por ser casi todos regalos de la época de noviaje.

Acuden á toda prisa los padres y no encuentran en la pieza donde sucedió el desmoche, mas que los chirimbolos rodando por el pavimento, y el hijo mas chiquilin que á gatas en el suelo miraba impávido los destrozos.

Preguntarle á él era tiempo perdido, puesto que no sabia pronunciarle mas palabra que *oacan*, obreviatura de no quiero y *cancan* sinónimo de naranjas á las que era en extremo aficionado.

Y por otra parte ¿qué se remediaba con imponer un severo castigo á los causantes del destrozo?

Los chiches rotos no habian de componerse por esto.

Mientras los amantes esposos recogían con el mayor cuidado los objetos que tan gratos recuerdos traían á su memoria, en el comedor tenia lugar otra escena que amenazaba terminar como el rosario de la Aurora.

La mucama preparaba la mesa para el almuerzo y en tanto Juanito, que no se acordaba del mal causado un momento antes, le habia dado el capricho de alzar la *pollera* de la chica que protestaba contra una maña tan inconveniente en invierno en que la ventilacion es innecesaria.

En tantos sitios se hacia necesaria la presencia de los papás que á todo llegaban tarde.

Mientras ahuyentaban del comedor con su sola presencia á Juanito y sus compañeros, el chiquitin que se quedó en la sala, sentado sobre la mullida alfombra de rica moqueta, tuvo una necesidad apremiante que satisfizo á su placer, dejando huellas olorosas sobre un roseton azul del alfombrado.

Los percances se sucedian á este tenor con vertiginosa rapidez.

Las diez de la noche era la hora de empezar el sosiego para los dos tórtolos, asáz rendidos de tanto batallar para que pensarán en otra cosa que entregarse en brazos del dios Morfeo.

Casi todas las noches alguno de los pimpollos tenia indigestion, ó catarro, ó lloraba por que su compañero de lecho le llevaba toda la ropa dejándole al descubierto y mas frio que un sorbete.

En fin, me parece bastante con esto para patentizaros que no hay nada mejor que las dulzuras del hogar doméstico. ¿No lo creéis así?



El diluvio

Y arrepentido el Señor, de haber sido condescendiente con el hombre, hasta el extremo de que se le subiera á las honorables barbas, decretó en sus altos juicios acabar con todo bicho viviente de los que en la superficie de la tierra comian y bebían, en medio de los mayores vicios.

Pero había una familia que le había caído en gracia al Señor, y esta fué prudentemente avisada para que tomara las precauciones oportunas.

El señor Noé, con su mujer, sus hijos y las mujeres de estos, eran los únicos que habían de librarse del diluvio en union de un par de animales de cada especie.

A este fin, el Señor ordenó que con el mayor sigilo y sin que se trasluciera el objeto, construyera Noé una gran arca de trescientos codos de altura, con departamentos bastantes para contener á los animalejos que habían de acompañarle en la navegacion.

Había de estar embetunada por dentro y por fuera.

El betun de fuera serviría para resguardar el maderamen de la humedad, y el de dentro para mortificar con su pestilente hedor á los habitantes del arca. El que algo quiere algo le cuesta.

Pasó el señor Noé mucho tiempo sin que le quedara ni un rato desocupado para ir al café, atareado con la construccion del arca; y cuando tuvo la suerte de terminarla, nó sin haberse dado algunos martillazos en los dedos y héchose mas de un rasguño, empezó lo más desagradable de la tarea.

Mientras se trató de las parejas de tigres, leones, chacales, hienas, osos, lobos y demas alimañas del desierto, le fué más fácil cumplirla. Con pedazos de pan y recortaduras de queso, pudo acarrearlos y distribuirlos en las habitaciones que les había destinado en el arca; pero cuando llegó el turno á los ratones, gatos y pájaros, los que acostumbrados á la vida en sociedad con el hombre, conocían sus arteras mañas, entónces fué la gorda.

Sus fatigas pasó antes que se viera cada cual en su chiquero.

Por fin, después de componer unas tablas que rompió un magnífico toro al entrar en su departamento, dió cuen-

ta al Señor de estar todo listo, y esperó con paciencia sus órdenes.

No se hicieron estas esperar mucho.

Una mañanita y precisamente cuando cumplia Noé seiscientos años, le dijo el señor que el momento era llegado para destruir todo lo que se animaba sobre la tierra. Entró á toda prisa la protegida familia dentro del arca y cerró herméticamente la portezuela.

Despues de siete dias mas, el Señor desató las cataratas del cielo y dejó que por espacio de cuarenta dias é igual número de noches cayera un aguacero tan copioso sobre la tierra que no bastaba para-agua, ni gaban impermeable para librarse de ella.

Y á todo esto, Noé dentro de su arca pasaba los dias repartiendo la comida á todos sus compañeros de salvadora reclusion, dulcemente entretenido con las armonias del ruiseñor, el maullido del gato, el rugido del leon y en una palabra con la espantosa algarabia de tanto avechucho que daba gracias al Señor, en su idioma.

Las diez dias primeros todo iba bien: contentos estaban al ver que se iban ahogando los demas, mientras ellos se encontraban á salvo; pero pasado ese tiempo se fueron cansando de sentirse entumecidos y con la comida escasa: el aburrimiento se apoderó de ellos y trabajo le costó á Noé contener una sublevacion á bordo.

La lluvia seguia siempre con igual fuerza hasta el extremo de cubrir los montes más elevados. Todo ser animado pereció, incluso los peces y demás especies acuáticas que, con tanta agua como se desgajó de las preñadas nubes, se ahogaron sin poderlo remediar.

Era esta la voluntad del Señor y fué cumplida en toda regla.

Pasados los cuarenta dias del plazo, el descenso de las aguas dió principio, y Noé impaciente por salir pronto del cajon aquel en donde hacia un calor sofocante, dejó salir una paloma correo para que trajera noticias; más fué en vano por esta vez y hubo de aguardar algunos dias más para que al regresar de su expedicion segunda la misma paloma, que ya era *baqueana*, trajera en el pico un ramo de oliva, símbolo de paz y reconciliacion entre el señor y los hombres.

Un poco tarde fué la reconciliacion, puesto que llegó cuando se habian ahogado todos, excepto Noé y su familia

con quienes el señor no tenía resentimientos; pero al fin vale mas tarde que nunca.

Aquella noticia traida por la paloma, produjo una inmensa alegría á los habitantes del arca. Celebraron un modesto baile y dieron gracias al señor que los habia librado de perder la pelleja.

Cuando sonó la hora, salieron todos los animales del arca, de estampia, huyendo cada cual por su lado, sin darse ni las buenas tardes.

Noé y su familia poblaron la tierra con tal prisa y acierto que nuestros lectores, nosotros y otros muchos mas, somos sus descendientes.



Pechadores

Fulano, es un pechador insigne.

Es una frase que habreis oido ó dicho, desgraciadamente, mas de una vez.

La faz histórica de pechador no ofrece muchos recovecos. Pecho, á mas de la parte anterior del animal desde la garganta al estómago, era el tributo ó impuesto que se pagaba al rey ó señor, allá en los tiempos de Mari Castaña.

Pechero era el pagano, el que aflojaba la bolsa y contribuía.

Y Pechador deberia habersele llamado al señor rey que daba el malon al bolsillo del vasallo; pero como aquellos caballeros arrimaban leña por un quítame allá esas pajas, resulta que la palabra quedó por algun tiempo en desuso, quizá por considerarla depresiva de la dignidad quebradiza de aquellos mandones de derecho divino.

En América resucitó la frase bajo dos acepciones distintas.

Pechador es el que yendo á caballo le acomoda al prójimo un soberbio empellon con el pecho del animal. Con ese no queremos cuestiones literarias.

Y pechador el que pide dinero á préstamo, en calidad de pagadero en el valle de Josafat.

El que vive, goza, chupa y engorda á costillas de los que sudan y trabajan.

A ese se dirigen estas líneas, desahogo inocente de uno que ha sido su víctima en mas de una ocasion.

El pechador es de apariencia y escuela muy varias.

Allá va el croquis de algunos, hecho á la ligera.

Barba crecida, traje anonadado por la accion del tiempo, mirada de lince y facha de desfachatado.

Os detiene ceremoniosamente en plena calle, cerrándoos el paso como quien tiene algo grave que comunicaros.

—Pardon, parlez-vous français, monsieur?

Si le decís que no, os empieza á hablar en castellano como si tal cosa. Si contestais afirmativamente os refiere en el idioma de Molière que trabajaba en un ferrocarril y cayó enfermo, y fué al hospital de donde ha salido preci-

samente el día anterior á aquel en que os ha encontrado.

Las inflexiones de su voz recorren todos los tonos, desde el trágico hasta el patético, con el cual termina diciéndoos que no ha comido en las últimas veinticuatro horas y espera continuar con la dieta forzada si no le dais algun consuelo, en forma de moneda de curso legal y corriente.

¿Qué hacer?

Dos caminos se presentan ante la perpleja mirada del pechado.

Uno, rascarse el bolsillo pelo arriba y darle algunos centavos. Otro, tomar un ademan melodramático y cuando dice que no ha comido en tantas horas contestar con inocente aplomo:

—Hace muy mal en no alimentarse con mas frecuencia. El convaleciente debe comer poco y á menudo.

Si usted no se enmienda perderá el estómago. Siga mi consejo.

Adieu, monsieur.

Y partir.

—

—Como le va, señor, como le va?

—Ahí vamos, y á usted como le va?

—Hacia tanto tiempo que no le veía. ¿Ha estado fuera?

—No.

—Tan grueso, tan buen mozo: ya sabe que yo siempre le aprecio como se merece. Pues yo iba á comprar papel sellado para un escrito que he de presentar hoy mismo. Una bagatela; tengo que cobrar un par de miles de patacones, y que me dice usted que me he cambiado esta mañana de pantalon y he dejado la plata en casa. Por fortuna tengo el gusto de encontrarlo á usted que me sacará de este atolladero.

Es poca cosa, cuatro nacionales me bastan. Que número es el de su casa para ir mañana á devolvérselos? 320 y pico Pichincha, no vive usted por allí?

Mientras el pechador os endereza ese discurso surgen en vuestro magin por turno las siguientes reflexiones evocadas por lo que él os va diciendo:

Ni hace mucho tiempo que no me veias, ni soy buen mozo, ni vas á comprar papel sellado, ni cobrarás, no digo dos mil patacones, pero ni dos centavos; y por fin, no te

has dejado la plata en el otro pantalon, porque no tienes ni pantalon ni plata.

Y sin embargo de este discurso concluyente y exacto lo probable es que saqueis los cuatro nacionales y se los deis para que os libre Dios de tan malos encuentros.

—Señor, dispense usted si le interrumpo: pero una cuestion de gran trascendencia me obliga á molestarlo.

El interpelado de esa suerte se queda boquiabierto.

No conoce al interpelante, cuyo aspecto de ruina y desolacion le asusta.

—Quisiera hablarle á solas, dice el pechador mirando con recelo en torno.

—Puede usted decir lo que guste, señor. Escucho.

El infeliz cae en la trampa.

Su interlocutor le cuenta quienes eran sus padres, quienes sus hijos, y como podian ser los nietos.

Hace á su sabor historia en la que aparece víctima de sus pasiones políticas, de su indomable valor bélico, de las luchas de partido, y de la fatalidad que le ha traído al triste extremo de tener que pedir un billete de cinco nacionales á una persona que como el que escueha es tan buena como generosa.

El pechado se siente morir.

—Pero señor, yo siento en el alma sus desdichas: yo quisiera serle útil, pero en este momento no tengo esa cantidad.

—En fin, si no puede facilitarme cinco, con tres podria remediarme y otro dia me daria los otros dos.

—Le parecerá mentira, pero tampoco tengo los tres nacionales: me vine hoy precisamente sin plata y solo tengo cuarenta centavos.

—Como ha de ser, démelos, que allá veremos de que manera me arreglo. Pero le aseguro que me hace un mal tercio. ¿No podria usted pedir prestados á algun amigo los cinco nacionales?

Mientras entrega los cuarenta centavos suda la gota gorda, y allá en su fuero íntimo vé claro el porque hay homicidas que revientan la figura á un semejante.

¿Pues no se atreve á decirle que pida prestados los cinco nacionales para que se los regale al pechador?

Para un pechador de pura raza no hay nada insertible.

Vé que el cielo se cubre de pardas nubes y que algunas gotas anuncian la benéfica lluvia.

Repasa en su mente los nombres y domicilios de aquellos que puedan tener buenos paraguas y bien pronto llama á la puerta del mas cercano.

—Un pequeño servicio, mi grande y buen amigo.

La lluvia me ha sorprendido indefenso y acudo á usted en demanda de un arma defensiva. Présteme su paraguas que dentro de una hora se lo devuelvo.

—No corre prisa; no faltaba mas. Tome el paraguas y no se preocupe.

—Muchas gracias.

Y ciertamente, tan no se preocupa de devolver el paraguas que al dia siguiente si no es aquella noche misma, le vende en el Pobre diablo por una bicoca.

La pechada no ha sido en plata, pero si en cosa que lo vale.

Diez tomos harian falta para describir á los pechadores de libros, de almuerzos, de «chops», de prendas de vestir y de cuanto Dios crió y los hombres utilizaron.

Hasta este artículo, no es otra cosa que un pecho literario dado con exquisita galanteria por el director del periódico.

Es verdad, que si todos fueran de este género los pechadores serian menos temibles y mas escuchados.

En el mundo de las letras no hay tuyo ni mio. Todo es nuestro.



Viaje de boda

I

—A las cuatro de la tarde en San Ignacio: no vaya á faltarnos, porque tendria un gran pesar mi pobre Julia. ¡Ay, señor Lucas, no sabe Vd. lo que cuesta ser madre!

—No lo sé, no; pero me lo voy figurando. Y mas Vd. que tuvo tan mal embarazo.

—Eso no es nada Sr. Lucas. Me referia yo á los sufrimientos morales.

—Ya, ya entiendo, misia Apolinaria. Ahora, en fin, se trata de algo bueno que debe halagarla á Vd., porque la verdad es que el matrimonio es ventajoso por ambas partes. Ella una monada, un chiche, y él un mozo aventajado. Ya sabe que reclamo mi retrato del casal.....

Se lo voy á dar, pero con toda reserva. Se han retratado antes de la boda, porque como de la iglesia se van al vapor que los lleva á Montevideo, no habia tiempo de hacerlo, y yo no queria quedarme sin los retratos. Con su permiso.

Apolinaria pasa al gabinete inmediato, y despues de revolver los estantes de un ropero, vuelve y le dá á don Lucas una tarjeta fotográfica.

Don Lucas no es muy exigente en materia de bellezas que no han de ser para él; pero aun así le cuesta mucho trabajo el no exclamar:—¡Qué mamarrachos!

Se contiene, sin embargo, porque don Lucas fué *attaché* de Legacion sin ejercicio, cuando mozo, y algo se le alcanza de faenas diplomáticas.

—Muy linda pareja. Pero han debido colocarse sentado ély ella de pié al lado con una mano sobre el hombro...

—Pero, don Lucas, ¿está Vd. empecatado? Antes de casarse le iba á poner la mano encima y allí delante del fotógrafo....

—Es verdad, no habia pensado. Y porque se van á Montevideo?

—Es de buen tono ir á otra parte á pasar la luna de miel. Bastante lo siento yo, que quisiera tener cerquita. muy cerquita á la hija de mis entrañas.

Don Lucas pensaba para sus adentros que aun cuando

no fuera mas que por quitarse aquel mochuelo de encima debian huir los tórtolos.

Porque misia Apolinaria era una especie de estantigua que don Lucas miraba con la curiosidad con que se mira un fenómeno.

II

Acaban de sonar las cuatro y media de la tarde.

En la calle de Bolívar, frente á San Ignacio hay gran bullicio de personas que salen de la iglesia cuchicheando y siguiendo á los recién casados.

Delante iba Julia con el traje de boda, la corona de azaharés y el rostro entre compungido y espantado. Llevándola de la mano iba Rufino, de frac corto y claqué mal coordinado por flojera del resorte. Detrás misia Apolinaria del brazo de don Lucas, y en seguida el acompañamiento.

Entraron en los coches los padrinos, madrinas, testigos de ambos sexos y convidados; pero por fuerza se agregaron algunos comedidos, porque resultó que dos niñas y una mamá con un caballero flaco, se quedaron de á pié.

O faltaban carruajes, ó sobraban invitados.

Y en estas dudas estaban formando un grupo como de *terra cotta*.

Y no hubo mas remedio que volverse á casita á pié; por que se habian acabado los coches gratis.

La señora gorda y las niñas vivian en la calle Pichincha 5390, es decir, en la pampa. Y el señor flaco en Arenales, pasando el desierto, la primera casa á la izquierda.

—¡Cuántas murmuraciones salian de aquellas boquitas frescas de piñon!

—Así se vaya á pique el vapor que los lleva á Montevideo—decía la hermanita mayor, que era un látigo.

—No tanto, hijita, por Dios—decía la mamá, cuyo exceso de grasa la hacia mas bondadosa.

Dejémoslos.

III

Dos carruajes, nada mas; se detienen delante de la escalerilla que dá acceso á la via del tren, frente al muelle

de Pasajeros de la gran ciudad de Buenos Aires, capital de la nacion argentina.

Cae de uno de ellos Rufino, que ha cambiado de traje. Saca del coche á Julia, que trocó los azahares por una gorra que imitaba un canasto lleno de tomates, uvas y otras frutas y verduras.

Despues salió la mamita y en seguida don Lucas, que ya se decidió á correr todo el temporal.

Del otro carruaje salieron cuatro ejemplares del bello sexo, que eran las íntimas. Gente mnrmuradora y malsana; pero por lo demás muy buenas amigas, siempre que no se les pidiera plata ni cosa que lo valiese.

Por supuesto que hubo una pelea con los cocheros, por qué al pagarlos pedian una enormidad y don Lucas se declaró en huelga y dijo que no pagaba aquella suma aunque lo descuartizaran: y Rufino se hacia el sordo en tanto que Apolinaria alegaba con el cochero número uno, en términos vigorosos y enérgicos. Y el vigilante vino.

— *Veia*, decia el vigilante, vamos á la comisaria y allí se arreglan.

— ¡Qué se ha creido! — gritaba misia Apolinaria, — ¿que me voy á dejar estafar? No le pago, no le pago y no le pago. Vigilante, llévelo preso por pícaro, que yo me voy á acompañar á mi hija que tiene que embarcarse:

Y dió vuelta muy satisfecha de su peroracion y se fué á reunir al grupo.

Perono había contado con la huéspedea, y es que cocheros y milico la cierran el paso y quieren llevarla en sociedad á la comisaria.

El bochinche alcanza sérias proporciones. Acude don Lucas y Rufino sale de su atolondramiento y va con su costilla, en proyecto aún, á intervenir en el lance.

Don Lucas paga para evitar ruidos y sigue su curso la procesion.

En la primera escalera del muelle se detiene la comitiva.

Al tomar el bote las ocho personas pasan sus apuros, porque el rio estaba algo inquieto.

Rufino metió un pié en el agua y pasó un mal rato por que Julia sin saberlo, habia dejado ver cuarenta centímetros de pantorrilla al poner el pié en la borda de la lancha. Porque Rufino era un egoista celoso de los probables encantos de su mujercita y opositor decidido de las exposiciones como no fueran rurales ó agrícolas.

¡No sabia el pobre lo que le esperaba!

Al llegar al costado del *Saturno* fué la gorda.

El bote bailaba agitado por las ondas, que era un contento.

Subió la primera misia Apolinaria, que ofreció un espectáculo desconsolador.

—Vas á tener mucho cuidado, Julia, al subir. Ya ves, ya ves lo que le sucede á tu mamá.

—Yo no sé cómo evitar eso.

—Pues es preciso que lo evites.

—Lo que puedes hacer es subir tu primero, y luego mirar para otro lado cuando yo suba.

Rufino iba á protestar, pero les habia llegado el turno de subir y no hubo otro remedio que callar y hacer la gimnasia.

Si se vió ó nose vió algo, asunto es ese que no es para contado.

Ya están á bordo, y el Comisario del buque les acomoda en un camarote de poco balanceo, en lo que cabe, con ventana al rio y para ellos dos solitos, no la ventana, sino el camarote.

A Rufino le empieza á hacer cosquillas la solicitud del Comisario. Indudablemente Rufino no nació para casado ó necesitaba domesticarse.

Como bocado, era Julia medianamente apetitosa; pero un celoso confunde la Venus de Milo con la abuela de Milciades.

Vamos andando.

IV

Suena el ronco silbato del vapor anunciando la marcha. Ruedan lágrimas por las mejillas, agítanse pañuelos, se encogen corazones y la lancha que devuelve á Buenos Aires á misia Apolinaria, don Lueas y compañía surca las ondas del Plata.

—¡Ay!—exclama Apolinaria dejándose caer sobre el hombro de Lucas. ¡Qué va á ser de mi Julia, sin su madre al lado!

—No se aflija, señora, no se aflija. Ya se arreglará ella bien, no tenga cuidado.

—¡Pero si es una inocente, si es cándida como una paloma!

—Bueno, pues; tambien las palomas arreglan sus asuntos con los palomos sin intervencion de nadie.

—Es verdad, don Lucas—decia Apolinaria.

Y el *Saturno* empezó á navegar magestuosamente por el anchuroso Plata.

¡Qué de miradas maliciosas y cuchicheos picarescos medianamente disimulaos!

Porque misia Apolinaria, en los momentos que pasó á bordo, habia enterado á todo el mundo de que aquella era su hija, aquel su yerno y se acababan de casar, pero acabaditos de casar; y esta condicion la recalcaba mucho, como para que no quedara duda de que no habia más que la ceremonia oficial, como quien dice la faz teórica del matrimonio.

Y aquellos tunantes se relamían como gato goloso pensando en la felicidad de Rufino.

¡A la mesa! ¡Tan, tan, tan!

V

Julia y Rufino acababan de sentarse á la mesa, teniendo al frente y á los costados mocitos alegres, aficionados al bello sexo y que no se marean ni aunque soplen á la vez todos los vientos del cuadrante.

Todos ellos sabian la situacion de espíritu y de cuerpo en que se hallaban los recién casados, porque, como decíamos, misia Apolinaria lo habia vociferado mientras estuvo á bordo. Así es que miraban con ojos picarescos á Julia, como quien dice: ¡noche de boda! y hacian *sotto voce* los más truhanescos comentarios.

Pasó el mozo dejando á cada cual su plato de caldo.

Rufino quiso probar aquella agua súcia en la que flotan cinco granos de arroz, un pedazo de zanahoria y otro de col; pero á la tercera cucharada se declaró vencido.

Sentia Rufino un malestar terrible. El buque bailaba un minué sobre las movedizas ondas del Plata y el infeliz novio, cuasi marido, sentia sudor frio en su frente y algo así como si una mano despiadada le estuviera removiendo las entrañas.

—¿No te mareas?—le preguntó á Julia.

—Yo no—contestó alegremente la interpelada—¿Y vos?

—Tampoco—profirió Rufino haciendo un supremo esfuerzo para disimular.

Y los mocitos miraban con ojo penetrante á Julia, y ésta, que sentía sobre sí el peso de aquellas investigadoras miradas, se sentía satisfecha de sí misma y procuraba ponerse lo mas interesante posible, no por nada malo, sino porque á la mujer le gusta en todo caso agradar á quien la mira.

Rufino veía las miraditas y llegó á ver algunas atenciones de pura galanteria por parte del que estaba al otro lado de Julia, y su natural celoso empezó á sentir alarma.

Pero el fatal mareo avanzaba espada en mano. Pálido como un cadáver, sintiendo que le subía una especie de pelota de goma que si llegaba á la garganta produciría una catástrofe, se levantó de su asiento sin poder decir una palabra y huyó, esta es la frase, huyó á esconderse en el camarote.

Julia le vió salir y, lo que es la humanidad! le dió risa al verle mareado. Siguió comiendo!

La moza, cuando vió escapar al cancerbero, dió rienda suelta á su comprimido buen humor.

Qué tiroteo de bromitas, de buen género ¿eh? pero con su malicia.

—¿Y Vd. no se marea?—le decían á Julia.

—Yo no—contestaba;—estoy como en tierra firme.

—Más guapa que su hermano, decía un pillastre con toda sorna.

—No es mi hermano—decía Julia.

—Es su tata, pues?

—¡Mi tata! ¿Dónde va con mi tata?

—Yo con su tata no pienso ir á ninguna parte.

—¡Valiente!—decía otro zumbón:—quiere que sea su tata ese caballero! Ha deser sobrino ó cosa así.

—No, señor—es mi esposo,—dijo Julia poniéndose casi seria.

—Se lo habia dicho yo á este joven que tengo al lado. ¿No es cierto que le dije á Vd.: esos dos se acaban de casar; pero así, acabaditos de casar.

—Sí que me lo dijo, y yo no quería creerlo.

—Así es, en efecto—decía Julia atacando melindrosamente un alón de pollo más duro que un banco de la plaza de Mayo.

Y siguió la jarana en la mesa, mientras que Rufino en el camarote echaba los hígados, los bofes y un poco de chuño que le dieron en el período de la dentición.

En medio de su mareo se acordaba de Julia y pensaba

que aquellos pícaros la estarían comiendo con la vista, y tal vez diciéndola palabritas dulces.

VI

Los minutos le parecieron siglos á Rufino. Así es que cuando entró Julia en el camarote, acabada la comida, Rufino exclamó:

—¿Dónde has estado toda la noche?

—Hijito, si me levanto ahora de la mesa. ¡Tardan tanto en servir la comida! ¿Cómo te hallas?

Rufino miró con ojos de tribulación á su cuasi esposa, y lanzando un gemido sordo y ciego, reanudó sus por un momento interrumpidas arcadas.

Julia acariciaba la frente helada del viajero.

¡Y así toda la santa noche! El bramando y contrayendo el diafragma. Ella en el lecho duro y frío que había al otro lado del camarote, echando de menos su mullida y abrigada cama de soltera y

Oliendo á brea y oliendo á bre-e-a

como dice el poeta zarzuelista.

¡Qué noche de bodas!

VII

El vapor echó anclas en el puerto de Montevideo.

—¡Gracias á Dios que no se mueve el barco!—gruñía Rufino tratando de incorporarse.

Salieron ambos á tomar el café matutino y ya estaban en el salon algunos de los jóvenes de la bromita de la noche. Saludaron cortesmente, y con mas picardía que caballo resabiado le preguntaban si se había mareado, si estaba muy fatigada, si se le habia pasado el mareo al esposo...

Como un rayo contestó Julia, que ya empezaba á tener perspicacia de casada, que toda la noche la había pasado Rufino mareadísimo, hasta el punto de no poder ni moverse.

—¡Qué lástima!—exclamaba hipocritamente un joven rubio de mirar indiscreto.

Rufino, dado á todos los diablos, se abrasó el gznate con el café que estaba hirviendo y sin tomar galletas se levantó

llevándose á Julia lejos de aquellos Tenorios malvados.

Bajaron á tierra, fueron al Hotel Oriental, alojándose en una sola pieza, porque Rufino era económico por naturaleza y por comodidad.

La noche de boda había sido fatal, pero el día no lo fué menos.

Qué entrar y salir en la pieza el mozo, sin más precaución que un ¿se puede? dicho ya cuando estaba la cabeza dentro.

Y á veces estuvo á punto de sorprender á Julia y á Rufino en actitudes inconvenientes.

Allá á las once de la noche, cuando todo estaba en reposo, serenos los ánimos y vigorizados los músculos, lució la aurora boreal para Julia y Rufino.

¡Al fin solos!

Modismos y locuciones en Sud-América

(Publicado en El «Imparcial de Madrid»)

La voz pública tiene caprichos que se imponen con una fuerza irresistible. Toma, por ejemplo, bajo su férula á un hombre rico y le designa á toda hora por los elementos de su fortuna. Fulano, dice la voz pública, tiene tanto de renta saneada; toda la línea de casas es suya, y es dueño de tres cortijos, diez olivares y dos majuelos; media Extremadura es de él;... y por ahí continúa pintando á Fulano sin que se le ocurra decir una palabra de si es gordo, flaco, bonito ó contrahecho, sabio ó ignorante.

Algo semejante le acontece á Sud-América ó para más concretar á la República Argentina.

¿Hay que ocuparse de aquella nación hispano-americana? Pues es sabido que no se ocurre otra cosa que hablar de los millares de inmigrantes que llegan al año; de los millares de leguas que ofrecen campo al trabajo; de los millones de cabezas de ganado vacuno y lanar; de los cargamentos de trigo, maíz y lino que exporta.

Es el D. Fulano de la opulencia corregido y aumentado. Quiero apartarme de esa costumbre avasalladora y dedicar unas pocas líneas á los modismos, frases hechas y locuciones que en el castellano, como todos los idiomas hacen la desesperacion de los estirados académicos.

En las repúblicas de origen hispano se han recibido, por herencia, muchos de esos modismos caprichosos que tambien son empleados en España; pero además se han formado ellas otros nuevos que han echado profundas raíces.

Ahora precisamente que la Academia Española pretende, y hace bien, extender su influencia por aquellos países debe prepararse á aceptar, sin quisquillas ni tiranteces injustas, muchas de esas locuciones que son gráficas, ingeniosas y pintorescas.

Se me viene á las mientes una muy usada en Buenos Aires y que es muy expresiva: *Meter violin en bolsa...*

Sostienen dos una fuerte polémica y en su periodo álgido el uno de ellos, falto de argumentos, aplastado por el contrincante, abandona el palenque, y como diríamos aquí, *llama á silencio*. Pues el criollo pinta el hecho con esa frase; *metió violin en bolsa*.

Ciertamente que esos pobres músicos de la lengua usan una bolsa de cuero para guardar el arco y el violin en vez de la elegante caja del músico artista favorecido por la suerte. Al terminar su conetido musical meten el violin en aquel saco y se van con él y la música á otra parte.

Cuando la retirada reviste los caracteres de fuga, tienen los argentinos otra frase que encuentro mas expresiva que la nuestra «tomar las de Villadiego.» Ellos dicen que «se apretó el gorro.»

En efecto, uno que á impulsos de miedo ó de una prudencia elevada al cubo, pone «piés en polvorosa,» se comprende que para mejor correr se aprieta el sombrero para que no se le vuele. ¿Cuáles no serán los propósitos de velocidad que animarán al que al ir á correr *se aprieta el gorro* que por no tener alas es menos susceptible de escapar de la cabeza?

Volársele los pájaros, esta es tambien frase criolla, de procedencia tal vez algo francesa, pero que tiene tantos títulos para ser aceptada como la nuestra «subirse la mostaza á la nariz.»

Una voladura de pájaros es una explosion de ira que echa á rodar las conveniencias sociales y pone al que la

sufre en actitud de romper la crisma al que tenga mas cerca.

Tienen los argentinos otra frase que merece mas amplias explicaciones: *Subirse la gallegada á la cabeza.*

Sabido es que los españoles en la Argentina fueron designados, despues de la emancipacion, con el calificativo de gallegos.

Si en algun tiempo esa palabra era pronunciada con tono mortificante, hoy afirmo que ha desaparecido la acritud, y se emplea en el diminutivo como mote cariñoso. Pues bien, el argentino tiene del español la opinion siguiente: es honrado, leal y trabajador; pero de malgénio, asperote y muy altivo, por modesta que sea su posicion, echando, como diríamos nosotros, *á rodar los bolos ó los piés por alto* cuando le pinchan un poco.

A esa insurreccion del español que se sobrepone á todo, incluso á sus conveniencias, le llaman los criollos «subirse la gallegada á la cabeza.»

Recuerdo perfectamente una frase de un alto personaje argentino, corazon de oro é inteligencia hermosa, que me dijo el dia que por telégrafo se supo en Buenos Aires la actitud del pueblo de Madrid en el asunto de las islas Carolinas, entusiasmado con aquel acto de altivez temeraria:

—«A sus compatriotas se les ha subido la gallegada á la cabeza. Si se abre suscripcion para España, apúnteme quinientos duros. ¡Es mi sangre!....»

En aquellos momentos era muy corriente oir apreciar aquella accion varonil con otra frase que es tambien muy usual en Buenos Aires: *¡Ah gallegos lindos!* que como bien se entiende, es un tributo de afectuosa aprobacion.

Véase otra locucion que tiene origen español aun cuando la forma sea argentina: *Otra cosa es con guitarra*, dicese cuando quiere significarse que del dicho al hecho hay gran trecho, ó que una cosa es predicar y otra dar trigo.

Comprendo bien que en España tenemos infinidad de dichos y refranes para todos los casos; pero como estas frases las forman los pueblos, apartándose en la mayoría de los casos de las estrecheces de la gramática, no hay razon para condenar las que el uso ha consagrado en la Argentina, por el solo pretexto de que ya habia otros adecuados al asunto. Debe, por el contrario, incorporarse lo nuevo indicando el país en donde ha hecho fortuna la frase.

Si la Academia cierra las puertas á esas y otras muchas locuciones es que no quiere atraerse la amistad de aquellos pueblos, sino hacerse dómíne con disciplinas de nudos.

Multitud de frases, como *bajar la prima*, que se emplea cuando se ve obligado el hombre á doblegar su arrogancia, á domeñar su cólera y calmar los ímpetus; *aflojar feo*, que quiere decir portarse como un gallina; *parar de punta*, empleada cuando se contiene enérgicamente los avances de un audaz; *montar al picaxo*, que es irritarse y perder la serenidad en sus relaciones con otro, algo análogo á «perder los estribos» que decimos por acá del que se impacienta; *chichonear*, por fastidiar ó embromar á uno, y otras muchas que no enumeró por no cansar al lector, dan variedad al lenguaje y hacen que el español que por vez primera le oye tenga tanta extrañeza como el argentino que oye á un español neto; que por cierto no me atrevería yo á designar la provincia, ciudad ó pueblo de que ha de ser ese español para que no ofrezca otras variantes ya en el ceceo y vaporosidad del andaluz, la aspereza del catalan la inseguridad del vasco, el acento y demás del galaico y la sequedad del castellano viejo.

Esto no quiere decir que en España no se hable un correcto castellano y sin recurrir á los numerosos oradores, gloria y plaga de la tribuna parlamentaria, todas las clases sociales educadas dan buen contingente al buen hablar, si no en castizo castellano, en agradable y pintoresco español.

En algunas de las frases de significado análogo le lleva ventaja la Argentina á la nuestra en cultura y buen gusto. Por ejemplo, dicen ellos que Fulano *se ha sabido ganar el lado de las casas con Zutano*. Este es el equivalente á «haberle cogido el pan bajo el sobaco,» que por cierto es una figura medio sucia, porque el tal sobaco no es sitio aprobado para meter el pan, no digo en verano, pero ni siquiera con diez grados bajo cero.

Para terminar, y dejando muchas frases mas por no ser largo, y por consiguiente molesto, voy á señalar un modismo que se extraña mucho al llegar á Buenos Aires. Consiste en hacer seguir á la pregunta un *no* tambien interrogativo, aunque débilmente marcado el interrogante.

Un cura aragonés, y no hay para que decir que era francote y llano como la palma de la mano, acababa de de-

sembarcar en Buenos Aires. Su primera diligencia fué decir misa, y tocóle empezar en un convento.

Al concluir el sacrificio se le acercó una hermana que con finura le dijo en buen criollo:

—Quiere chocolate, no?

El buen padre, que tenia un estómago con mas fuerza digestiva que un avestruz y á la hora que era se hubiese comido hasta la chocolatera, entendió que aquel *no* era la fórmula empleada para hacer el cumplido sin dar el chocolate, y con todo el pesar de un corazon atribulado contestó:—No, señora, no.

La pregunta, tal como está escrita, resulta clara; pero, como he dicho antes, al hacerla se apaga el interrogante en chocolate y parece propiamente que es una frase igual á la que empleamos aquí para quitarnos un mochuelo de encima. Aquello de «V. no querrá tomar chocolate,» que es, como suele decirse, poner la horca antes que el lugar.

Y basta de dichos y de refranes.

La mamá, las niñas y los novios

Lector ó lectora ¿quieres hacerme el favor de figurarte que miras el mundo por un agujero ó que tienes ante tu vista el cristal de un cosmorama?

No temas que te haga ver cuadros horripilantes, ni batallas, ni siquiera las pirámides de Egipto ó el palacio del rey moro, que casi siempre forman parte de esos grandes espectáculos de á cinco centavos la entrada con opcion á oír la música de un órgano desafinado.

Nada de eso ha de ocupar tu atencion; con que así aplica el ojo y vé tomando nota.

Estamos dentro de una casa de la calle de Florida. El mobiliario es elegante y de buen gusto.

En esa casa vive una señora viuda, de edad madura, pero no pasada; en perfecto estado de conservacion, bastante hermosa, instruida y dotada de un gracejo no comun.

Tiene, á mas de esas bellas cualidades tres hijas de veinte, diez y ocho y diez y seis años respectivamente. Los tres pimpollos son muy parecidos á la mamá, lo cual

quiere decir que son bellas como la aurora de la mañana, el espirar de la tarde y el misterioso encanto de la noche. Me parece que con esas tres figuras de retórica, sacadas del botiquín de un poeta ramplón, tengo muy más que sobrado para darte á conocer la hermosura de las aludidas.

Se llaman Albina la mayor, Etelvina la mediana y Prosperina la más pequeña.

Misia Mercedes, que así era el nombre de la madre, comprende que las niñas necesitan un esposo que las conduzca al altar, pero como ya he dicho que tiene un talento no escaso no quiere que haya precipitación en escoger un yerno que sea muy tonto ó muy pillo.

La buena señora tiene un golpe de vista tan extraordinario que no bien aparece un candidato ya sabelo que puede esperarse, sobre poco más ó menos, de su caletre.

En una ocasión la joven Albina hizo una conquista.

Las hermanas se encargaron de hacerlo saber á la interesada, porque lo cierto era que no se apercibió del volcán que había encendido en el corazón del enamorado manco.

Era un hombrecillo de cuatro pies de alto: de tez blanca como estuco y pelo rubio como el de Judas: gastaba quevedos que se le escurrian cada dos segundos por la nariz abajo; nariz que dicho sea con perdón de los presentes era larga y estrecha como alma de vizcaino y por remache estaba sembrada de cuatro ó cinco granos de un rojo subido, que eran los únicos granos eternos que yo he conocido.

Se llamaba Camilo: era, decía él, poeta de nacimiento, tenía el temperamento muy nervioso hasta el extremo de que para hablar daba unos saltos y hacía unos gestos y contorsiones que á no ser tan rubio y gastar anteojos se le hubiera tomado por un lindo *titi*.

Tal vez por distinguirse de los que no eran poetas se colocaba en la coronilla el sombrero de copa alta, tan alta que parecía jarro en vez de copa.

Sabía diez palabras del griego y hablaba tan de prisa, con tanta verbosidad que á más de hacer con el interlocutor el oficio de regadera, le dejaba en ayunas de cuanto pretendía decirle.

Por lo demás no tenía *pero* alguno. Era pobre como una rata, viejecito, feo y..... pero vamos á ponerle un poco en escena.

Ha sido presentado á Misia Mercedes y se encuentra en la sala con las niñas y el amigo presentador.

Misia Mercedes apenas le habia visto entrar se habia dicho para sus adentros:

—Este mozo es tonto de la cabeza.

La conversacion da principio.

—¿Cómo decia, señor?

Esta pregunta la hace Mercedes, que no ha podido entender á Camilo ni una sola vez.

—Decia señora, que el *alfa* de las amistades, ofrece muchos escollos de forma, aun para mi que soy hombre de sociedad, de mucho talento, segun dicen todos y por contera poeta, que es como puede usted figurarse, el *omega* del *desideratum* de la *sociologia* actual.

Misia Mercedes se queda estupefacta ante aquel borboton de frases *equivocas*. Albinita se mete en la boca la mitad del pañuelo en forma de pelota para no dejar escapar la risa. Prosperina que es la menor no puede resistir la tentacion. Es claro ha entendido que hablaba de alfalfa, borregas y atun y tal lio no puede menos que hacerla reir.

Camilo entretanto cambiaba de postura veinte veces impulsado por sus escitados *nervios*. Sentado en un sillón hamaca hace un movimiento brusco olvidándose del balanceo natural del mueble y se vá de espaldas, echando como suele decirse los piés por alto.

Prosperina y Etelvina pretestando quehaceres salen de la sala una tras otra para poder reir á sus anchas.

Camilo embobado con la contemplacion de su amada ni se apercibe.

Continúa la conversacion.

—¿Con que es usted poeta? pregunta cariñosamente Mercedes.

—Y de los buenos, dice el presentador que es otro zamacuco.

—El poeta nace, señora, y no se hace. Yo tuve la fortuna de nacer con disposiciones para aplastar á Pindaro, reventar á Safo y deslucir á Alceo. Esto entre los griegos, por que respecto á los latinos ni Cátulo, ni Horacio, podían competir conmigo.

¿Quiere que les lea un poema en doce mil cantos?

—No, no. Se vá Vd. á cansar. No, por Dios.

—Dice bien mamá, agrega Albina que le falta poco para llorar al ver el pretendiente que le ha tocado en suerte.

Una visita de la casa, corta la escena.

Un cuarto de hora despues el presentador y Camilo se retiran ofreciendo volver el siguiente dia.

Mercedes dice á su hija cuando se quedan solas:

—¿Has visto, Albina que tipo tan ridículo el de ese ca-
ballero griego?

Ínútil me parece decir que Albina le despachó con muy buenos modos al infeliz Camilo.

Pues en otra ocasión Etelvina tuvo un novio que paseaba la cuadra á todas horas y en todas direcciones. Era muy corto de génio con las damas, hasta el extremo de no atreverse á visitar á Misia Mercedes, por mas que decia estar dispuesto á dar su manó y su corazon á la morocha de sus pensamientos.

Este mozo tenia un pequeño defecto.

Figuraos que no pasaba dia y en algunos por tres ó cuatro veces, que no sonara el pito del vigilante pidiendo auxilio ¿y que era?

El novio de Etelvina que por celos, ó por un empellon, ó por que se reian al verle vivir en la calle á todas horas, ó por fin, por cualquier simpleza, se enredaba á garrotazos como el primer hijo de vecino que encontraba.

Misia Mercedes vivia con el alma en un hilo y Etelvina llegó á ponerse tan asustadiza que cuando gritaban á la puerta de calle con voz ronca, el consabido: *botiches vacias, tachero!* daba un grito descomunal y echaba á temblar como una azogada.

¿Y querras creer lector ó lectora, que todavia está esperando Misia Mercedes que sus hijas tengan la fortuna de encontrar unos novios que no sean poetas griegos, camorristas ó mentecatos?

La buena señora dice y con razon que no le gustaria que se le entrase por las puertas un yerno tonto.

Si sabéis de algun buen muchacho, avisadme que yo le recomendaré, siempre que vaya con buen fin.

FIN

INDICE

	Página
AL LECTOR	3
APOTEOSIS DEL REWOLVER	5
MANIAS OFENSIVAS	9
EL CONQUISTADOR	14
EL METERETE	16
BURSATILIDAD	20
FORTUNAS A LA MINUTA	24
AMIGO DE MIS AMIGOS	27
VOLAVERUNT	31
PEDRITO EL CRUEL	35
EL ENTIERRO	39
VIDA DEL HOMBRE MERIANO	44
VAMOS JUGANDO	48
LA INFANCIA	50
JUSTICIA DE ENERO	55
EL CATA-CALDOS	59
LA CARIDAD BIEN ENTENDIDA	62
CARIDAD CON GUITARRA	65
EL OCTAVO MANDAMIENTO	68
EL ESTADÍGRAFO	71
HONORABILIDAD DE NIKEL	74
ALCOHOL	78
LA EMBRIAGÜEZ	82
VERTUDES FALSAS Y BUENAS	85
NAVIDAD Y AÑO NUEVO	89
SIMON PEDRO	92
JUDÍOS CRISTIANOS	96
ENTRE BOBOS ANDA EL JUEGO	98
AUTORITARISMO Y ANARQUISMO	103
TERESITA	107
RECUERDOS AGRÍDULCES	111
FALSOS Y BUENOS	113
COLOR DE ROSA	117
AMARGURAS DE UN DIPUTADO NACIONAL	121
JESUITAS DE FALDA CORTA	124
UNA SOIRÉE	132
EL PLEITISTA	137
EL INOPORTUNO	140
LA PROVIDENCIA	142
COSAS DEL MUNDO	145
NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA	150
EPÍSTOLAS ÍNTIMAS	152
FANTASMAGORIA CELESTIAL	168
UN REPORTAJE AL DEMONIO	174
UNA PRESENTACIÓN	178
EL HOGAR DOMÉSTICO	182
EL DILUVIO	186
PECHIDOCES	189
VIAJE DE BOBA	193
MODISMOS Y LOCUCIONES AMERICANAS	200
LA MAMA, LAS NIÑAS Y LOS NOVIOS	204

